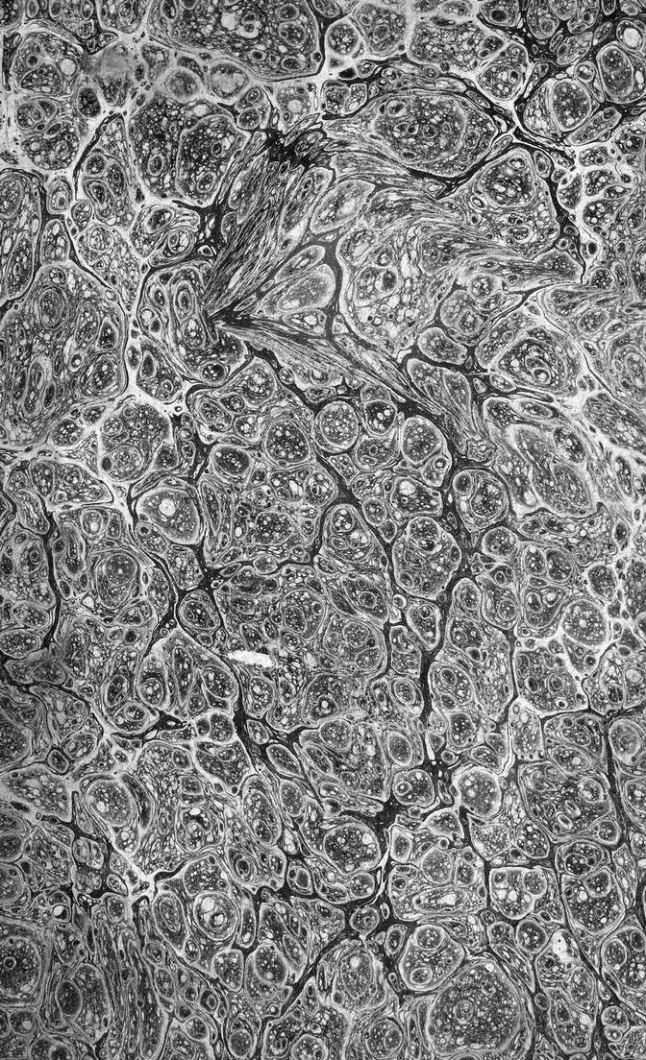
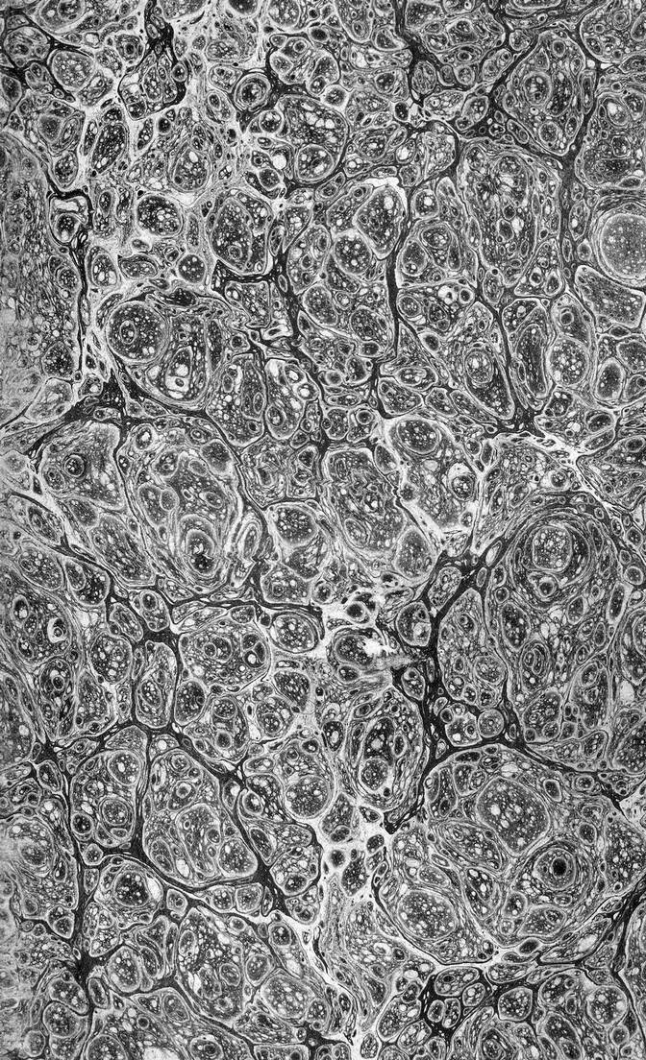




UNED

K. 1014049

L. T.
2016

UNED

UNED

Hª de la Educación y Educación Comparada

ELEMENTOS DE MORAL

DESTINADOS Á LA LECTURA DEL PUEBLO
y de los niños que concurren á las escuelas.

ESCRITOS EN FRANCES,

CON MOTIVO DEL PREMIO OFRECIDO
por la *Sociedad de enseñanza mútua* de Paris,
á la mejor obra de moral, cuyo *accessit*
obtuvo ésta,

POR

A. CH. RENOUARD,

Y TRADUCIDOS LIBREMENTE AL ESPAÑOL

POR DON TORQUATO TORÍO DE LA RIVA,
oficial archivero honorario de la secretaría de
Estado y del Despacho de la Guerra, en
el departamento de Indias, Sócio de las
reales Sociedades de Madrid y de Baena,
é individuo de varios cuerpos literarios.

UNIVERSIDAD A DISTANCIA

MADRID
POR IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.
1820.

UNED

ELEMENTOS DE MORAL,

DESTINADOS Á LA LECTURA DEL PUEBLO
y de los niños que concurren á las escuelas.

ESCRITOS EN FRANCES,

CON MOTIVO DEL PREMIO OFRECIDO
por la *Sociedad de enseñanza mutua de París*,
á la mejor obra de moral, cuyo *accessit*
obtuvo ésta,

POR

A. CH. RENOUARD,

Y TRADUCIDOS LIBREMENTE AL ESPAÑOL

POR DON TORQUATO FORÍO DE LA RIVA,
oficial archivero honorario de la secretaría de Estado y del Despacho de la Guerra, en el departamento de Indias, Sócio de las reales Sociedades de Madrid y de Buena, é individuo de varios cuerpos literarios.

MADRID
POR IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.
1820.

UNED

EL TRADUCTOR.

Aunque estos *Elementos de moral* no obtuvieron el premio ofrecido por la *sociedad de enseñanza mútua* de París á la obra de moral que mejor desempeñase las condiciones del programa que habia publicado al efecto; sin embargo los creyó tan útiles y dignos de estimacion que, á vista de los informes que dió de ellos el duque de Doudeauville, á nombre de la comision especial de la sociedad, tuvo á bien conceder á su autor una medalla de oro, así como á *Mr. de Jossieu*, que fué á quien se adjudicó el premio, por la composicion del libro intitulado *Simon de Nantua*, ó *el Mercader forastero*.

Acabo de publicar esta obrita, y poner en claro en su introduccion las condiciones del programa: por lo mismo me abstendré ahora de repetirlas, con otra tanta mas razon en cuanto nada influyen para las ventajas ó desven-

UNED

tajas de estos *Elementos*, que á todas luces son dignos de la lectura del pueblo y de los niños que concurren á las escuelas, segun el juicio que formó de ellos la sociedad, y el que, sin dificultad, formará cualquier amante del bien público que atentamente los lea.

Mr. Renouard, pues, se propuso desde luego contribuir al bien de sus semejantes, y darse á conocer con estos preciosos *Elementos* en la república literaria, mas bien que obtener el premio ofrecido por la sociedad; porque, como él mismo asegura, aunque conoció muy á los principios que se habia separado en parte del camino trazado por las condiciones del programa, no quiso ya violentar sus ideas, ni apartarse de los peculiares estudios de su profesion. Por otra parte, el término concedido por la sociedad era cortísimo para variar de rumbo, y formar y desempeñar nuevo plan.

Lo cierto es que, aun con estos pequeños lunares, la obra de *Mr. Renouard*, que traducida libremente doy

UNED

á luz, es por su sana doctrina y poco coste, una de las mas á propósito para la lectura del pueblo, y de los niños que concurren á nuestras escuelas, sean ó no *de enseñanza mútua*. En comprobacion de su mérito copiaré lo que dice nuestro celosísimo editor de la *Crónica científica y literaria*, en la del número 148, por estas palabras: "La que ha merecido un honroso *accessit* y una medalla de oro ha sido compuesta por Mr. Renouard, hijo de uno de los libreros mas ricos de París." La ha intitulado *Elementos de moral*, y al leerlos no pueden menos de inspirar admiracion los buenos sentimientos y las sanas ideas que el autor ha vertido en un estilo elegante y fácil. Hablando de la instruccion hallamos estas palabras notables: "Se han hecho numerosas esperiencias con los individuos y con los pueblos enteros, y ellas han demostrado que la instruccion y la actividad perfeccionan al hombre. A fines del siglo XVII habia en Escocia 200.000 que vivian de mendigar

UNED

por las calles y los caminos: la mitad de aquellos infelices se reunian en cuadrillas, y sacudian los frenos de la religion, de la moral y de la ley. Estableciéronse escuelas en gran número, y la Escocia es hoy dia el país en que menos crímenes se cometen, con respecto al número de habitantes. No es raro ver allí á un pastor leyendo las Bucólicas de Virgilio; pero jamas se encuentra un malhechor" (véase el cap. II. §. III.). Esto me parece que basta para conocer el mérito de los *Elementos de moral* que ofrezco al público. Si bien hallados los hombres con su mal gusto y envegecidas costumbres no quisiesen leerlos, nadie perderá mas que ellos. Por mi parte cumplo con ofrecerles el bien, y proporcionárselo á todos los que quieran aprovecharse de él.

UNED

ELEMENTOS
DE MORAL.

Esplicacion de la obra.

La Providencia nos ha concedido la facultad de pensar; combinar nuestras ideas; recordar nuestra vida pasada, y prevenirnos para la futura; comunicar lo que sentimos, vemos y creemos á los que nos rodean; servir á nuestra familia, á nuestra patria y á todos los demas hombres; conocer á Dios y amarle; finalmente emplear nuestra exîstencia en alguna cosa mas que en comer, beber y dormir. Semejante beneficio es demasiado precioso para que no nos aprovechemos de él. Ocupar toda la vida en adquirir comodidades y disfrutar placeres, es poco conforme á la racionalidad del hombre, y muy ageno del cristianismo. Amar y servir con pureza á su patria y á su

UNED

Rey, y saberse hacer digno de la estimacion de los hombres, son asuntos que, aun mirados políticamente, piden mucha reflexîon.

Esta siempre es buena en todas las cosas, porque el que sin ella, y sin los ausilios de la gracia, se fia solo de sí mismo, se engaña. El hombre que medite y se acostumbre al bien obrar, sabrá aprovecharse de lo que otros hicieron, y de lo que á él mismo le ha sucedido, y se hallará en el caso de proceder como ellos, ó al contrario, porque habrá adquirido la facilidad de imitar lo bueno y evitar lo malo. Cuando nos dedicamos á leer lo que otros han escrito, no es otra cosa en sustancia que una conversacion que nos proporcionamos con un hombre que, por lo regular, ha meditado los asuntos de que habla, sirviéndose de su propia esperiencia, ó de la de otros, y poniendo por su parte al lector en disposicion de que reflexîone con utilidad.

Si no quereis caer en la tentacion, huidla. Por esta razon es preciso no

UNED

valerse de malos libros; porque siempre es muy arriesgado esponerse al peligro, y nosotros somos demasiado débiles para no llevarnos de un mal consejo. Con los buenos libros siempre se gana, porque la virtud es tan bella, tan graciosa y tan útil, que cuanto mas se la exâmina mas se la ama, y cuanto mas se la conoce mas se la desea conocer: por otra parte, hasta el hombre mas de bien tiene necesidad de consejo.

Si buscais la buena fé mas que el talento, podeis arriesgaros á tomar este libro. Las verdades que contiene son bastante familiares, pero no nuevas; mas por desgracia necesitan reproducirse á cada paso, y bajo todas las formas imaginables: se las cree algun tanto, pero se las obedece muy mal. Recorreremos los diferentes estados en que se encuentra el hombre en las diversas épocas de su vida. Le consideraremos desde su nacimiento; le observaremos en el seno de su familia; en las relaciones de la sociedad, y co-

UNED

mo ciudadano de la patria. Llamaremos despues su atencion al exâmen de sí mismo; nos detendremos algun tiempo en lo que sin razon despreciamos, que es el estudio de nuestra propia conciencia, fuente y origen de los verdaderos y durables placeres; y subiendo de aquí á los mas sublimes asuntos de meditacion, manifestaremos ligeramente algunas de las obligaciones del cristiano, en las que se encierran todos los deberes del hombre.

Tal vez, amigo lector, os espantará el anuncio de los importantes asuntos que vamos á tratar, y concebireis cierto empacho y repugnancia en abrazar la série de preceptos que se os preparan. Pero no hay que temer, porque lo que vamos á presentaros no es otra cosa que lo mismo que concebis y pensais. Somos demasiado fáciles en creer que el tedio y la displicencia acompañan siempre á las reflexîones útiles. Gracias á Dios que no nos ha tocado la suerte de tener una vida puramente animal: el hombre que está

UNED

hecho á exâminar su propia conciencia, y á tomarse cuenta de sus pensamientos, los fija regularmente, á lo menos, sobre los obgetos que le rodean. Respecto de que todos nacemos miembros de una familia y de una patria, no nos serán estrañas las reflexîones tocantes á la familia y á la patria; á las relaciones que unen á los padres y á los hijos, á los esposos y á los ciudadanos. Echemos la vista al rededor de nosotros, y valgámonos de nuestra inteligencia para conocer el mundo que habitamos. Una obra de geometría, de jurisprudencia ó de pintura, solo puede interesar á un geómetra, á un jurisconsulto, ó á un pintor; pero una coleccion de observaciones relativas al hombre; á las direcciones de su voluntad, y á las consecuencias de su naturaleza, puede encaminarse á todos los hombres.

El obgeto de esta obra, que se dirige á encerrar en un pequeño volumen las principales verdades morales necesarias á la felicidad de nuestra exîstencia, requeria un prolijo trabajo, y

UNED

el esfuerzo de hombres mas hábiles. El autor del ensayo que se presenta, está bien persuadido de su temeridad en haber tomado la pluma para escribirle; pero si su obra no mereciese buena acogida, tendrá por lo menos la satisfaccion de haberla compuesto. Cualquiera puede encontrar en el fondo de su corazon, y en la historia de los tiempos, la exôrtacion necesaria á todas las virtudes; y estaríamos seguros de haber hecho mucho bien, si fuésemos tan dóciles á la razon que cumpliésemos siempre con nuestras propias obligaciones.

UNED

LIBRO PRIMERO.

Del hombre con respecto á los demas hombres.

CAPÍTULO I.

Nacimiento del hombre.

Nace un niño. ¡Qué alegría para su padre! ¡Qué dichosa se cuenta su madre! Sonriéndose en medio de sus dolores, y abrazándole por primera vez, se olvida de lo mucho que ha sufrido en su nacimiento. Este niño débil, desnudo y paciente, nada vé ni entiende cuando empieza á vivir: incapaz de ayudarse á sí mismo, moriría si se le abandonase. Pero no hay que temer: la divina Providencia ha acudido á sus muchas necesidades: ella ha derramado en el corazon de sus padres

UNED

un amor que protegerá la entrada de su vida, la cual destinada á encantar toda su exîstencia, suplirá desde que vea la luz todo aquello de que por su debilidad carece. Mucho tiempo antes que nada de cuanto hay sobre la tierra pensase en la futura exîstencia del ser que acaba de venir al mundo, habia preparado ya el Señor los vínculos de una familia pronta á recibirle, criarle y amarle. Esta familia tan diligente con él, estaba tambien, antes de que ella misma se formase, protegida por el órden social, que vela al presente para conservarla. Así es que entrando al mundo el reciennacido, tiene su lugar señalado de antemano en la familia, y aun con mucha mas antelacion asegurado su nombre y sus derechos en el estado.

Llegará dia en que hecho ya un hombre este tierno niño, tenderá la vista á todos lados, y conocerá los beneficios que se le han hecho, y cuanto ha sido menester para que desde un estado en que apenas podia vegetar, lle-

UNED

gase á una vida llena de actividad, de inteligencia y de fuerza: conocerá los derechos sagrados que se han adquirirá su reconocimiento tanto sus padres, familia y patria, cuanto el órden admirable de las leyes que han velado así sobre él, como sobre todos los demas individuos del estado, semejante al aire que cubre y alimenta á un mismo tiempo, y sin que se advierta, á todos los seres vivientes. En premio de los cuidados que ha habido con él, será muy justo que por su parte se tome los que le tocan al tiempo en que su edad, su estado y sus relaciones con la sociedad lo exîjan.

Así es que por una perpetua transmision de reconocimientos y de beneficios venimos á pagar á nuestros hijos lo que debimos á nuestros padres: por lo mismo el reciennacido tiene por garantes de su exîstencia y bien estar, la exîstencia misma de los seres que le rodean, y la deuda de la sociedad entera, que le debe lo que ella ha recibido en cada uno de sus miembros,

UNED

cuando cada uno ha venido al mundo. ¡Deuda admirable, que no podrá estinguirse mientras subsista el género humano!

CAPÍTULO II.

LOS PADRES.

§. I. *Amor de los padres á sus hijos.*

Decian los antiguos que el pelícano se despedazaba el pecho para alimentar á sus hijos con su propia sangre. Se resiste poner en duda este hecho que los naturalistas miran como fabuloso. No hay emblema mas adecuado de la ternura paternal, que anima toda la naturaleza, y sugeta á su imperio hasta los irracionales.

El niño que viene al mundo tendrá algun dia sus obligaciones; pero no exîstirán para él hasta que pueda conocerlas: en el interin correrán á cargo de otros de mayor edad. Una

UNED

bondad previsiva ha ocultado en el corazon de los padres el sentimiento de sus obligaciones por la afeccion mas ardiente y duradera: ella es la que ha hecho una pasion y una necesidad de este amor paternal, indispensable á la exîstencia del hombre naciente, y sin la cual no podria subsistir el género humano.

Desde el nacimiento de los niños empieza su educacion, y desde el primer paso de su vida atiende un padre tierno á su felicidad, y trabaja para su dicha futura. La educacion de los hijos es para los padres la mas sagrada de sus obligaciones: es su mision especial sobre la tierra, y mientras que permanezca puro su corazon, es tambien para ellos la mayor felicidad. Los hombres mas grandes han fundado en esto su mayor consuelo. El antiguo Caton, aquel romano severo, cuyo nombre parece ha llegado á ser el de la austeridad misma, esperimentaba el mayor placer cuando veía á su muger lavar y cuidar á su hijo; y él mismo dejaba

UNED

algun rato los negocios públicos para enseñarle á leer. El Rey de Francia, Enrique IV, solía descansar de las fatigas del gobierno poniéndose á jugar con sus hijos. Un dia le encontró un embajador andando en cuatro pies, y llevando dos de sus hijos sobre sus espaldas.... Señor embajador, le dijo el Rey, levantando la cabeza y sin mudar de postura, ¿sois padre? Sí, señor, le respondió. Pues bien, replicó el Rey, voy á acabar el paseo por la Cámara.

El amor de los padres para con los hijos, ademas de ser un precepto natural y divino (cuya observancia debe inculcarse á los padres inhumanos para contenerles dentro de los límites de sus imprescriptibles obligaciones), es tambien un sentimiento de la naturaleza. Por lo mismo, casi se pecaría en decir: "padres y madres es menester que ameis á vuestros hijos." La naturaleza habla con demasiada vehemencia á sus corazones para que no se irritasen con este injurioso consejo. Los

UNED

contínuos beneficios que nos hacen; sus incansables solicitudes, y las angustias y pesares con que les atormentamos en todas las edades, testifican patentemente la vivacidad y espresion de su ternura. Y sino ¿qué discursos serían suficientes para mover el corazon de un padre á quien fuera necesario recordar el sentimiento mas natural, el placer mas desinteresado y la mas urgente necesidad? Pero á los buenos padres se les puede decir, mostrándoles el camino: he aquí como debeis amar á vuestros hijos, y no con un amor ciego que les descarríe y les pierda. Tan perjudicial es una absoluta indulgencia como un rigor estremado. A los padres crueles les diría yo: vosotros no sabeis amar á vuestros hijos, porque armados de una severidad que á nada cede, les quereis gobernar por el temor, y creeis que os respetan cuando tiemblan en vuestra presencia: vosotros tampoco (diría á los muy indulgentes) sabeis querer á vuestros hijos, cuando por un mal sis-

UNED

tema debilitais y echais á perder su cuerpo y su espíritu, y, semejantes á aquel mono de quien se dice que ahoga muchas veces á sus hijuelos á fuerza de abrazarlos, les perdeis por vuestro indiscreto cariño, y les esponeis sin defensa á todos los riesgos de la vida. Para describir las obligaciones y los placeres de los padres, é ilustrar y dar á conocer su amor, era necesario poder seguir hasta en las cosas mas mínimas su vida y la de sus hijos. Entre unos y otros hay mútuos y recíprocos deberes que jamás se estinguen; y tambien un perpétuo cambio de obligaciones, de felicidad y de amor, unidos todos los instantes de la vida con lazos inseparables.

Dejaríamos de decir lo suficiente acerca de esto, si las obligaciones del padre no las lleváramos hasta el nacimiento de sus hijos. Aun antes de haber salido éstos al mundo debe estár el padre prevenido. Ciencia, salud y virtudes son los tesoros que de antemano necesita tenerles reunidos. Si los hom-

UNED

bres conocieran sus verdaderos intereses, y usáran de la sobriedad, de la castidad y de todas las virtudes, así como abrazan los vicios, ¿no sería esto un medio eficaz para preservar á sus hijos, cuyo corazon es recto, de funestos estravios? Tan pronto como el hombre llega á tener la razon necesaria para comprender que puede egercer algun dia el sagrado ministerio de padre, debe dirigir todas sus miras á tan noble pensamiento. Procurará, con mucha antelacion, formarse á sí mismo su corazon, é ilustrar su entendimiento, para ser capaz de formar algun dia el corazon y la inteligencia de su hijo: á éste, pues, le proporcionará tambien alguna comodidad y buena fama: sobre todo, por medio de su conducta y vida arreglada, le dejará un dechado de virtudes, y un estímulo feliz para que siempre respete y admire á su padre.

§. II. *Educacion física.*

Proporcionar desde luego, y no dejar nunca de cuidar de la salud robusta

UNED

de un niño, es hacerle un regalo inestimable. La fuerza y destreza del cuerpo, tan útiles en muchas ocasiones de la vida, y tan necesarias en algunas profesiones y egercicios de ella, se deben en gran parte á la constitucion natural de cada individuo, dependiente, y sumamente unida con la educacion.

La madre debe cuidar ya de su hijo desde que lo lleva en su vientre, reglando su conducta por medio de la temperanza y de la regularidad. Cuando le haya parido, su primera obligacion es alimentarle con su propia leche. Todo está invitando á la madre á que desempeñe por sí misma esta primera funcion de la maternidad. ¡Qué dolor no gozar antes que nadie de las caricias de su hijo; recibir sus primeros ósculos, y ser la primera á quien llame con unas balbucientes palabras, que conmueven el corazon! La madre de Luis IX, uno de los mas grandes Reyes de la Francia, que por tantos títulos mereció el nombre de *Santo*, Blanca de Castilla en fin, no queria que su hijo

UNED

se alimentase con otra leche que la suya. Una dama de la corte que imitaba su egemplo, y criabá tambien á sus pechos á su hijo, habia dado de mamar un dia al tierno infante: mirándola Blanca con una especie de indignacion, hizo vomitar al Príncipe la leche que habia mamado. Yo no aguantaré, la dijo despues la Reyna, que se me quite el título de madre que Dios y la naturaleza me han concedido.

Algunas veces sucede que la quebrantada salud de la madre no la permite desempeñar tan sagrada obligacion; pero esta es una de aquellas necesidades á que se obedece por virtud, y que muy rara vez acontece á una ternura sincéra. Por lo mismo la Providencia, que nada hace en vano, ha provisto de leche el pecho de las madres; y muchas mugeres han puesto en un peligro eminente su salud por haberse negado (las mas veces con vanos pretestos) á dar de mamar á sus hijos. Dificultoso es creer que el niño pueda ganar cosa alguna con alimen-

UNED

tarse de una leche estraña. La naturaleza sabe acomodar respectivamente el temperamento de la madre y del hijo, y hay entre la fuerza del uno y la debilidad del otro tal concordancia que no se puede deshacer impunemente. Habrá niño que necesite mamar mucho tiempo, y que jamás falte leche abundante á su madre, y habrá otro que deba ser destetado á poco tiempo, porque á su madre le falte la leche mas pronto.

Es preciso conocer que la regla general no carece de escepciones. Lo que una madre no debe jamás olvidar, es el cuidado siempre atento que debe tener de su hijo. Los pequeños cuidados no se compran ni se venden, y nada suple á una infatigable vigilancia que espia todos los movimientos, y prevee con tiempo todas las necesidades. La madre se figura que en su hijo todo es completo.

Si entramos en consideraciones de mayor entidad, podremos decir que el padre mismo tiene un grande inte-

UNED

rés en que su esposa sepa ser madre.

Mas regularidad hay, y mas dicha en una familia donde la madre se encarga por sí misma de los deberes de la maternidad; porque en una familia como esta se vé reinar por lo comun mas union, y aquel amor al hogar doméstico, que es á veces el origen de los placeres mas puros, y el preservativo de los daños mas crueles. ¡Desdichado de aquel que no quiere que los llantos de su hijo le perturben el sueño! ¡Puede ser que algun dia le despierten amargos remordimientos.

Los niños están espuestos á no pocas enfermedades. Sus primeros años son muchas veces como un egercicio penoso de la vida, y entre ellos hay bastantes que perecen al rigor de estas terribles pruebas. No os recargueis de consejos médicos, aun cuando sean de grandes profesores; porque si bien es justo que sobre cada ciencia ó arte nos dirijamos á los que han hecho de ellas el obgeto constante de sus estudios, tambien lo es que en la medicina no se

UNED

pueden evitar muchas veces, sin un grande escrúpulo, todas aquellas recetas oficiosas que prodiga una perniciosa complacencia. La mejor señal de un buen médico consiste en que siga la naturaleza sin fatigarla. Una de las precauciones que se deben tener en favor de la salud, es la de vacunar á los niños: las observaciones están ya hechas y confirmadas, y la divina Providencia ha permitido que se descubra este remedio para atajar el rayo destructor de la viruela natural, cuyos terribles efectos eran, por lo menos, el de arrebatar la hermosura, cuando no fuese el de cortar desapiadadamente el hilo de la vida. El gobierno ofrece á todos, sean ricos ó pobres, el medio de gozar del inestimable beneficio de la vacuna. Serían delincuentes con respecto á sus hijos los padres que les privasen de él.

Lo que vale mas que todos los médicos, y en lo que consiste casi siempre no tenerse que valer de ellos, es el egercicio. Desde luego debe el ni-

UNED

ño acostumbrarse á egercitar todos sus miembros, porque en lo fisico la fuerza nace respectivamente de la libertad con que están. Ya hace mucho tiempo que hombres llenos de humanidad y elocuencia claman contra la miserable costumbre de aprisionar en las mantillas, y apretar con fajas en la envoltura, los tiernos y delicados miembros de los niños. Está demostrado hasta la evidencia que las enfermedades, las deformidades, y hasta la muerte misma, son por lo regular consecuencias de esta preocupacion mortífera. Los accidentes y los achaques les sobrevienen á los niños, así como al robusto paisano, de la inaccion y delicada poltronería: de aquí es que en las batallas vá la muerte, digámoslo así, buscando á los débiles, al paso que respeta á los valientes y robustos que corren delante de ella. Cuando se deja á los niños en libertad para desenvolver sus fuerzas, es menester cuidar de ellos mas que nunca, y presenciar todos sus movimientos; cuanta mas libertad se les conce-

UNED

da, mas vigilancia se necesita tener con ellos; pero en esto debe haber mucha prudencia, y no darles gritos ni usar de un celo indiscreto que les haga pusilánimes. Henrique IV debió á su abuelo el Rey de Navarra que se encargase de su educacion. Alimentado y vestido robusta y varonilmente como los demas niños del pais, andaba en piernas y con la cabeza al aire; corria y trepaba por los cerros, y desde muy corta edad se ensayó en las fatigas que ocuparon despues su vida, y resistió siempre como un héroe.

El cuerpo del niño, que está creciendo y desenrollándose sin cesar, no puede estár sin movimiento, y los padres ilustrados léjos de poner obstáculos é impedir sus juegos, les escitan y provocan á ellos del modo posible. El estar los niños pensando en sus juegos indica la necesidad que de ellos tienen. El cuerpo se fortifica del mismo modo que el espíritu con el egercicio y el trabajo. Correr, saltar, trepar y nadar, son cosas muy necesarias, y es menes-

UNED

ter que los niños, de quienes se quieren formar hombres útiles, sepan usar de todos sus movimientos, arrojar una bala, tirar una piedra, levantar grandes pesos, manejar las armas, domar un caballo, &c. Cada uno debe elegir, segun la situacion en que se halle, la clase de egercicios que le sean mas convenientes. La vida activa hace á los muchachos frescotes, robustos y dispuestos para todo, é impide el prematuro nacimiento de las pasiones y sus funestas consecuencias. Sobre todo en la edad juvenil el trabajo del entendimiento no participa casi de la fuerza corporal, y por lo mismo es menester egercitar el cuerpo para que trabage y se fatigue como el espíritu. Todo esto, pues, se debe efectuar desde la adolescencia á la juventud del hombre.

Egercicio, limpieza y templanza, son cualidades precisas de todas las edades, y fuentes perenes de la salubridad. Se ha notado que la mayor parte de los viejos en la dilatada série de años de su vida acostumbran hasta el

UNED

último momento egercitar su cuerpo por medio de grandes paseos: á esto puede añadirse tambien la regularidad con que viven. Esta regularidad habitual, tomada desde un principio, tiene ademas la ventaja de inspirar amor al órden. Pero así en esto, como en todas las demas cosas, el medio entre los estremos es lo mas sabio y prudente: es necesario no jugar con la salud, teniendo una vida caprichosa y desordenada; ser el dueño, y no el esclavo de las costumbres, y poder impunemente recoger velas á toda hora, y despreciar los lances pecaminosos. Un venerable anciano, cuya memoria estará siempre escrita en mi corazon, decia sonriéndose, á la edad de 84 años: "Yo no quiero tomar costumbres nuevas." Por lo demas, la mejor receta en cualquiera edad para vivir bien y con salud, es el trabajo corporal y el egercicio de las virtudes: estas son las que alejan los escesos y fortifican al hombre contra las pasiones. Lo que hay que admirar es el que por cualquier camino que vayamos necesi-

UNED

tamos de la virtud: aun cuando por ella no llevemos otro fin que hacernos felices sobre la tierra, habremos hecho el mejor de todos los cálculos.

§. III. *Instruccion.*

Doce niños de 6 á 8 años se sientan al rededor de una mesa, sobre la cual hay confites y fichas. Sus ojos se saltan de alegria: se escuchan y hablan cada uno á su vez, y cuanto veo me anuncia una conversacion muy formal sobre la gramática, la geografia y la historia. Empleada la vista de aquellos niños de esta manera, toman una leccion, ó, si se quiere, están enteramente entregados á un juego que les interesa. Para ellos no es necesario que la instruccion se presente revestida de un aparato espantoso y severo, porque los amigos ilustrados han consagrado en favor de la humanidad toda su vida para buscar y saber lo que se puede enseñar á la infancia, jugando con ella.

Tal vez os habreis divertido mu-

UNED

chas veces con el primer lenguage de los niños, y os habrán encantado su donaire y sus gracias; su alma visoña y nueva toma diferentes é ingeniosas formas; su imperfecto vocabulario les obliga á recibir significaciones de voces desconocidas, é imprime en todo lo que dicen una novedad maravillosa. Pero ¿habeis admirado la asombrosa rapidéz de su primera instruccion? ¡Cuanta multitud de ideas deben amontonarse en su imaginacion primero que aprendan á hablar, y sean iniciados en los conocimientos usuales de la vida! Aprovechémonos de este primer fervor, y dirijamos á nuestro gusto esta ansia por saber, no sea que se estravie en obgetos inútiles ó peligrosos. ¿Es vuestro hijo curioso y preguntador? Pues esta es una advertencia que os hace la naturaleza sobre los medios que debeis tomar para instruirle. Enseñadle, sin que él conozca los medios y el modo de que os valeis para ello, no sea que si lo dejais para mas adelante le cueste lágrimas. Algunos sabios han creido que

UNED

era menester diferir por mucho tiempo las primeras lecciones de la infancia, y consiste en que las lecciones que ellos han visto estaban acompañadas de castigos y amenazas. Para ser alguna vez severo, aun es necesario tambien hacer ánimo á serlo. Si no se debe atormentar la infancia por lo que está por venir, y á lo que tal vez no llegará ella, mucho menos se debe sacrificar y comprometer su por venir, ocasionándola algunos dolores pasageros. Con los niños se puede hacer felizmente de todo una especie de juego.

La primera instruccion se la deben de dar los padres á sus hijos, cualquiera que sea la clase ó destino en que se hallen. Leer, escribir y contar, son ramos que puede el hombre adquirirse por sí mismo. Útiles en todas las situaciones de la vida, duplican las fuerzas del pensamiento: por ellos se comunica con sus semejantes, y les conserva á pesar de su ausencia; conversa con los hombres que ya no exîsten, y deja en depósito sus ideas para echar mano

UNED

de ellas cuando las necesite. Por ellos se administra mejor, tanto la ínfima como la mas elevada fortuna: se lleva, aun en los asuntos de menor monta, cierto espíritu de órden y de prevision; en cuanto á la memoria, no se la pierde todo lo pasado, ni anda uno errante y sin guia para lo venidero. Los sordos no conciben como algunos hombres pueden conversar entre sí estando en tinieblas, ó separados por gruesas murallas. Los ciegos tampoco comprenden, cómo los que ven se comunican sus ideas sin tocarse ni oirse: ¡cuanto darian unos y otros por gozar del sentido de que por desgracia carecen! Si es un arte el conversar consigo mismo, y despues de muchos años de distancia vivir, digámoslo así, con los ausentes y los difuntos; tambien lo es el de pintar y fijar la palabra, retener el pensamiento que se escapa, y eternizar su duracion: y si para añadir esta facultad á su ser bastan dos ó tres horas de trabajo al dia, por el discurso de dos ó tres años de infancia, ¡cual

UNED

y cuanta locura es despreciar voluntariamente una parte tan preciosa de la exîstencia!

El niño que no pueda instruirse en la casa paterna, encontrará escuelas que la prevision del gobierno ha establecido en todos los parages del reyno. En ellas, al que la indigencia haya privado para siempre del beneficio de la instruccion, aprenderá gratuitamente á leer, escribir y contar, y por la asistencia de un corto rato de tiempo, que se deja disipar tan vanamente en la infancia, se adornará de instrucciones, que no le abandonarán en ninguna época de su vida. Sobre todo es un método benéfico que instruye con prontitud y solidez: este método, que es el de la *enseñanza mútua*, se vale de los niños para instruir á los niños. Bajo la vigilancia de un maestro, y de reglamentos bien conocidos yá, todos juntos se gobiernan unos á otros, presentando de esta manera una imágen de la sociedad civil, donde los ciudadanos se gobiernan entre sí, bajo la sal-

UNED

vaguardia del Soberano y de la ley: con la regularidad, la actividad y el amor al trabajo, toman ideas de lo que es la justicia distributiva y se acostumbran á una obediencia necesaria. Entrad en una de estas escuelas: doscientos niños están juntos en ella bajo la inspeccion de un solo maestro, á una sola señal todos marchan, ó todos se detienen: movimientos frecuentes, y distracciones regulares tienen la atencion siempre libre y siempre tirante: ya no veo reynar en ellos la opresion; no veo á maestros y discípulos igualmente atormentados por la observancia de un silencio puniblemente guardado y quebrantado sin cesar por furtivos cuchicheos. La serenidad se manifiesta en sus semblantes; todos se celan y se gobiernan, y la continuacion misma de la vigilancia les impide que la sientan. Si llegais antes de la hora señalada para la clase, vereis por el apresuramiento de los niños, para llegar á las puertas, que la instruccion no les incomoda. Algunos de ellos han dicho:

UNED

hace poco que se ha mudado el proverbio, y que el camino de la escuela, que era siempre el mas largo, le hemos hecho ahora el mas corto. Continuad, animosos niños, continuad: en medio de las penalidades de la vida os consolará la instruccion, y mas ilustrados sobre vuestros intereses, no os vereis en la precision de confiarlos á manos agenas, y sereis pagados con usura del tiempo que tan bien empleais.

La ignorancia es siempre un mal. El hombre ignorante ofrece una miserable mezcla de credulidad y de desconfianza; ninguno es mas fácil de ser engañado, y sin embargo á ninguno cuesta tanto trabajo en persuadirle sobre sus verdaderos intereses. No tiene el conocimiento suficiente de sus deberes, y alguna vez se perjudica á sí mismo y á otros, como si verdaderamente fuera un malvado. Los beneficios de la instruccion empiezan á dejarse sentir generalmente en Europa, y son absolutamente necesarios á cada individuo; con que cuando todo está

UNED

en movimiento sería una mala vergüenza el quedarse atras.

Se han hecho muchas esperiencias con los individuos y con las naciones, por las que se demuestra que la instruccion y la actividad enseñan á los hombres á ser mejores. Entre la multitud de egemplos que patentizan esta importante verdad, citaremos el que se comprende en una relacion hecha á la sociedad formada en París para la enseñanza elemental. A fines del siglo XVIII, dice, habia en Escocia 200.000 individuos que mendigaban por las calles y caminos: los 100.000 de ellos, á lo menos, vivian reunidos en cuadrillas, sin religion y sin ley. Así hombres como mugeres estaban siempre borrachos, blasfemando, jurando y riñendo; de manera que se acostumbraron con estos escesos á sacudir de tal modo el yugo de la ley, que para ellos no importaba ya nada el robo y el asesinato. El mal se habia arraigado demasiado. Castigar á los malévolos, y dar ocupacion á los mendigos, era un

UNED

miserable recurso contra tanta corrupcion. ¿Qué hizo entonces el gobierno? Atacar al mal en su raiz, y dedicarse á mejorar la educacion. Por un decreto del parlamento de Escocia, del año de 1698, se establecieron escuelas en todas las parroquias y se destinaron fondos para la dotacion de sus maestros. Estas sabias determinaciones se observaron constantemente, y en el dia es la Escocia el país de la Europa donde menos crímenes se cometen, con respecto al número de sus habitantes: si se compára este país con los demas de la gran Bretaña se verá, que los hombres arrestados y acusados de delito estan en Escocia en proporcion de 1 á 20.000, al paso que en Irlanda es de 1 á 1.500, y en el condado de Middlesex es de 1 á 900. En Escocia no es raro encontrar á un pastor leyendo á Virgilio, pero apenas se oye que haya un malhechor. Ha sucedido que muchos de aquellos infelices niños han edificado de tal manera á sus familias que las han arrancado de sus viciosas cos-

UNED

tumbres. ¡Tan singular y maravilloso es el imperio de la verdad, y el encanto de la virtud, que auyentan el vicio y moderan la fiereza mucho mas bien que lo pudiera conseguir la fuerza de la elocuencia mas grande y persuasiva! Estos egemplos se encuentran en diferentes parages: la Francia ofrece bastantes, y es de creer que en el dia se aumente su número; porque el sabio Monarca que la gobierna, por una de sus espresas voluntades, que le harán lugar entre los mayores legisladores, cuya memoria conserva el mundo, ha decretado el establecimiento de escuelas en todas las comunidades que no las hubiese. La instruccion primaria, que á un mismo tiempo es causa y efecto de la prosperidad pública, se esparce por aquel reyno con tal rapidéz que ofrece al alma las mas dulces esperanzas, y promete á sus ciudadanos un puro consuelo, y una reparacion muy eficaz de los males que han afligido á su amada patria.

Despues de esta primera instruc-

UNED

cion, de la que tienen necesidad todas las clases del estado, queda á la discrecion de los padres el dar la que corresponda á sus hijos, con respecto á sus miras y situacion. La primera ciencia de todas es la de su estado. Bien sabida es la historia de aquel jardinero, que ocupado siempre en contemplar las estrellas y componer calendarios, dejaba perder sus legumbres y sus plantas, mientras que todo prevalecia en casa del vecino, que, sin charlar tanto, se pasaba todo el dia sin dejar el azadon ni la regadera de la mano. Lo que hay de perjudicialísimo todavia, es la ambicion de muchos padres para con sus hijos. La de un honrado artesano puede ser desgraciada toda su vida, si recibe una educacion, que al mismo tiempo que no le preste la ciencia necesaria para hacerle apreciable en la república de las letras, lo llene de vanidad si quiere egercer el oficio con que su padre ha vivido. Criado con mas moderacion y humildad, puede gozar en su retiro de una vida dichosa y útil.

UNED

Sin embargo es menester confesar que hay vocaciones irresistibles, á que es preciso no cerrar los ojos, porque las mas de las veces se han conocido por ellas los talentos de los grandes hombres; pero tambien es cierto que hay en estas vocaciones muchas señales engañosas, y que las señales ó egemplos del ingenio son peligrosas de seguir por el comun de los hombres. En la juventud, cuando las pasiones tienen todo su vigor; cuando el gusto y los antojos hablan con imperio; cuando el por venir se muestra adornado de las mas brillantes ilusiones, y cuando ninguna esperanza es tardia, no hay pensamiento por vasto que sea que no pueda realizarse, y contando mas allá de lo que alcanzan las fuerzas, se carga uno con un peso, bajo el cual es preciso sucumbir. En este caso á los padres toca impedir que sus hijos no se estravien. Por lo mismo deberán tener con antelacion la prevision necesaria, acerca de la profesion á que les destinen, y sin privarles de la libertad de

UNED

que hagan sus pruebas, les seguirán paso á paso, y les pondrán en claro el camino, segun su propia esperiencia: no elegirán por ellos cosa alguna, pero verán lo que eligen. El padre que quiere conocer bien á sus hijos, siempre les está observando y estudiando; así como cuando por su propia utilidad confia su educacion á manos estrañas, y les entrega á la vida activa y regular de los colegios, en cuyo caso debe continuar, sin embargo de las lecciones dadas por los maestros, en celarles é instruirles, animándoles y sosteniéndoles con sus exôrtaciones paternales, cuyo amor tiene solo este secreto.

Si mediante lo dicho tuviéseis siempre la vista puesta sobre vuestro hijo, podreis dirigir sus inclinaciones sin violentarlas, y hacer que adquiera el género de instruccion que mas le convenga al bien estar de su vida.

§. IV. *Educacion moral.*

Formar y cuidar el cuerpo, y desenvolver la inteligencia, no es lo mas

UNED

importante de la educacion. Antes que la salud; antes que la destreza y el adorno; antes que la mayor ciencia y erudicion exîste un interes mas poderoso: este consiste en la paz interior; en desear con ansia el bien; en saber desechar el mal.

En los primeros momentos de la vida no tiene todavia el hombre el poder necesario para reflexîonar sobre sí mismo. Él vegeta, por decirlo así; pero la necesidad de la educacion moral se manifiesta á medida que la inteligencia se desenvuelve, y los esfuerzos del primer lenguage anuncian el desarrollo de las ideas. Los padres discretos se proponen desde luego usar con sus hijos de una alternativa necesaria, aunque dificil, de firmeza y de dulzura: se adelantan á sus necesidades, y muchas veces no les sirve; buscan el modo de escitar su reconocimiento y su afecto, y temen exîgirles uno y otro. Sobre todo, yo discurro que la educacion moral en los primeros años, debe quedar á la prudencia de la madre, y

UNED

á su tacto esquisito, sin el cual se daria á mil pequeñeces una importancia ridícula, ó sería imprudentemente despreciada. ¿Quién sabe mejor que una madre las virtudes que se pueden inspirar al niño por los sentimientos de la ternura y del amor? Cuando él no comprende todavia todo el valor de una falta, sabe ya muy bien que no debe enojar á su madre. No hay exôrtacion mas elocuente que la de la Reyna Blanca á San Luis: Hijo mio, le decia, por mas tierno que sea el amor que os tenga, quisiera mejor veros muerto que manchado con un solo pecado mortal. ¿Qué espresion habrá que iguale á estas palabras dichas con todas las veras de un acento maternal?

El alma afectuosa de un niño, deseosa de derramarse, y accesible á las emociones mas dulces, no podria permanecer mucho tiempo con estas preciosas disposiciones. Por desgracia es demasiado comun alegrarse de las enfermedades ó dolores de otro; pero se-

UNED

ría digno de castigo el que se atreviese á dudar del afecto de un padre, ó se persuadiese que el corazon de una madre deja alguna vez de palpitar por su hijo. Es necesario no mirar como vagatelas sin consecuencia las pequeñas crueldades de un niño, que á sangre fria ve ahogar un pájaro, hace daño á una mariposa, y abusa de su fuerza contra otro niño mas débil que él. Un dia de invierno, ostigada del frio una curruca, se refugió á la cabaña de un paisano: uno de sus hijos la cortó la pluma, y no dejándola mas que el uso de sus alas, la echó fuera despues, sin la menor piedad. En castigo de este juego tan cruel, clavó el padre en el suelo de la casa las plumas y despojos de la infeliz y pequeña víctima, y cuando su hijo cometia alguna falta le hacia fijar la vista en las plumas de la curruca. Este castigo que sufrió de niño, le ahorró tal vez en lo sucesivo ser un hombre malvado.

Vuestras lecciones serán inútiles sino las acompañais con buenos egem-

UNED

plos. En vano encargareis la piedad si vos mismo sois tibio en vuestros deberes religiosos; en vano prescribireis la virtud, si os divertis con el vicio; en vano predicareis contra el vicio, si por otra parte ridiculizais la virtud. El niño se forma por la imitacion de lo que ve mas bien que por la práctica de lo que se le dice; y su razon, que es esencialmente libre, quiere mas bien formar sus juicios que no aceptar ni resolverse á hacer los de otro; sobre todo á la edad en que todavia no ha adquirido la reflexîon toda su fuerza, no hay cosa que obre sobre su alma mas poderosamente que los egemplos. Es muy conveniente que desde la primera edad de su razon se le adorne de virtudes, y no se le abran los ojos al mal, que siempre conocerá demasiado breve. El que menosprecia la humanidad con dificultad dejará despreciarse á sí mismo, á menos que no tenga una fatua soberbia de creerse superior al resto de los hombres.

Sobre todo no hay cosa mas inte-

UNED

resante que el que los padres cuiden de que sus hijos formen ó adquieran buenas ideas de la virtud. ¡Dichosa la familia cuyos hijos se persuadan que apenas su padre puede cometer una falta! Es sumamente imprudente y reprensible llenar de confusion una alma inesperta, mezclándola con la necesidad del respeto el desagrado de los defectos, y entregándola á un lastimoso combate entre la veneracion filial y la indignacion que se merece el vicio. Noé, que fué el primero que plantó las viñas, bebió del vino que produgeron, se embriagó, y quedó dormido en una postura indecente. Vióle Châm, su segundo hijo, y al instante fué á llevar la nueva á sus hermanos; pero los otros dos hijos de Noé, Sem y Japhet, entraron reculando de espaldas en la tienda de su padre, y volviendo su rostro á otra parte le cubrieron con su capa. Noé volvió en sí, maldijo á Châm, y bendijo á Sem y á Japhet. ¡Qué escelente leccion contiene este solo hecho! ¡Cuan admirable es aquel virtuo-

UNED

so temor que los dos hijos de Noé tuvieron en la necesidad de cubrir la indecencia, y conciliar este hecho con el respeto y honor debido á las virtudes de su padre!

Cuando los padres han cometido alguna falta, es peor que la falta misma quererla salvar los hijos á costa de los principios que han recibido de la virtud paternal. Un noble arrepentimiento borra los agravios que una escusa reprensible aumenta. En la tierna edad es necesario hacer ver á los niños que se aprueban las buenas acciones, y se desaprueban las malas. Hallándose á la hora de la muerte Luis XIV cogió en los brazos á su tierno hijo (de 5 años de edad entonces), y considerando que le tenia que suceder en el trono le dijo: "Yo he sido amigo de guerras: no me imiteis en esto, aunque no sea mas que por los grandes gastos que he hecho en ellas." Este maravilloso y utilísimo consejo de Luis, unido á sus acciones brillantes, le grangearon el renombre de Grande.

UNED

La union de los padres, su justicia, su prudencia, su bondad, y, en fin, todas las virtudes, son cualidades que indispensablemente deben de inculcar y hacer abrazar á sus hijos. Así pues, todo se dirige á manifestarnos que la Providencia nos concede sin cesar no solo los ausilios necesarios para cumplir mútuatuamente con nuestras santas obligaciones, sino los medios mas seguros para ser felices. En una familia donde todo respira cristiandad, honradez y prudencia, cada uno por su parte ofrece y recibe lecciones, cuya aplicacion puede hacer al caso, aun en medio de los estravios. Las impresiones de la infancia duran y se perpetúan hasta la edad mas avanzada: el arbol guarda comunmente la direccion que tomó en un principio; y el vaso conserva por mucho tiempo el primer olor de que fué impregnado. El niño debe por inspiracion y por culto amar á Dios, á sus padres, á su Rey, y á su patria, aun antes de que los conozca bien, á fin de que cuando entre en razon halle esta-

UNED

blecidas todas estas creencias, cuya confirmacion no puede menos de serle agradable. En circunstancias las mas indiferentes al parecer, hay mil ocasiones oportunas de dar indirectamente aquellas lecciones, que muchas veces son las mas elocuentes de todas. Tanto en sus juegos, como en sus trabajos con los amigos de su edad, y aun con los mayores, se descubre el carácter de un niño, y es la ocasion de emplear medios adecuados para contener su vivacidad, ó despertar su pereza; mover su corazon, ó dirigir una sensibilidad demasiado irritable. La educacion moral no procede por lecciones positivas; toda se reduce á insinuaciones, inducciones y egemplos, y es la obra insensible de toda la vida. Sus principales esfuerzos se dirigen á hacernos justos, íntegros y desinteresados con nosotros mismos. Cuando se descubre el desarrollo de la razon, llama en su socorro el conocimiento de sí mismo; las meditaciones interiores, y, sobre todo, el fervor de una piedad sincéra, que nos hace árbi-

UNED

tros de nuestras tentaciones y deberes, y nos obliga á conocer si nos estimamos á nosotros mismos, y si nos consideramos agradables á Dios.

Durante la infancia se lleva el corazon donde se quiere: depende menos de sí mismo que de los que le gobiernan. Pero cuando llega la adolescencia vá con ella el pensamiento á todas las pasiones. La elocuente ternura de una madre; la ilustrada razon de un padre; su solícita prevision, no tienen poder bastante para guiar esta edad, que muchas veces toma el partido de gobernarse por sí misma, y, rebelde á los consejos de que tiene tanta necesidad, quiere dirigirse y bastarse á sí, y casi se impacienta de que se la quiera dirigir. ¡Dichoso aquel que, á pesar de esta edad peligrosa, llevado de la inclinacion al trabajo se libra de los peligros que traen consigo la inquietud y la melancolía de la adolescencia! ¡Dichoso aquel que la idea del bien; el deseo de un noble por venir, y el temor de no manchar su alma le defienden contra los

UNED

inumerables peligros que le asaltan.

En esta época de la vida, la edad sacude por grados la sugecion paternal. Cuanto mas regaña el padre por el convencimiento que inspira una ternura ilustrada, otro tanto mas pierde de su autoridad. Cuanto menos dueño sea, será mas amigo: este título vale tanto como aquel. ¡O, padre querido! ¡O, tierna madre! ¡Con cuanta alegria os abraza un hijo que conoce los motivos de vuestra ternura! Este afecto filial menos cariñoso, menos espansivo que el de la primera edad, no por eso es menos ardiente ni menos vivo. Por decontado es mas racional; no afloja ni se debilita en él el raciocinio; no se resfria ni decae. Estamos convencidos por la razon y la esperiencia que un afecto discernitivo no solo es de justicia y de obligacion, sino tambien uno de los mas ricos dones que puede gozar nuestra alma.

La educacion moral nunca se acaba, ni tiene otros límites que nuestra exîstencia. ¿Quién se atreverá á asegu-

UNED

rar que no tiene ya mas que aprender sobre los misterios que encierra su corazon?

§. V. *Obligaciones de los padres que tienen muchos hijos.*

La práctica de la magistratura paternal, es acaso mas facil de egercerla con muchos hijos que con uno solo. No hay duda que se necesita mayor sugecion y vigilancia; pero una vez sentado al hogar doméstico ¿no vale mas estarlo para hablar á muchos que á uno solo? Los hijos se crian para que se sirvan unos á otros; y es un maravilloso espectáculo ver en una familia íntimamente unida, que los mayores sirven de guia á los menores; ayudan á su padre y á su madre; aprenden el arte dificil de mandar por el mandamiento mismo, y la necesidad de obedecer por el deseo de ser obedecidos. En los estudios y en los juegos son los niños los verdaderos compañeros de los niños; el que sabe un poco mas que

UNED

otro tiene mucho gusto en enseñar, á la vista del padre, su corta ciencia de algunos dias. ¡Qué cosa mas propia para descubrir los sentimientos afectuosos y tiernos del corazon de un niño, que interesarle en sus mismos juegos con alguna cosa de corta entidad, y de la que él se tenga por protector! No es posible dejar de conmoverse cuando se vé á un niño, que apenas sabe andar, guiar los primeros pasos de otro hermanito suyo, divertirle, hacerle reir, y, si se le quiere honrar con el nombre de padre, hacer (por merecer este título dignamente) mas progresos en su instruccion que los rigurosos castigos, ó costosas recompensas. Así es como se descubre un deber por un placer.

En la turbulenta edad de las querellas de la infancia no pueden los padres poner tanto cuidado como es necesario para mantener un mútuo amor entre los hermanos, é impedir que por la desunion dege de haber debates todos los dias: estos, pues, es preciso que con el tacto y prudencia indispensables

UNED

en todos los momentos de la vida, se miren con cierta indiferencia, y como ni de mucha ni de poca importancia. Las grandes familias suele decirse que prosperan, pero esta prosperidad es solamente con respecto á las familias unidas, donde la felicidad de uno solo se estiende á todos, y donde todas las desgracias se reparten entre todos. Conociendo esto un viejo que se iba á morir, llamó á sus hijos, y les presentó un manojo de flechas para que le rompiesen. Por mas vigorosos que ostentaron ser no lo pudieron conseguir: yo quiero mostraros, dijo entonces el moribundo padre, lo que puedo hacer; y tomando los dardos, los separó y fué rompiéndolos todos uno á uno. Ya veis, les añadió, los efectos que produce la concordia; si permaneciéseis unidos ninguno podrá con vosotros; si os separais todo el mundo os abatirá.

A los padres toca trabajar por la union y fraternidad de sus hijos, inspirándoles desde un principio el recíproco amor y cariño á que su tierno

UNED

corazon es naturalmente inclinado. No hay cosa mejor para conseguirlo que mantener entre ellos una balanza igual, y que todos puedan percibir esta igualdad de afeccion: la edad y el sexô de cada uno deben solo exîgir en los padres alguna diferencia en la naturaleza de los cuidados que se toman por ellos: hasta el perverso goza tambien de sus privilegios; y muchas veces sucede que el niño á quien mas se aflige, el que mas sufre, y el que está mas distante, es al parecer á quien mas quiere una buena madre. ¡Cuantas divisiones hay entre las familias dimanadas de la parcialidad de los padres! Si algunos niños se portan bien y otros mal, es muy facil conocer que la única recompensa ó castigo debe ser el mejor ó peor tratamiento; pero cuidando siempre de que la justicia, y no la preocupacion, sea la que lo determine. Los niños son buenos observadores y buenos jueces: jamas ván contra una preferencia fundada en la conducta mas meritoria. Si tuviéreis la desgracia que

UNED

por una afeccion involuntaria se inclinase vuestro ánimo en favor de uno de vuestros hijos, libraos de esta injusticia, y procurad conocerla para ocultarla.

Nuestra ley, siempre sábia, hace un repartimiento igual de los bienes entre todos los hijos, y ella misma dá el egemplo de esta igualdad tan necesaria para el sosiego y conservacion de las familias. Los padres que atienden al establecimiento de uno de sus hijos, deben pensar en el de todos los demas, y no cegarse ni dejarse llevar, ó de una preferencia injusta, ó de una vanidad reprensible.

CAPÍTULO III.

Los hijos.

Los hijos de familia componen una gran parte del género humano. Depositarios de lo venidero, y destinados á reemplazar la generacion que ocupa la escena del mundo, tienen una alta consideracion social; pero tomados indi-

UNED

vidualmente todavia no son nada para la sociedad; porque aun no les ha llegado el tiempo de emplearse, ni de influir en cosa alguna. En el seno de su familia es al contrario, pues, como objeto especial, todo se mueve y se dirige por causa de los hijos: cualquiera que observe un poco, dirá que solo por ellos viven y se afanan sus padres. El haber tratado en el precedente capítulo de las obligaciones que la naturaleza impone á los padres, es haber manifestado sus beneficios, y prescribir los deberes de los hijos.

Si hemos admirado la ternura paternal, es menester tambien que veamos cual es la ternura filial, y en especial todos sus deberes. La naturaleza, digámoslo así, nos ha dado la ley de los sentimientos (bien que corregidos ó modificados frecuentemente por los preceptos que conocemos por la razon natural): sus preceptos mas principales son los del amor, que es lo mismo que ordenarnos el bien que nos ordena la virtud. ¡Qué cambio de senti-

UNED

mientos tan delicioso entre padres é hijos bien unidos! Entre otros muchos egemplos de humanidad, que por fortuna son infinitos, ¿cómo es posible hablar sin enternecerse del de aquellas dos jóvenes, hijas de Roma, que alimentaban con su propia leche, la una á su madre, y la otra á su anciano padre, encarcelados y condenados á morir de hambre? ¿Se podrá creer que los males de estos desgraciados no estaban mezclados con alguna dulzura cuando se abrazaban para su consuelo?

La autoridad paternal, independiente de todo trato ó convenio, es la primera y la mas sagrada de las magistraturas. Instituida por necesidad, y conservada por afeccion, coloca al padre á la cabeza de la familia, y entrega en sus manos la administracion y el poder. Este, pues, es el fundamento de toda sociedad, porque es el fundamento de las familias, sobre cuya union descansa el edificio social. Honrarás á tu padre y á tu madre, nos dice Dios en uno de sus mandamientos. El amor y

UNED

el respeto van siempre unidos, y sería un agravio creer que discordaban entre sí. La veneracion de un hijo no es menos afectuosa porque tenga algo de sagrada. Yo no gusto de la moda del *tuteamiento* que se ha introducido en muchas familias: la afectuosa veneracion nada gana con esta ridícula igualdad de lenguage; y el tono de familiaridad que toman los hijos con sus padres, lleva un caracter ligero de irreverencia, que sorprende y hiere á cualquiera. Este mal estilo ni bien es el abandono de un tierno amor, ni el encanto de la confianza.

Es muy dificultoso separar las obligaciones de los hijos de las del amor fraternal, que es como una consecuencia necesaria de la piedad filial. Un hermano es un amigo que nos dá la naturaleza, segun dice un agradable poeta. ¡Cuán digno de lástima es el que desconoce este precioso don! ¡De cuantas cosas se priva! ¿Dónde hallará un confidente mas á propósito, que pueda participar mejor de sus pensa-

UNED

mientos? Los hermanos mayores participan en algun modo de los deberes de los padres, y los mas jóvenes de los deberes de los hijos: apoyados mútuamente en la carrera de la vida, siempre estan dispuestos á quererse y ayudarse.

La virtud es facil de practicar cuando ningun obstáculo impide su egercicio; pero algunas veces se espone á pruebas tan dificiles que solo la sirven para realzar mas su brillo. Isaac ofreció su cabeza al cuchillo paternal. ¡Qué desgracia para un hijo, ó para un hermano, cuando padres injustos oprimen su alma y la niegan su amor! En tal caso es necesario valerse de la virtud, sin dejar nunca de amar y respetar á los que, á pesar de sus injusticias, y desconociendo sus obligaciones para con sus hijos, carecen del suficiente poder para separarles de sus obligaciones con respecto á sus padres y hermanos. Que me muera sino me vengase de tí, decia á Euclides, discípulo de Sócrates, un hermano irritado: pues que perezca

UNED

yo, respondió Euclides, sino te obligase á deponer tu resentimiento, y á volverme tu amistad.

CAPÍTULO IV.

Los esposos.

Dios dijo despues que hizo al hombre: no conviene que esté solo: hagámosle una compañera semejante á él: juntó Dios delante de Adam todos los animales terrestres, y todas las aves volátiles; pero entre ellos no habia ninguno semejante á él. Dió el Señor á Adam un profundo sueño, y mientras dormia, tomó una de sus costillas y formó la muger, que presentó á Adam. Entonces dijo Adam: ésta es hueso de mis huesos, y carne de mi carne: el hombre dejará á su padre y á su madre y se unirá á su muger, y entre los dos no serán mas que uno solo.

Todas las obligaciones de dos esposos, criados para no formar mas que uno solo, estan comprendidas en esta

UNED

sabia leccion de nuestros sagrados libros. Nuestro cuerpo no puede exîstir por sí solo: nuestra alma no puede vivir sin desahogarse; ni nuestra inteligencia puede desarrollarse sin un cambio recíproco de pensamientos. Hay edad en la que la necesidad de la afeccion que reyna dentro de nosotros mismos se declara imperiosamente, y se nos manifiesta en toda su estension. ¿Qué lengua, por mas elocuente y pura que sea, podrá esplicar la felicidad de dos seres, hechos uno para otro, cuyo corazon no está turbado por ningun remordimiento, ni por ninguna falta de su obligacion? Compadezcámonos de aquel que sacrificando á la moda ó á la desvergüenza su proceder, se rie al oir colocar la felicidad fuera del tumulto de las pasiones inconsideradas. Este no llegará, sin duda, á gozar de aquel venturoso y pacífico estado sino despues de largas turbaciones y reveses. Las conversaciones imprudentes y la lectura peligrosa pueden arruinar al alma con un fuego destructor: la va-

UNED

nidad atrae conexîones y amistades funestas; pero la felicidad de ninguna manera, porque ésta no vá unida á las inquietudes, á las turbaciones, á los temores ni á los disgustos. Cuando el hombre jóven, y la tierna doncella llegan á la edad en que debe decidirse sobre su suerte, no hay mas que un consejo que darles: descansad en el seno de vuestra madre: atreveos á confesar á vuestro Dios y á vuestros padres todo lo que pasa por vuestro interior. Justamente es esta una ocasion en que no podeis fiaros de vuestras propias fuerzas: sobre ser una temeridad impotente, os perderia esta ciega confianza. Los remordimientos y los disgustos son inseparables de las pasiones impuras: siempre egoistas preparan al que las corresponde grandes dolores, amargas pesadumbres, y acaban con encontrar en su propia desgracia el castigo de los tormentos que ellas le han causado. ¡Cuán dichoso es el que puede dejarse guiar por una madre tierna, por un padre ilustrado, y por un ami-

UNED

go piadoso y sincéro en la eleccion de la persona con quien vá á unir su suerte! ¡Cuán dichosos son los que adorando y respetando desde un principio la santidad de esta union, no han permitido en su corazon la entrada de afecciones momentáneas, y sumamente celosos de su propia estimacion no se unen sino á quien siempre deben estimar!

En la eleccion de esposos es necesario hacer dos reflexîones que todos comprenden. El que se casa no debe creer que es solo para sí, sino para la familia que Dios le diere, y para hacer feliz á la persona con quien se une: ademas es menester que se persuada que vá á contraer un estado, cuyo vínculo es indisoluble. Por lo demas procurará evitar cualquiera de los dos escollos, ó de despreciar los intereses, ó de violentar las inclinaciones de su corazon. El carácter, la edad, el empleo, la conducta y la fortuna, deben, en una eleccion tan importante, pesarse escrupulosamente. Pero aun en el caso de que se hubiesen reunido numero-

UNED

sos preceptos, todavia sería menester no olvidarse que varian hasta el infinito; se combinan de mil maneras diversas, y sufren acaso tantas modificaciones cuantos individuos diferentes hay. Lo mas acertado es aconsejarse bien, y ayudarse con las inspiraciones de un corazon recto.

Cualquiera que sea el motivo que haya determinado la eleccion, una vez hecha y contratado el matrimonio, las obligaciones son imperiosas. Los esposos se deben mútua felicidad, socorro y asistencia; el marido debe proteger á la muger; la muger obedecer al marido. La ley ha tomado bajo su especial proteccion el matrimonio; asegura el estado de sus hijos, y le ha rodeado de precauciones y de favores. La religion imprime el santo carácter, y eleva á sacramento este contrato solemne é indisoluble, aun á los mismos ojos de la ley civil. Así es que todo coincide á advertir á los esposos, que el matrimonio es una sociedad en la cual cada uno debe llevar todo su ser; esto es,

UNED

pensamientos, sentimientos, haberes y fortuna, puesto que todo es comun; ¿y cómo no habia de exîstir esta misma comunidad de todas las cosas teniendo unos mismos hijos? Aun cuando la infidelidad de un esposo no fuese un engaño hecho á sus promesas ¿no sería bastante miserable por sí sola una conducta pérfida y falsa, que obliga á dos seres á pasar juntos su vida, y á que á cada instante se recele y encubra uno de otro con un disimulo pecaminoso? La infidelidad conyugal turba el órden de las familias, divide y estingue las afecciones y arrebata el bien de los hijos: la infidelidad despedaza el corazon de una esposa, mientras que un hombre, á veces ligero y cruel, se rie de sus llantos, y aparenta creer que impunemente puede ser abandonada y desamparada, sin tener ella derecho á tomar parte en los pensamientos de aquel para quien debe vivir solamente.

Respecto de que siempre tienen que vivir juntos ¿por qué no han de descansar uno y otro con una confianza

UNED

ilimitada? Siempre hay alguna desgracia cuando el hombre y la muger se miran como estraños, y tiene cada uno sus relaciones, sus miras particulares, su separacion y su sociedad. Tanto el marido como la muger son ambos necesarios para el buen gobierno: la muger debe entregarse á los cuidados domésticos, y el marido asegurar la exîstencia de su familia, y trabajar para su prosperidad. Cada uno tiene su parte natural de poder, y sus funciones que es preciso no trastrocar. El marido quiere y egecuta, la muger aconseja. ¿Quién mejor que una muger propia ha de tener ocurrencias felices, observaciones finas, y miramientos que inspiren un tino delicado? El marido deberia tomar los consejos de su muger, cuando no llevase otro fin que establecer entre sí mismos una reciprocidad habitual de todos los pensamientos. Con su ausilio formaria él resoluciones mas acertadas: el parecer se modifica discutiéndolo, se ilustra y se fortifica. Los gobiernos domésticos mas

UNED

bien unidos son ordinariamente los que prosperan tambien mejor en sus negocios: á estos es á quienes por lo regular les concede Dios, como fruto de bendicion, unos hijos en quienes puedan regocijarse algun dia, y admirarse de sus afecciones y respetos.

La economía y el amor al órden son los deberes comunes de los esposos. El marido es responsable á la suerte de toda la familia. La fortuna de su esposa y de sus hijos son entre sus manos un sagrado depósito, de que tiene que dar cuenta á Dios y á su conciencia. La muger necesita velar tambien por sí misma sobre los intereses de todos: y si debe impedir que su marido se pierda por malos consejos ó especulaciones pecaminosas; tambien ella debe sacudir la apatia y no usar de prodigalidades. Una muger codiciosa é interesada tiene poco miramiento y es desagradable; pero una muger ligera é indiferente puede dejar á su marido que acarree la ruina de la familia.

Lo que no puede hacerse sin mu-

UNED

cho escrúpulo es disimularse y ser mútuamente indulgentes. Viviendo contínuamente juntos debe saber cada uno los defectos del otro; pero este conocimiento solo ha de servir para sabérselos sobrellevar. Cuando se quiere amar, siempre es necesario aguantar muchos ratos de mal humor; procurar no entibiarse ni incomodarse, y compadecerse de una pena que la contradiccion puede llenar de amargura. Una tolerancia recíproca, una atenta y cuidadosa complacencia, un contínuo temor de afligirse, son entre los esposos una fuente inagotable de mútua felicidad.

La vida es una dolorosa pension para aquel que se une con una persona delincuente é indigna de su compañía; mas la verdadera virtud gime y se resigna; ofrece á Dios sus tormentos; descansa sobre su conciencia, y dulcifica sus amargos dolores con la esperanza de que en la otra vida le servirán para descuento de sus pecados.

Pero separemos la vista de estas

UNED

aflictivas imágenes, y detengámosla sobre una familia en la que reina la dicha y la paz. La union que estriba en la virtud es feliz á pesar de la mala suerte, porque la virtud ni es áspera ni huraña, sino amiga de todos los placeres. La dicha se duplica cuando son dos los que gozan de ella: cada uno espera por las esperanzas del que ama; se llena de gloria, y se enternece con la alegria. En el caso de una desgracia ¡qué consuelo, ó, por mejor decir, qué delicias llorar juntos! En efecto, si se sufre por el padecer del que se ama, puede decirse que el dolor tiene tambien sus deleites: el peso de la desgracia se disminuye cuando se reparte, así como repartiendo la felicidad aumenta de precio. Los que llegan á tener mucha edad ¡qué encanto envegecer juntos! Este no es como aquella exâltacion de la juventud, ni como aquel fuego que devora el alma, sino una amistad tierna y espansiva, una particion, una reciprocidad de la vida. Es menester llorar por el último que queda en el

UNED

mundo, y con especialidad cuando carece de hijos que mitiguen su pena. La única esperanza que le queda es la de continuar en la otra vida la amistad que ha comenzado en esta. Los antiguos refieren una fábula, perteneciente á dos ancianos esposos, que, estando solos en un lugarcillo, habian dado hospitalidad á Júpiter y á Mercurio, quienes, disfrazados bajo la figura de dos viageros, no habian encontrado quien les diese posada. Irritados estos dioses contra el lugar impío le habian destruido enteramente. Solo habian librado de la ruina la miserable cabaña de Philemón y de Baucis, que habian transformado en un templo magnífico, que los dos esposos estaban encargados de levantar. Un dia que, sentados sobre las gradas ó escalones del templo, referian á los jóvenes estas maravillosas aventuras, vió Philemón el cuerpo de Baucis cubierto de ramage, y Baucis observó tambien que el ramage cubria el cuerpo de Philemón; Philemón se volvió encina, y Baucis

UNED

se convirtió en tilo : quisieron hablar y les cubrió la corteza, de manera que ambos se despidieron como una flor matizada. Los dioses, pues, recompensaron sus virtudes, concediéndoles la gracia de salir juntos de esta vida.

CAPÍTULO V.

Los amos y los criados.

Para completar el cuadro de la familia nos resta hablar de los criados, que participando forzosamente de su intimidad, forman una parte esencial de la casa, como lo indica la palabra *doméstico*.

Sería formar la historia de los tiempos pasados mas bien que hacer la pintura de nuestras costumbres presentes, si se recordasen aquellas familias, cuyos criados, como si fueran verdaderos hijos de sus amos, se unian á ellos por los vínculos de la afeccion y del deber, y en las que los antiguos domésticos tomaban el cuidado de los hi-

UNED

jos, á cuyos padres habian visto nacer, y en las que el rosario y las oraciones se rezaban por las tardes y en comun en alta voz. No tratamos de hacer una pintura horrorosa de nuestro siglo, porque sobre ser esto una verdadera injusticia y falsedad, estamos muy distantes de pensar de este modo; pero no puede menos de sentirse la pérdida de algunas cosas cuando se recuerdan las costumbres de nuestros antepasados. Es verdad que en todos tiempos ha habido amos crueles, soberbios é injustos, y criados bribones, perezosos, mentirosos é ingratos; pero los tiernos egemplos de cordialidad de que hablamos jamas han sido tan raros como en el dia; ademas de que ¿no estamos viendo ahora una contínua y general pendencia entre amos y criados? Nadie ignora que lo mas apreciable es vivir unos y otros contínuamente en paz, y poderse confiar los amos de los criados, que forman parte de sus costumbres, y asisten á sus intimidades.

La igualdad de fortuna no puede

UNED

verificarse entre los hombres. La desigualdad de fuerzas, de talentos, de industria, de edad, de chanzas agradables ó irritantes; la transmision de los bienes, enlaces, número de hijos, &c. todas estas causas, con otras muchas, impiden la igualdad. Ni sería útil que exîstiese. Todas las cosas se deben de desempeñar como corresponde: los trabajos penosos del cuerpo; los cuidados del espíritu; los egercicios y oficios ingratos y viles; las profesiones que proporcionan los honores y las riquezas. Con esta desigualdad, sin la cual toda union civil, y toda constitucion social sería insubsistente, han estado siempre subordinados los pobres y los débiles á los ricos y á los poderosos.

Los antiguos gobiernos habian degradado por la esclavitud una gran parte de la especie humana. Las repúblicas de Roma y de Grecia, que deificaban la libertad, trataban miserablemente á los esclavos, y una numerosa parte de la poblacion era el juguete y la propiedad de la otra. Conforme al

UNED

sentido de sus leyes estaba colocada, no entre las personas, sino entre las cosas. El cristianismo hizo desaparecer todos estos abusos, restableciendo la igualdad que el Criador habia establecido entre los hombres, y haciendo que cesase la esclavitud. La concupiscencia y la codicia lucharon por mucho tiempo contra la religion, y aun en nuestros dias la costumbre de vender los negros, como bestias de carga, se ha defendido con escándalo de la humanidad en algunas partes; pero quiso Dios que la causa de la justicia triunfase al fin universalmente, y los hombres no degradan ya á sus semejantes, como solían hacerlo, reduciendo á muchos á la condicion de irracionales.

La servidumbre, tal como exîste entre nosotros, no implica para la igualdad natural, porque cada hombre es y permanece libre; pero los mas pobres, mediante un salario, se emplean en servir á los ricos: cada uno tiene sus obligaciones en este contrato, las cua-

UNED

les cesan cuando las dos partes, ó cualquiera de ellas, se resuelve á disolverle.

El amo debe tener presente, que por medio de la dulzura y de la humanidad necesita templar el rigor de su autoridad, y la humillacion de la servidumbre; y el criado no debe olvidar que ha prometido ser siempre fiel y obediente, y servir de buena voluntad. Las buenas disposiciones de amos y criados consisten en la mútua union, y ésta en su recíproca estíma. Los primeros deben dar á los segundos buenos egemplos; mas para dar buenos egemplos es necesario ser buenos; sino cuando se buscan no se encuentran, y cualquiera se disgusta, tarde ó temprano, de una mala accion. Así como es el amo es el criado. ¿Qué pueden esperar ni exîgir los amos que han merecido el desprecio de sus criados? Comunmente se dice que ninguno es héroe por su ayuda de cámara, y no lo estraño, porque la grandeza se enfada, y no está de buen humor á

UNED

todas horas; pero tambien es cierto que el hombre honrado, por muy encumbrado que se halle, siempre procede bien con sus criados, así como suele hacerlo á los ojos del mundo, porque está obligado á comportarse bien en todos los instantes de su vida.

Lo que no se debe olvidar jamas, aun cuando esté uno precisamente convencido de haber depositado bien su confianza, es el tener siempre una vigilancia activa y rigurosa. Esta siempre agrada á los buenos, así como es terrible á los malos, contra quien es necesaria. Se anticipa á las tentaciones y corta el mal en su nacimiento, ó, por lo menos, le percibe con mucha antelacion, para poner el remedio en tiempo oportuno. La vigilancia debe ser activa para escusar las infidelidades, y asegurar un servicio laborioso é inteligente; pero sobre todo es indispensable cuando se tienen hijos. ¡Cuántas veces por entregarles á manos estrañas se les ha hecho infelices para siempre! Ademas de los cuentos é his-

UNED

torias ridículas con que los buenos atemorizan y espantan su tierna y débil imaginacion, hasta el estremo de hacerles concebir costumbres triviales, y lenguage impolítico y grosero, ninguna vigilancia por grande que sea basta para con los niños: sobre todo debe apartárseles de la inclinacion á la falsedad y á la mentira, y de la indiferencia á los mas sagrados deberes, que suele ser fruto de las malas compañias. A esto es á lo que principalmente debe estenderse la vigilancia de una madre. La tonteria de una aya, y la inconsecuencia de un criado, pueden hacer perder el fruto de muchas lecciones.

Entre las infinitas precauciones, muchas veces inútiles, de que uno se debe valer para encontrar buenos criados, una de las mas seguras es tenerlos cerca de sí desde que son jóvenes, y cuidar que el vicio y los malos egemplos no hagan sordo su corazon á las inspiraciones de la virtud, cuya práctica se les debe siempre inculcar. Si se procura arrancarles de la ignorancia

UNED

por medio de la ilustracion de su entendimiento, se conseguirá facilmente tenerlos buenos. Cuanto mas se cultive su talento, otro tanto mejor comprenderán que nada hay mas útil que el cumplimiento de sus deberes.

CAPÍTULO VI.

DEBERES DE SOCIEDAD.

§. I. *Obligaciones de parentesco.*

Saliendo de la casa paterna, y exâminando las relaciones de los hombres con la sociedad en que viven, se encuentran por lo regular parientes que descienden de una misma casa y origen. Estos son como colonias separadas y estendidas por diversos parages, al paso que otras familias, originarias tambien de la primera, forman nuevas alianzas, nuevas generaciones, y crean relaciones igualmente nuevas. Unas mismas costumbres, recuerdos, ambicion y gloria, y unos enlaces in-

UNED

mediatos contribuyen á preparar la amistad de los parientes. Las divisiones y mutaciones de las sucesiones y de las fortunas son causa de que entre ellos se originen contínuas relaciones de interes. Si los deseos inmoderados les desunen, se dañan entre sí y se pierden: la concordia y buena armonía es al contrario, porque para todos es un tesoro precioso. Brillantes fortunas se han visto destruir y deshacerse por desavenencias y querellas; así como todos los dias sucede que por la buena inteligencia, el órden, y un cambio recíproco de ausilios y consideraciones hay familias que llegan á gozar de una honrosa conveniencia.

Cuando los hombres llevan nuestro propio apellido, es dificil que por nuestra parte personal no coincidamos en algunos de los sentimientos que les interesan. Por otra parte entre ellos y nosotros hay un honor sólido: siempre nos regocijamos cuando nuestro nombre vá acompañado de la estimacion de los hombres; y esperimenta-

UNED

mos un dolor verdadero y legítimo si se le escarnece. Sería injusto sin duda estender hasta muy léjos esta responsabilidad comun; pero encerrada entre ciertos límites, brota en la sociedad una actividad generosa, y una emulacion útil. Al mérito ó demérito personal de un hombre, no le es menos esencial la verdadera medida por donde se le debe apreciar, aunque sea sumamente dificil destruir el juicio favorable ó adverso que desde luego acompaña á un nombre señalado por la estimacion ó el desprecio.

Hay algunas familias numerosas que no tienen ninguno de sus miembros colocados en los diversos ramos ó destinos de la sociedad. Las mudanzas de fortuna; los talentos de unos, ó la mala conducta de otros; los matrimonios, el número de hijos, la mucha parte que tiene la suerte (instrumento sagrado de los designios de la Providencia) en los negocios humanos, todo esto puede elevar á los unos hasta lo sumo, y abatir á los otros hasta

UNED

el último estremo. En tal caso los mas elevados pueden dar la mano á los que no esten tan favorecidos; y nunca se deben de olvidar, que si la beneficencia es un deber con respecto á todos los hombres, es mucho mas obligatoria todavia para con los mas próxîmos. Pero esto es por lo que toca á aquel que tenga necesidad de valerse de los parientes, á quienes la fortuna haya favorecido mas que á él; en cuyo caso debe contenerse dentro de los límites que una vanidad generosa no permite traspasar, ni exîgir como de rigurosa justicia lo que en realidad no es mas que una pura gracia. De todos modos el desvalido no debe avergonzar por su mala conducta á los parientes, de cuya sangre intenta hacer ver que dimana.

§. II. *Deberes de amistad.*

Los vínculos de la sangre establecen relaciones entre los hombres independientemente de su voluntad; pero

UNED

hay otros que imponen obligaciones no menos estrechas, como son las amistades que se contraen por propia eleccion.

Hay amistades de todos grados: las designaremos por este mismo nombre, y las daremos á conocer por aquella intimidad que de dos almas hace solamente una, ó por aquellas relaciones de conveniencia ó de costumbre, por las cuales todos se saludan con placer, y se dejan de ver sin mucha pena. La verdadera amistad es la que, confundiendo dos seres semejantes, forma uno de los mas dulces encantos que puede haber en la vida. Por lo mismo nuestro famoso La Fontaine (quien mas de una vez en sus preciosos versos ensalzó la amistad de los altares, que no destruirá el tiempo), despues de haber perdido su protectora, se encaminó á la casa de otro de sus amigos, á cuyos ruegos para que fuese á vivir con él respondia siempre llanamente y con candor: *voy allá.* No fué otro el motivo que tuvo Eudamidas

UNED

de Corintho para escribir en su testamento, estando para morir: "Yo lego y mando á mi madre á Aretes, para que se la alimente y cuide en su veged: Lego mi hija á Carigene, para que la case con tan gran dote como él la podrá dar; y si el uno ú el otro muere, es mi voluntad que el legado que he hecho recaiga en el que sobreviva." Amistades como estas hay muy pocas, bien que tampoco son siempre necesarias: los vínculos de la sangre y los deberes de familia bastan muchas veces para las afecciones de toda la vida.

La amistad que tiene todos los atractivos de una pasion, pero de una pasion libre de tempestades y de sentimientos, no puede exîstir sino entre las gentes virtuosas. Vive con el desinteres que desconoce el vicio: los cálculos del egoismo, y sus recónditos pensamientos, no acompañan á los desahogos de su corazon. Los amigos pueden diferir de opiniones, de gustos y de humor; pero las almas que se

UNED

deben comunicar siempre tienen necesidad de convenirse sobre lo que constituye el interior de la vida. Si se me precisa á decir porque le amo, dice Montaigne hablando de La Boecia, no me parece debo dar otra respuesta, que porque yo era él, y él era yo. Desde que le perdí no ceso de llorar, y hasta las diversiones y placeres mismos que se me presentan no hacen mas que recordarme su pérdida: todo cuanto teníamos era de los dos por mitad, y se me figura que al tomar cualquiera cosa me llevo tambien su parte. Estas amistades, pues, casi no se verifican sino entre iguales.

Si es dificultosísimo encontrar un amigo en toda la estension de la palabra, y por desgracia careciésemos de él, estimemos á cualquier precio las demas relaciones, sobre las cuales estriba y reposa casi todo el afán de esta vida mundana, y se encierra la mayor parte de nuestras cotidianas conexiones. Si las amistades se forman en los colegios, nos traen los dulces recuerdos de

UNED

la infancia, y aquel tiempo de estudio y de inocentes placeres que es en el que mejor se conoce al hombre: pero otras veces se adquieren en medio de las relaciones de la sociedad; esto es, en una situacion semejante; en una profesion igual; en las conexîones de los negocios; en las diversiones, y algunas veces en una adversidad comun. Si estos vínculos se saben formar con discrecion, derraman sobre nuestra vida una gran parte de nuestras satisfacciones y bien estar. Quien tiene amigos por todas partes, encuentra un agradable alivio en sus quehaceres y obligaciones.

El que conozca sus verdaderos intereses, procurará siempre juntarse con amigos que aun sean mas virtuosos que él. ¡Cuánta felicidad es poder contar con uno de estos, siempre dispuesto á defenderle; digno de ser preferido en su amor, y de que pueda entregarse á él con confianza para que le dirija con sus consejos y con la influencia de su irreprensible vida! Una

UNED

amistad peligrosa puede perder á un hombre de antigua y conocida virtud. ¡De cuántas maneras la fragilidad y la vanidad introducen el vicio en un corazon diaria y cruelmente atacado! El que se deja llevar de la lisonja, regularmente viene á parar en dar mas crédito que á su conciencia á las torpes y necias bachillerías de algunos falsos y pérfidos amigos. La inmediacion y el contacto de un fruto podrido echa á perder al que está sano, y el contacto y amistad de un vicioso echa á perder el alma mas pura. Dime con quien andas y te diré quien eres, dice un antiguo adagio. Entre dos verdaderos amigos no hay pensamiento oculto: la franqueza anima la amistad, y es menester saber desagradar en tiempo, y apartarse de aquel de quien presumamos que sus faltas nos han de hacer gemir. Una grande satisfaccion lastíma por poco tiempo cuando lleva consigo las miras del bien y el carácter de la sinceridad: por otra parte, los amigos encuentran un gran placer en

UNED

conocer las virtudes de sus amigos, para no tener que disimular por afecto la aspereza de algun consejo. Con todos los hombres se debe ser humano, atento, generoso é indulgente; pero en la amistad jamas deben de faltar estas cualidades. Serviríais de incomodidad á vuestros amigos si creyéseis que la familiaridad habia de destruir lo que hay de mas amable y gracioso en el comercio de la vida: un amigo no debe tomarse el fastidioso privilegio de exîmirse á sí mismo de la política ó urbanidad, ni menos de la complacencia que dulcifica nuestras relaciones y trato hasta con los mas estraños é indiferentes.

Nada es mas comun que oir quejarse de la ingratitud, inconstancia y perfidia de los amigos. La adversidad les espanta: se parecen á aquellas aves que dejándose cazar en los dias frios y desagradables, solo se reunen en los dias serenos y hermosos. ¡Ojalá no fuera este egemplo tan verdadero! Mas por lo mismo que tanto te quejas de

UNED

esto, tambien hallarás, si exâminas tu interior, que si los amigos te dejan y aun abandonan tu mesa llena de manjares delicados, es porque tu perversidad los ahuyenta, y porque no eres acreedor á tenerlos, ni los encontrarás si no procuras de tu parte hacerte digno de su estimacion. ¿Qué estraño será que los ricos y poderosos no tengan mas que aduladores, y carezcan de amigos, si no quieren ser rodeados mas que de hombres viles que alaben é inciensen su vanidad y desórdenes? El que solo quiere la amistad por la adulacion, no se admire de que le falte cuando el adulador no encuentre interes.

Sin embargo aquellas almas virtuosas, que, víctimas de una generosa credulidad, se ven abandonadas á la mayor miseria por el desgobierno que en la prosperidad prodigaron á sus obsequiadores, no deben arrepentirse de una imprudencia que las honra. Las desgracias pueden afligir su alma, y hacer que sus ojos derramen amargas

UNED

lágrimas; pero las consolará el no haber sido tan bajas y miserables como los crueles y fingidos amigos que las han engañado. Jamas deben arrepentirse de la confianza que hicieron de la virtud de los hombres. Mas quiero morir que temer siempre, decia César. Pero no así aquel antiguo filósofo que encerraba en estas palabras una perjudicialísima máxîma: "Es necesario amar á nuestros amigos como si algun dia los tuviésemos que aborrecer." Mejor fuera que á estas sacrílegas espresiones hubiese substituido estas otras, algo mas cristianas: "Es menester aborrecer á nuestros enemigos, como si algun dia los hubiésemos de amar."

§. III. *Deberes de la edad.*

Cada edad tiene su carácter, sus placeres, sus gustos, sus humores. De cuantas relaciones pueden exîstir entre los hombres, no hay ninguna que tenga mas armonía con la igualdad natural que la que se funda sobre la dife-

UNED

rencia ó conformidad de las edades.

Los servicios debidos á la infancia y á la vegez no son preceptuados por las necesidades facticias, obra de arbitrarios convenios, sino fundados en la naturaleza misma del hombre, y como pertenecientes á todos los tiempos y á todos los parages. Las distinciones establecidas por la edad, independientes de todas las voluntades, colocadas fuera de todos los alcances del amor propio, y puestas en uso igualmente para todos, tienen el privilegio de no herir á la vanidad mas desconfiada.

Un viejo ha vivido muchos años; pero siendo jóven como nosotros tuvo nuestras necesidades, nuestros deseos y nuestras esperanzas. Tomémosle por guia sobre este camino de la vida en que nos ha precedido, reconocido los escollos y esplorado los peligros pasageros. Es una locura que los hijos se desentiendan de la esperiencia de los padres. Creamos á los viejos: depositarios de todo en su edad, son como

UNED

unos vivos monumentos de los años que yá han pasado. El respeto á los mayores está impreso en las almas generosas, y el ultrage mas villano es el que se hace á una frente calva y á unas canas venerables. El respeto á la vegez honra al hombre jóven, y hace ver en él una alma deseosa de instruirse y capaz de recibir un consejo, y una alma compasiva que quiere alegrar la vida de aquel de quien se apartan los hombres ligeros, y de quien los hombres frívolos huyen. Se dice que en los juegos olímpicos, donde se reunia un inmenso concurso de todos los pueblos de la Grecia, buscaba un viejo en vano la ocasion de ocupar una plaza, y se mofaban de él de fila en fila, ó de hilera en hilera. Llegó á las de los Esparciatas griegos, y lo mismo fué verle que todos los jóvenes, y aun los hombres, se levantaron y le aplaudieron. Entonces esclamó el anciano: el resto de los griegos conoce las reglas de buena crianza; pero solo los Esparciatas las practican.

UNED

Hay ciertos defectos que son inseparables de la vegez. El viejo á quien acometen las enfermedades y abandona la vida, se queja muchas veces con razon. La esperiencia de los hombres ha infundido en su alma la desconfianza; el conocimiento de las necesidades de la vida, cuya esclavitud siente mas que nunca, le pudo haber inspirado el deseo de acumular algunas riquezas; la memoria de los años en que veía todas las cosas con mejores ojos; cuando sus afecciones tenian toda su vivacidad; sus sensaciones toda su fuerza, le recuerdan de nuevo las alabanzas del tiempo que ya no exîste. El anciano debe tener muy presente que estos defectos son demasiado comunes en su edad, y que no de otro modo podrá evitarlos; pero en las otras edades no debe pensarse sino en los derechos sagrados de la vegez; en la compasion que merecen sus males; en la indulgencia de sus fragilidades, y en la veneracion debida á su esperiencia.

Al paso que esta máxîma manda

UNED

honrar á la vegez, hay otra no menos antigua ni menos religiosa que manda respetar á la infancia. ¿Qué hombre tan despreciable habrá que no respete la inocencia, á quien un soplo puede empañar; á una alma pura que con tanta solicitud y cuidado debe ser preservada de toda mancha ó lunar? ¿Qué hombre, por bárbaro que sea, se atreverá á herir un cuerpo delicado? La debilidad tiene derecho sobre la generosidad, y la infancia es débil de cuerpo y de alma.

Entre estos dos estremos de la vida la edad activa, en la que ya se han adquirido todas las fuerzas, sin que todavia se hubiese perdido ninguna, tiene en sus relaciones con las otras edades menos derechos que obligaciones. Como fuerte y vigorosa protectora posee toda la plenitud de la exîstencia física, y á ella es á quien pertenece criar la infancia y sostener la vegez.

Por tanto hay deberes que pertenecen á sus respectivas edades. El niño

UNED

que empieza á andar por el mundo; el jóven que se prepara su futura exîstencia; el hombre ya hecho que cria su familia, sirve á su patria, y se emplea en ver como ha de mantener su vida por medios útiles, y con cuales; y el viejo que descansa sobre su vida pasada, y se prepara para la venidera, no pueden unos con respecto á otros estar colocados en una absurda igualdad de derechos y de obligaciones. Todos pasamos sucesivamente por estos diversos períodos de la vida, sin saber hasta cual llegaremos. El niño ó el jóven pueden ser detenidos en su carrera, y morir antes que el viejo cargado de años. Pero ¿podrémos evitar al cumplir nuestros dias el que nos coja la muerte? ¿Y si nos coge desprevenidos? ¡Ah! ese será el dolor. Por si llegamos á viejos debemos tener siempre presente, y con mas motivo, que solo la virtud y el pensar en nuestro último fin, nos puede hacer mirar la muerte como aquel hombre sabio que lleno de las mejores disposiciones para

UNED

la otra vida, léjos de temerla como el pecador impenitente, la miraba llena de una inexôrable justicia, y veía que llegaba por él como la tarde de un hermoso dia.

§. IV. *Deberes del sexô.*

Los dos sexôs no tienen las mismas obligaciones que cumplir, porque no han sido criados ambos para el mismo fin. El diferente papel que hacen en el mundo nos comprueba esta verdad, y la de que cada uno de ellos tiene sus virtudes especiales que debe adquirir y desempeñar, y su constitucion y perfeccion diversa, conforme á la cual debe suministrárseles su respectiva y proporcionada educacion. Así es que ninguna cosa se diferencia tanto como sus gustos y sus humores; y desde el primer dia de la infancia se vé que la tierna niña halla un gran placer en vestir y adornar su muñeca, al paso que su hermano lo hace todo retemblar con el ruido de su tambor.

UNED

Las relaciones de un sexô con otro deben ser constantemente regladas por una cierta conveniencia, cuya necesidad se deja conocer por sí misma á las almas dulces y delicadas, y prescribe á ambos sexôs el bien estar y la reserva, como garantes de sus mútuos deberes. Desde la primera á la última clase debe observar un comportamiento decente, justo y religioso, y quitarse de lo que se llama galantería, que es el origen de la licencia y del libertinage. Lo que mas embellece á ambos sexôs es el recíproco trato lleno de decoro, urbanidad y pureza. La grosería é impolítica con una muger, incomoda y trae consigo una especie de bageza: jamas se deben de olvidar los hombres que su principal papel para con las señoras le deben desempeñar por medio de una proteccion y miramientos decorosos y honestos.

Léjos de nosotros el pensamiento de confundir esta urbanidad caballeresca, pundonorosa y cristiana con la vida y porte afeminado que envi-

UNED

lece á un sexô sin honrar al otro, y solo merece el menosprecio de ambos. Cada uno debe guardar el carácter que le corresponde por naturaleza: el hombre la fuerza, la actividad, y cuanto pueda contribuir al bien de sus semejantes, de su familia y de su patria: la muger la dulzura, la modestia, el recato, y todo aquel encanto de virtudes domésticas que derrama la felicidad en el gobierno interior de su casa y familia. Por lo mismo no corresponde á una muger piadosa valerse del ascendiente que muchas veces consigue con los hombres, sino para hacerles mas moderados y virtuosos. Dueños los ingleses de la Francia, andaba errante Carlos VII por su reyno, y arrojado de su capital por el estrangero, que se habia apoderado del trono de sus mayores. Inés Sorel, cuyo nombre mereció eternizarse en la historia, se indignó al ver que el Rey, encenagado en los placeres, se olvidaba de tantas desgracias. Señor, le dijo un dia, cierto astrólogo me ha asegurado que

UNED

seré amada por el mas grande Rey del mundo; pero esta prediccion veo ya bien á las claras que no os corresponde á vos, puesto que os habeis olvidado de las desgracias pasadas, y que no tratais de recuperar vuestra corona, arrancándosela á los enemigos: Voy pues, para que se cumpla la prediccion, á pasarme á la corte del Rey de Inglaterra.... Sintiendo la grande alma de Cárlos toda la fuerza de la espresion, determinó aprovecharse de una leccion tan sábia, y no cesó hasta que arrojó á los ingleses del reyno, y mereció de la posteridad el nombre de Cárlos el victorioso.

§. V. *Deberes de la clase.*

En el mundo hay dos especies de grandeza; porque hay grandeza de establecimiento y grandeza natural. Las grandezas de establecimiento ó empleo dependen de la voluntad de los hombres, que han creido, y con razon, que debian honrar ciertos destinos, y

UNED

unir á ellos ciertos respetos. Las grandezas naturales son aquellas que no dependen de la fantasía de los hombres, porque consisten en las cualidades reales y efectivas de alma y cuerpo, mas ó menos estimables entre sí, como las ciencias, las luces, el entendimiento, la salud y la fuerza.

Nosotros debemos á unas y otras cualidades parte de aquellas grandezas; pero como son de diferente naturaleza las debemos tambien diferentes respetos. A las grandezas de establecimiento las debemos los respetos de establecimiento; es decir, ciertas ceremonias y cumplimientos esteriores, que por decontado deben ser acompañadas de un reconocimiento interior de la justicia de este órden, pero que no por eso nos hace concebir ninguna cualidad real en aquellos á quienes honramos de esta manera. Es necesario al hablar con los Reyes hincar la rodilla en tierra, y estar de pie en la Cámara de los Príncipes. Negarles estos deberes es una locura, ó una bageza de espíritu.

UNED

Mas por lo que hace á los respetos naturales, que consisten en la estimacion, no los debemos mas que á las grandezas naturales, y al contrario merecen nuestro menosprecio y aversion las cualidades opuestas á estas grandezas naturales. No es necesario porque seais duque que yo os estime, pero sí lo es el que yo os salude. Si ademas de ser duque sois hombre de bien, tributaré lo que es debido á una y otra de estas cualidades. No os negaré las ceremonias que merece vuestra cualidad de duque, ni la estimacion que merece la de ser hombre de bien. Pero si sois duque sin ser hombre de bien, os haré justicia desempeñando por mi parte los deberes esteriores que el órden de los hombres ha señalado á vuestra cualidad; no faltaré en nada aunque en mi interior os menosprecie altamente, como merece la bageza de vuestro espíritu.

"Ved ahí en que consiste la justicia de estos deberes. La injusticia consiste en rendir los respetos naturales á

UNED

las grandezas de establecimiento, ó en exîgir respetos de establecimiento por grandezas naturales. El señor N. es mayor geómetra que yo, y por esta cualidad quiere sobrepujarme: en este caso me reiré de su empeño, porque la geometría es una grandeza natural que solo pide cierta preferencia de estimacion, y no la han concedido los hombres ninguna preferencia esterior. A este modo, si siendo duque y grande de España, no os conformais con que esté con mi sombrero en la mano á vuestra presencia, y aun quereis exîgir de mí que os estime, os pediré entonces que me mostreis las cualidades que merecen mi estimacion. Si lo hiciéseis así, está muy bien, y yo no os la podré negar con justicia; pero si no lo hiciéseis, seríais injusto en exîgírmela; y seguramente no la conseguiríais de mí, aunque fuéseis el Príncipe mas grande del mundo."

Este trozo que acabamos de ver es de Pascal, uno de los mas profundos talentos que honraron el glorioso siglo

UNED

de Luis XIV. En él se encuentra todo cuanto podemos decir sobre la naturaleza y estension de los deberes que nos incumben en cuanto á las personas elevadas en dignidad.

Los espíritus mezquinos exîgen con tal ansia ciertos honores de clase, que jamas les olvida el hombre de mejor gana que cuando mas bien los merecen. Sin embargo es menester confesar que en tales casos aun se muestra de espíritu mas mezquino y ratero el que se niega á darselos; y tal vez puede presentarse ocasion en que se cometa una gran falta, si no se exîgiesen todas las prerogativas unidas á la dignidad que se obtiene. Las almas grandes olvidan su clase y situacion, mientras que no les obligan sus derechos; pero la reclaman, y con mucha razon, cuando éstos las precisan á ello. La deferencia y los honores debidos á la autoridad, interesan á la sociedad misma; porque la autoridad es solo protectora mientras es respetada; así como por una justa reciprocidad nunca es

UNED

mas respetada que cuando se muestra verdaderamente protectora.

§. VI. *Deberes de la fortuna.*

Habia en otro tiempo una isla, dice un cuento, que solo estaba habitada por grandes astrónomos, historiadores, poetas, pintores y músicos. Ninguno se habia dedicado en ella á cultivar la tierra, forjar metales, ni construir casas, porque todos habian considerado como indignas de sí mismos las funciones de esta especie. Sin embargo llegó el caso de que las provisiones se acababan, se arruinaban las casas, y se rompian los vestidos por el uso. Viéronse entonces los habitantes á pique de perecer todos de hambre y de frio, lo que infaliblemente hubiera sucedido si uno de ellos, que no estaba preocupado con la grandeza general, y solo tenia un buen sentido, no hubiese encontrado el medio de hacer con una isla vecina un cambio de matemáticos, de sabios y de artistas por

UNED

panaderos, albañiles, herreros y sastres. Del mismo modo si en una nacion sucediera por una especie de milagro que todos los habitantes se hicieran ricos, bien pronto sería necesario pedir al cielo que llevase hombres pobres, que por la necesidad que tienen de ganar su vida, desempeñasen los trabajos penosos que exîge el bien general.

¡Dichosos los hombres á quienes la Providencia ha hecho la gracia de que nazcan en medio de la comodidad y de los favores de la fortuna! Desde luego deben testificar su reconocimiento á tan gran beneficio. Nuestra religion nos enseña que los ricos son en este mundo los administradores y los ecónomos de Dios para con los pobres. A ellos es á quienes se les ha encargado la mision de reparar, por medio de su humanidad, la desigualdad de fortunas: ellos los que deben hacer vivir á los otros hombres, y con especialidad proporcionarles trabajo, que es la mas sabia y benéfica de las liberalidades:

UNED

esto sirve al que dá, y no humilla al que recibe; hace no solamente ganar la vida, sino que es tambien un preservativo de la salud, y de la paz y alegria del corazon: á los ricos toca procurar á la clase indigente el beneficio de la instruccion, que la debe preservar contra los vicios de la ignorancia y de la miseria.

La soberbia y vanidad que dan las riquezas son las mas insoportables, las mas comunes y las mas necias de todas. Un rico que lo mide todo por el oro; que para formar juicio de un hombre necesita conocer el producto de sus heredades; el tren de su casa; la suma de sus gastos, y que nunca vé en cosa alguna mas que lo que se cuenta, no puede menos de suministrar á la comedia una fuente inagotable de ridiculeces. Por el contrario ¡qué mejor y mas consolante espectáculo que el de un rico, digno de serlo, que hace á un mismo tiempo bendecir sus beneficios y el modo con que los reparte, y conoce el arte de comprar la felici-

UNED

dad con su oro, haciendo bien á los hombres!

Cuando se habla de pobres y ricos jamas se conviene. Diógenes decia á Alexandro: ¿Quién, á vuestro parecer, es el mas pobre de nosotros dos? ¿Vos que no contento con el reyno heredado de vuestros padres, os esponeis contínuamente á mil desgracias por adquirir otros nuevos; ó yo que vivo contento con lo que tengo, y cuya ambicion no se estiende mas allá de mis alforjas y de mi capa? Tanto era el desprendimiento de Diógenes que viendo que uno bebia en la palma de la mano, arrojó su copa como inútil. La afectacion del filósofo cínico le hacia perder el mérito que tenia en contentarse con poco; mas esto no impedia para que su alforja estuviese bien provista y fuese rica. ¡De cuántas cosas no tengo yo necesidad, decia el sabio Sócrates, á vista de todas las superfluidades del lujo de Atenas! Para hablar con propiedad, los verdaderos pobres son aquellos cuyas necesi-

UNED

dades reales ó facticias esceden á sus cortas facultades; y no se trata tanto de enseñar á amontonar riquezas, cuanto de aprender á moderar nuestros deseos y disminuir nuestras necesidades.

Es necesario moderar nuestros deseos, porque ni la fortuna es segura ni podemos confiar en ella, y siempre es prudente tomar contra las desgracias todas las precauciones posibles: tambien necesitamos moderar nuestros deseos, porque si se pasan los límites de la prudencia, nadie sabe donde iremos á parar, y no hay otra cosa de sobra que egemplares de hombres que fueron millonarios, y hoy se ven pobres y llenos de desdichas. La moderacion vale mas que las riquezas; pero no diremos por eso que las riquezas no sean buenas. Hay lugares comunes en la filosofia de que es menester prescindir por seguir las ideas vulgares. El rico puede favorecer á los que le rodean; independientemente libre, lo está tambien de una multitud de obstáculos que embarazan la vida. Por los hijos

UNED

y por sí mismo se debe conservar el patrimonio recibido de los padres, y la fortuna que se haya podido hacer. El buen uso de las riquezas está muy distante de la avaricia y de la prodigalidad. Por eso dijo muy bien un sabio, que era menester gobernar la fortuna como la salud; tener paciencia y resignacion cuando es mala, y aprovecharse de ella cuando es buena.

Si el rico tiene muchas obligaciones á que atender, tampoco al pobre le faltan. ¡Cuántos hay que por su mala conducta empeoran su situacion! Un pobre recibe el pan de la limosna, y se queja de que está seco, negro ó duro, cuando muchas veces su bienhechor tiene la bondad de partir con él lo que iba á llevar á la boca. Otro deja su habitacion fétida y llena de humo para irse á un hospicio, donde un alimento sano y arreglado, y un régimen razonable, contribuyen á dar vida á su cuerpo estenuado; y sin embargo se queja de que el caldo tiene poca sustancia, y que no está servido

UNED

con prontitud. La caridad sobrepuja á todos estos disgustos, porque siempre es un deber; pero si el rico está obligado á saber que es un derecho del pobre, el pobre no debe mirar en ella mas que una virtud espontánea, que coloca su mas dulce complacencia en el bien estar de aquellos á quienes alivia, y por la cual los miserables y desgraciados no pueden ser indiferentes sin ser ingratos.

Los pobres deben conocer la obligacion en que están de mejorar su suerte por el cumplimiento de sus deberes, y una constante resignacion. Mas sin embargo hay un escollo del que las almas nobles de los ricos se deben precaver; éste consiste en una vanidad disimulada, y en una condescendencia aparente, que muchas veces dimana de la soberbia. Si los ricos ingratos desprecian á sus amigos porque son pobres, tambien sucede muchas veces que irritados los pobres huyen de sus amigos porque son ricos. El que haga de sí mismo una justa estimacion,

UNED

sabe muy bien que la pobreza nada aumenta ni quita á lo que él vale. Ademas de que ¿no se podrá decir con verdad que si al pobre le es mas necesaria la virtud que al rico, porque el mundo es para él menos indulgente, tiene tambien mucho mas mérito que el rico en ser virtuoso, porque está espuesto á la mayor de las tentaciones que es la necesidad? Circunstancias hay en que por su parte se presenta una grandeza de alma con solo su probidad. ¡Dónde se aloja la virtud! esclamaba Molier, con sorpresa, á vista de que un pobre le llamaba para volverle un Luis de oro que inadvertidamente le habia dado de limosna. Ninguna cosa hay mas tierna que la beneficencia, y el desinteres unido á la miseria. En Charona, lugar inmediato á París, vivia algunos años hace un cura, conocido con el nombre de P. Elio. Éste no tenia renta alguna, y los socorros y limosnas que recibia para sí mismo, iban todos á parar á manos de los pobres. Un dia de invierno

UNED

le pidió limosna una muger que llevaba un niño en sus brazos. El bueno del cura le dió la ropa que tenia encima; y mirando despues á su cuarto observó que aun habia en él una cubierta que estaba sobre su cama; la cogió, la partió, y puso la mitad sobre las tiernas y desnudas espaldas del niño que llevaba aquella infeliz. ¡Hombre santo! ¡Hombre heróyco! ¡En la sencillez de tu corazon hasta el mismo heroismo de la caridad ignoras!

El Señor ha dispuesto sábiamente para reparar las desigualdades de fortuna, que la felicidad y el mérito puedan pertenecer á todas las condiciones. El pobre tiene tambien sus dias festivos, porque aquel en que espera mejorar de suerte, le proporciona el mayor regocijo. El hombre se acostumbra á todo, escepto al descontento de sí mismo; y la costumbre que arrastra al lujo sus deseos, y le lastíma y hiere su alma con los placeres, divierte al mismo tiempo las punzadas del dolor por una compensacion bienhecho-

UNED

ra. Si en algun modo es posible determinar la situacion de la fortuna, que, mas bien que las restantes, parece estar destinada á la felicidad, nos resolveremos desde luego por la de la mediocridad, que tanto y tantas veces han celebrado los sabios, y no se reduce puramente á una chîmera forjada por las declamaciones que se ven en los libros. Tú que tienes bastante riqueza para hacer bien, y eres tan racional que te contentas con poco, la conoces. Y tú que te prometes la paz y la moderada abundancia, léjos de las inquietudes que atormentan al pobre, la disfrutas tambien á la sombra de todos sus deberes y de la mas discreta caridad, compañera inseparable de toda alma noble y cristiana.

§. VII. *Deberes generales.*

Ya hemos bosquejado algunas de las principales relaciones de la sociedad, y podríamos llevar mas adelante su exâmen, puesto que de las relacio-

UNED

nes que exîsten entre los hombres se originan tambien deberes. Si hubiéramos querido desentrañar lo que solo hemos debido indicar, estudiando la combinacion de todos los deberes entre sí, y las modificaciones que precisaría hacer en ellos, no solo el carácter, condicion y conocimientos de cada individuo, sino la variedad de los acontecimientos, nos hubiéramos escedido infinitamente de los límites en que debe ser encerrado este escrito. Contentémonos con reasumir las tres pequeñas divisiones de principios generales que nos han servido de guia, y se harán facilmente las aplicaciones particulares.

Este es un precepto que hemos reproducido muchas veces, porque nos ofrece una regla fundamental: redúcese ésta á que en nuestras relaciones con los demas hombres debemos pensar mas principalmente en nuestros deberes que en nuestros derechos, y á estar perfectamente instruidos de que nuestros verdaderos derechos no son

UNED

otra cosa que los medios necesarios para cumplir con nuestros deberes.

Ademas es menester tener entendido que no debemos recordar nuestros derechos una sola vez sin tener presente que son tanto nuestros como de nuestros semejantes.

Otro de los mas importantes preceptos se reduce á no hacer mal á nadie.

Ahora, pues, continuaremos el exâmen de nuestras principales obligaciones: la inviolable ley de la virtud, de que nuestra conciencia es el intérprete, se mostrará constantemente la misma bajo mil formas diversas; pero siempre imperiosa, siempre amable, siempre útil. A la primera clase de deberes que presiden á las relaciones sociales, por las cuales están unidos los hombres, encontraremos, sin cesar, la necesidad de dar á nuestros semejantes el egemplo de una vida pura, y nos persuadiremos del encadenamiento íntimo de la felicidad de los otros con la necesidad que nosotros mismos tenemos de nuestra propia estimacion.

UNED

CAPÍTULO VII.

El vasallo, ó ciudadano.

Hasta aquí hemos considerado al hombre en sus deberes de familia, y en sus relaciones individuales con la sociedad: ahora es menester dirigirnos á un nuevo punto de vista. No es ya el hombre aislado el que se nos presenta: son todos los hombres unidos por una voluntad comun, sin formar entre todos mas que un solo cuerpo, por las ventajas de cada uno. Nuevos enlaces y correspondencias se van á manifestar, y van á dimanar nuevas relaciones de las necesidades, de los deberes y de las afecciones, ademas de todo cuanto hemos dicho ya: tales son los beneficios del pueblo que vamos á enseñar á amar.

Todo cuanto hay le está diciendo al hombre que ha sido criado para vivir en sociedad: su poca resistencia y valor individual contra la mayor parte

UNED

de los animales, y contra los peligros que le amenazan; el lenguage y la palabra, instrumento social por escelencia; la larga dependencia en que los niños están con sus padres; los ausilios que el marido necesita de su muger en las enfermedades, en los males y en la vegez; la precision de vivir y la necesidad de reunir todos los esfuerzos para conseguirlo; la afeccion mútua, sobre todo, tan poderosa para los corazones, y aquella luz de razon divina que nos obliga á mudar nuestros pensamientos contra los de nuestros semejantes; en fin toda nuestra naturaleza revela un ser necesariamente social. Vivir en soledad es sumamente penoso y dificil. Solo el cristianismo sabe hacer de ello una virtud, y sacar de esta virtud frutos eternos. Despues que la invencion de la brújula abrió á la navegacion nuevos caminos, han podido observar los viageros el estado mas informe de la civilizacion: vieron miserables sociedades donde presidía el capricho y la violencia, y lo deso-

UNED

laba todo una ferocidad brutal, y vieron parages cubiertos de hombres errantes sin ningun vínculo que les uniese; pero no obstante esto, la desgracia misma de las reuniones mas opresivas de bárbaros nos enseña, por lo que respecta á los hombres, que la necesidad de vivir juntos escede á todos los infortunios.

La sagrada Escritura nos muestra la sociedad naciente con el género humano en la primera compañía que hubo sobre la tierra para formar en ella la primer familia; despues esta familia, ya sea por la voluntad de algunos de sus miembros, ó ya por causa de su misma multiplicacion, se dividió. De pariente en pariente, y por un acrecentamiento rápido de poblacion entre hombres llenos de vigor, á quienes no negaba la tierra sus frutos, y el Criador concedia una exîstencia, cuya duracion nos admira hoy en dia, se fué poblando el globo sucesivamente. Bien sea porque los miembros de la familia quedasen voluntariamente uni-

UNED

dos; bien porque á la edad de la independencia hubiesen ellos formado nuevas colonias, ó se valiesen de la libertad y del estado de la naturaleza, siempre venimos á parar en que la familia se muestra como en el estado primitivo; y así como cada individuo empieza su vida en medio de ella, así tambien es por ella por donde se empieza la historia y la vida del género humano.

Si los individuos no pueden vivir libres de todo vínculo de familia, las familias mismas tienen necesidad de unirse para exîstir y comunicarse. Sin hablar de las alianzas que las aproxîman y confunden entre sí, ni de la afeccion natural que las ata y liga por la sucesion de un mismo orígen, ¡cuántos intereses semejantes ú opuestos se ven, cuántos choques, y cuántas guerras causadas por la rivalidad y por pretensiones y deseos injustos y rencororosos! ¡Cuántas coaliciones movidas por un peligro comun! No solamente por la paz y felicidad, sino aun por

UNED

su misma conservacion están obligadas las familias tan esencialmente como los individuos á enlazarse y unirse.

De aquí resultan las sociedades civiles, que son para las familias lo que las familias para los individuos.

No todos los hombres pueden hacer á un tiempo cuanto les conviene; y así cada uno se encarga espresamente de un trabajo particular. Este repartimiento de trabajos se egecutará en el seno de la familia, y tambien de una familia á otra: ésta labrará; aquella forjará los metales, mientras que la otra construye y levanta habitaciones. Así que, con el cambio de los trabajos y de los géneros, se facilita en los principios lo que despues se hace necesario: granos, caldos y bebidas, ganados, vestidos, ropas é instrumentos de labor, todo será mútuamente cambiado: la moneda se establecerá como signo representativo para facilitar los cambios y regularlos, sirviendo de peso y medida comun.

Pero no puede conciliarse cómo

UNED

todos estos cambios de trabajos, de géneros, de cuidados, y la institucion de una moneda se pudieron egecutar sin un prévio convenio, y solo por un efecto casual: por lo mismo será necesario que las convenciones sigan reglas ciertas y justas, en cuyo caso serán menester leyes. Pero aun así no puede creerse que todos los individuos fuesen tan sabios, y conociesen tan bien su propio interes, que obedeciesen esactamente estas leyes: era necesario poderles obligar á ello por medio de una fuerza egecutiva que se instituyese. Aun de este modo tampoco puede concebirse cómo las leyes, por muy escrupulosas que fuesen sobre los negocios, habian de preveer todos los casos posibles, y evitar que se moviesen cuestiones sobre el modo de aplicarlas: de aquí procede la dificultad de creer que en las diferencias, hechos, derechos y casos que ocurran esten siempre tan claras y terminantes que jamas necesiten jueces que pronuncien ni sentencien por lo alegado y probado.

UNED

Ved ahí, pues, tres grandes necesidades; formar leyes; juzgar las diferencias, y hacer egecutar las leyes y las sentencias. Sin el cumplimiento de estos tres deberes ninguna sociedad puede subsistir.

Si se tratase de construir caminos, desecar lagunas y pantanos, detener el curso de un rio, levantar un puente, ahondar y profundizar un puerto, edificar iglesias para adorar á Dios, ¿podria un hombre, ni aun una familia sola, encargarse de estos trabajos, y responder de su buen éxîto? Ni es justo ni posible que uno solo haga lo que debe servir para todos: por esta razon cada uno se vé en la precision de contribuir por su parte á la fortuna general, y desde un centro comun repartir esta masa de contribuciones particulares en beneficio de todos.

Los cuidados de la utilidad comun no puede ninguno en particular tomarlos á su cargo: es menester que se confien á cierto número de vasallos ó ciudadanos para que hagan de ellos su

UNED

ocupacion especial y su constante estudio. Habrá ciudadanos cuya vida esté consagrada á estender y poner por escrito leyes útiles á todos: señalar la contribucion que cada uno pueda pagar, segun su fortuna pública: transigir y sentenciar las diferencias, y defender la libertad de cada individuo, su propiedad y sus derechos: castigar los delitos, y premiar la virtud, los talentos, los servicios públicos: obligar á cada uno á que observe puntualmente las leyes, y los juicios y convenios que autorizan, y los trabajos encargados para el bien de todos. Habrá individuos que arreglen los negocios y relaciones de la patria con las naciones estrangeras, que defiendan sus intereses y sus derechos, que convoquen todos los miembros á la defensa, si el cuerpo, ó sea el reyno, está amenazado.

De este modo es como la felicidad y la fuerza de cada individuo resulta de la reunion y concierto de todos; y así es como todos han formado un

UNED

cuerpo único, á fin de poderse proteger y defender recíprocamente. Mas para que la persona, la libertad y la fortuna de cada uno no esté miserablemente espuesta á los ataques, y para que la familia no sufra ni padezca injustamente, es preciso que cada uno esté dispuesto á todo por el bien comun, del que depende el bien individual. El interes solo nos resolvería á ello, aun cuando una satisfaccion mayor, y el contentamiento de nuestra conciencia, no nos prescribiese el ser útiles á nuestros conciudadanos y á nuestra patria. En las ocasiones peligrosas es cuando la fortuna del estado se halla amenazada, cuando su libertad está en peligro, y cuando un inescusable deber obliga al vasallo á sacrificar su tiempo, sus bienes y su vida por el bien de la causa comun.

Así como el cuerpo de cada individuo no se puede mover sino por la accion de la voluntad, así tambien el cuerpo social necesita una voluntad que le ponga en movimiento. No pue-

UNED

de haber sociedad si por una parte no hay quien mande, y por otra quien obedezca; soberano que dirija, y pueblo que sea dirigido. La soberanía puede ser compuesta de uno ó muchos individuos, pero en cualquier caso no exîste sino formando una voluntad única. Si falta el soberano, la sociedad se disuelve, ya no hay entonces cuerpo de nacion, ni mas que individuos aislados. La constitucion de un país, sea ó no escrita, debe ser el objeto de un culto general. Cuando un ciudadano ha sido protegido por las leyes desde su nacimiento, ¡cuán ingrato y temerario sería si quisiese alterar el órden social, á cuya sombra ha vivido, y trastornar el antiguo contrato á que deben sus padres su exîstencia, y sobre cuya fé ha sido compuesto y organizado todo el estado! El pacto fundamental debe quedar siempre inmoble, porque justamente es sobre esta base sobre la que descansa la sociedad misma.

Un pueblo movido por algunos

UNED

facciosos, (porque siempre hay gentes dispuestas á estraviar á los hombres sin reflexîon) se deja persuadir alguna vez que los que le gobiernan son gentes inútiles en el estado. ¿Qué hacen (pregunta entonces este pueblo) todos esos hombres por los cuales nos consumimos y trabajamos tanto? Su vida la pasan en la ociosidad: dan leyes, mas ¿de qué nos sirven para cultivar nuestros campos y vivir felizmente? Nosotros no queremos ya esos seres inútiles. ¿Por qué hemos de gastar nuestro dinero en impuestos, y ha de ir á confundirse en el tesoro público? Emplee cada uno á su gusto el caudal que junte por el trabajo de sus manos: no queremos ya pagar contribuciones. ¿Por qué nos han de llevar al campo de batalla, donde es menester obedecer ciegamente las órdenes, cuyo motivo ignoramos, y esponernos muchas veces al capricho de nuestros gefes, á las grandes fatigas, á las heridas, á la muerte? Nosotros no queremos ya verter nuestra sangre en las batallas.

UNED

Con estas desordenadas é injustas ideas, se retira este pueblo muy irritado á una montaña. Por fortuna se encontró en él un sabio que le refirió la fábula siguiente.

"Un dia resolvieron los miembros no trabajar para el estómago. ¿Por qué, decian los brazos, le hemos de traer sus alimentos? ¿Por qué, decian los dientes, se los hemos de moler y pulverizar? ¿Por qué, decian las piernas, hemos de tener nosotras el trabajo de conducírselos? El estómago está ocioso mientras que nosotros trabajamos para él; pues que atienda y remedie por sí mismo sus necesidades. En efecto los miembros quedaron por entonces sin accion y sin uso; pero como estaban privados de alimento y de egercicio, todo el cuerpo se debilitaba, y hubiera perecido si, por fin, los miembros no hubiesen conocido que la vida del estómago es indispensablemente necesaria para la de todos ellos." Comprendió el pueblo á este sabio; entró en el deber, y el estado no pereció.

UNED

Este pueblo de que hablamos era el pueblo romano, que ocupaba entonces un territorio de algunas leguas, y tres siglos despues era ya dueño del mundo. Si se elevó con una prosperidad tan rápida fué porque cada uno de sus ciudadanos preferia el estado á su propia persona, y porque los pueblos á quienes combatia no estaban como él entusiasmados con su patria, y prontos á sacrificarlo todo por ella. Luego que Roma se hizo dueña del mundo, perdieron sus ciudadanos el apego que tenian á la patria comun: olvidaron su antiguo respeto á las leyes, que dejaban hollar á cualquier ambicioso; y entonces fué Roma perdiendo por grados el imperio del universo, y acabó por ser borrada de la lista de las naciones.

UNED

LIBRO SEGUNDO.

El hombre con respecto á sí mismo.

CAPÍTULO I.

Estudio de sí mismo.

Regularmente no gustamos de los discursos sérios, y es menester violentarnos, ó, por mejor decir, usar de sorpresa para poder decir la verdad. Es muy probable que solo el título de este capítulo haya hecho arrojar el libro de la mano á mas de cuatro de sus lectores. Al ver la priesa que cada uno tiene para huir de las reflexîones, cualquiera dirá que lo mas importante para el hombre es desentenderse y deconocerse. Sin embargo es menester tomar parte en lo que no se puede dejar de tomarla. En vano os arrastra el torrente

UNED

de los placeres; en vano el cuidado de vuestra fortuna ocupa todos vuestros pensamientos; en vano la ambicion ha tomado la direccion esclusiva de vuestra alma; porque es imposible que dejeis de estar solo y de pensar muchas veces en vos mismo. Si dais entonces con una mala compañía, que es justamente de la que pocos se libran, os compadezco infinito.

Nosotros hemos exâminado en el libro precedente nuestras relaciones con lo que nos rodea. ¿Pero qué es lo que somos nosotros mismos? Respecto de que la suma de nuestros pensamientos nos convence de nuestra exîstencia, y que no puede suceder nada á nuestro conocimiento que no sea por nuestras impresiones personales, no nos desconozcamos á nosotros mismos, que somos el centro necesario al que por nosotros viene todo á parar. El verdadero estudio para el hombre es el hombre; el primero de todos los conocimientos es el de sí mismo; la esperiencia personal es mas discreta, mas pre-

UNED

cisa, mas elocuente que todos los discursos, y que todos los libros, y ninguna regla aprende de otro, ni puede valuar las que se le dan.

El que se estudia á sí mismo conoce lo fuerte y lo débil de su naturaleza; sabe qué ocasiones debe huir, y qué pensamientos debe superar. Sobre la fachada de uno de los templos mas célebres del paganismo; quiero decir, del templo de Delphos, donde se decia que Apolo manifestaba sus oráculos, estaban grabadas con letras de oro estas palabras: *conócete á tí mismo.* Esta máxîma es el compendio de todos los deberes; é inscripta sobre la puerta de un templo parece queria decir que solo por el conocimiento de nuestro propio corazon podemos ser dirigidos al amor y al culto de la Divinidad misma.

Si os mueve el deseo de hacer progresos en la ciencia de bien vivir, poned la primera clase entre las buenas costumbres; el conocimiento de lo que os falta para llegar á ser mejor, y un

UNED

exâmen frecuente de vuestros pensamientos. Uno de los consejos mas saludables de nuestra religion cristiana, es el de repasar cada noche en nuestro interior lo que hemos hecho y pensado durante todo el dia. Pithagoras, uno de los mas sabios filósofos de la antigüedad, prescribia esta práctica á sus discípulos: queria que ellos se preguntasen diariamente lo que habian hecho para llegar á ser mejores, y para cultivar su entendimiento, exâminando de esta manera el valor que cada uno de sus dias debia tener en la suma de su vida. Un dia que Tito no habia hecho bien á nadie, esclamó: *amigos mios, yo he perdido el dia*, cuya memorable espresion ha retenido la posteridad con el mas fino reconocimiento hácia este emperador, á quien Roma llamaba las delicias del género humano. Ah! Si nos preguntáramos cada uno de nosotros todas las noches ¿si habiamos perdido el dia? ¿cuántas veces hubiéramos tenido que responder, que no le habíamos señalado con nin-

UNED

gun beneficio hácia nuestros semejantes, ni con ningun progreso en nuestros propios pensamientos? ¡Dichosos aquellos que reprendiéndose el bien que dejaron de hacer, no tienen tampoco que llorar el mal que hicieron! El temor de tener que avergonzarse con la cuenta que se tienen que tomar, puede dar al alma el tiempo y la fuerza necesarias para resistir á las tentaciones peligrosas. Las cuentas consigo mismo tienen ademas una grande ventaja; impiden que la vida no se deslice sin dejar señales, ni se huya enteramente y sin volver en sí. El que recapacita y pesa sus pensamientos, sigue sus progresos y los exâmina sin cesar, aprende á medir el empleo del tiempo, y á estimar todo lo que vale. El tiempo es fugitivo é irreparable, y sin embargo nos bastaría, si en lugar de repartirle como los pródigos, supiéramos economizarle con medida. Este tesoro, que sentimos por una parte no poder conservar eternamente, nos esforzamos sin cesar para arrojarle

UNED

por otra como una carga pesada. El estudio y la posesion de sí mismo, es el mejor preservativo contra la fatiga de la ociosidad, que consume y mata al cuerpo, y enmohece y marchita el alma. Conozcamos, pues, la grandeza de este beneficio, y no nos olvidemos del mérito que tiene.

En muchas relaciones con los demas hombres no podremos menos de alegrarnos, y sernos sumamente útil haber estudiado nuestro interior. El que se conoce bien á sí mismo, muy facilmente conocerá á los demas. El exîste de muchas maneras entre los hombres; pero todavia mas de lo que se diferencia se parece á ellos: en todos hay las mismas facultades, aunque en algunos sea diversa la actividad y la energía: las mismas necesidades, aunque la educacion y la costumbre enseñen á unos, y aumenten la vivacidad y la soberbia á otros: los mismos derechos y deberes generales, aunque necesariamente sean diversas sus aplicaciones á los derechos y deberes espe-

UNED

ciales, unidos á cada posicion ó estado particular de la vida. En una palabra, el estudio de sí mismo sirve para enseñarnos lo que debemos á nuestros semejantes, y lo que ellos nos deben: nos hace conocer á un tiempo lo que de ellos podemos esperar ó temer, respecto de que con los mismos principios de virtud que nosotros tienen los mismos principios de flaqueza y fragilidad, de pasiones y vicios. Por lo demas no hay cosa como unir la prudencia á la bondad; no dejarse engañar, y perdonar.

Entre las infinitas ventajas que tiene el estudio de sí mismo, no la hay mejor que la de acostumbrarse á padecer. Cuando la injusticia nos abate; la desgracia nos persigue; nuestros amigos nos faltan, y nuestros hijos se portan mal, no hay recurso mas seguro entonces que el que encontramos dentro de nosotros mismos para aliviar nuestras penas. El sabio Bias, célebre en la antigüedad, salia alegre de un peligro, diciendo que él todo lo lle-

UNED

vaba consigo: un constante estudio de sí mismo daba al fondo de su corazon la fuerza necesaria para despreciar los golpes de la desgracia. ¡Qué dicha tambien el reservarse para la vegez una abundante provision de recuerdos; poder volver sobre su vida pasada; hacer memoria de sus lícitos placeres, y contarse, digámoslo así, todos sus dolores! El hombre cargado de años se divierte siempre con el recuerdo de los tiempos juveniles: ¡Dichoso aquel á quien ningun remordimiento inquiete su conciencia!

CAPÍTULO II.

La libertad.

Cuando arrojais una piedra que retumba en la tierra; cuando se levanta el fuego y consume los obgetos que alcanza, y cuando el agua se evapora por medio del calor, ó se endurece por el frio, no se os ocurre el saber, ni aun por pienso, así en la piedra co-

mo en el fuego y en el agua, los efectos de su obediencia á las leyes naturales: cuando un insecto hiere con la picadura, ó una bestia feroz destroza su presa, decis que son malhechoras, pero no que son viciosas: el moscon y el tigre no saben mas que obedecer su instinto, é ignoran si en ello hacen bien ó mal. Pero tú no, porque no tomas, como los animales sin razon, una determinacion instintiva, sin satisfaccion y sin remordimientos: no eres tampoco como el ser inanimado, obligado á obedecer á un impulso inevitable: tu voluntad está en tu mano, y el Señor concede los ausilios de su gracia á quien se los sabe pedir, con que así no tienes que echar la culpa á nadie sino á tí mismo, que debes responder solo de tus pensamientos y acciones.

Si alguno me digese que cuando se me presentan muchos platos ó manjares irresistiblemente me veo obligado no solo á tomar de ellos, sino á echar mano de unos mas bien que de otros, me encogeré de hombros, y no sabré

UNED

que responderle: si en un bosque veo muchas calles ó paseos que me ofrecen diversos caminos, é intentase alguno coartarme mis facultades, no solamente para elegir una de aquellas calles ó sendas, sino tambien hasta la intencion de escoger una de ellas, como que mi eleccion está predestinada desde la eternidad sin el concurso de mi voluntad, me reiría de semejante pretension y continuaría mi camino. Sin embargo, algunas veces ha sucedido querer persuadir á los hombres que las decisiones de su voluntad no le pertenecen, y que estan sugetas de antemano por los decretos de una fatalidad inmutable. Con los secuaces de semejante sistema es necesario proceder como procedió un antiguo filósofo con un sofista que negaba la exîstencia del movimiento: el filósofo, pues, en vez de entrar en argumentos con él, no hizo mas que echar á andar. Hay ciertas verdades tan evidentes por sí mismas que no se necesita buscar mas pruebas para conocerlas que nuestra

UNED

propia exîstencia, ó la de los obgetos que nos rodean. Cada uno de por sí conoce en el fondo de su alma que las determinaciones de la voluntad son libres. Las pasiones pueden en su embriaguez estraviar la razon y mover mi eleccion; pero aun obedeciéndolas no dejo de conocer que hago mal en ello: la fuerza esterior me puede obligar á obrar, ó á no obrar; pero ¿será capaz todo el universo entero de obligarme á querer ó no querer? Si la voluntad del hombre no fuese libre, solo exîstirian el bien y el mal para él como para una máquina muda y sin razon ni movimiento alguno, y no tendria que responder de su voluntad, puesto que no habia podido tener eleccion. Mas por fortuna no es así: el hombre tiene mérito en obrar bien, porque puede hacer mal: delinque si obra mal, porque puede obrar bien: la Providencia permite el vicio para dar exîstencia á la virtud.

Si la libertad de nuestras determinaciones no dependiera de nosotros,

UNED

tampoco habria libertad en nuestras acciones, que dependen de todo lo que nos rodea. Peligros contínuos inquietarian nuestro sosiego, nuestras propiedades, nuestra vida, si todos los hombres pudiéramos obrar sin freno, sin regla y á nuestro antojo, fuese bueno ó malo. Por lo mismo era necesario contra el abuso de esta libertad indefinida de cada individuo el establecimiento de las sociedades: en esto consiste que los caprichos de algunos no opriman ni vegen á los otros, y que los hombres se hayan confederado y puesto toda su libertad de accion entre las manos de la patria comun, para recibir despues en cambio la libertad política de sus leyes. Así es que por el sacrificio de una parte de su libertad natural de accion, conserva cada uno con mas seguridad la parte que le queda, y cuyo uso y egercicio le está garantido por toda la sociedad entera. Se ha discurrido mucho sobre los límites de la libertad política: lo que mejor se ha dicho para definir lo

UNED

que tiene de legítima y de ansiada por todos, es, tal vez, de que se necesita considerar como el derecho y el poder para hacer todo lo que se debe. Con referencia á este principio han fijado nuestras leyes las prerogativas, y las ha puesto sus límites.

Ni la libertad natural de accion, ni los derechos sagrados de la libertad política, influyen nada en la moralidad de las determinaciones humanas. En efecto sería de admirar que pudiese pertenecer á alguna fuerza estrangera crear en el fondo de nuestro corazon el bien ó el mal. La voluntad del hombre queda libre en medio de las mayores opresiones con que se pueda abatir su cuerpo. Libre quedó la de aquellos cristianos, que en tiempo de la persecucion de la fé morian á millares á manos de los verdugos: es verdad que eran entregados á los tormentos; despedazados por el hierro; lentamente abrasados por el fuego, y espuestos á los ultrages que la mas refinada crueldad podia inventar de mas

UNED

afrentosos; pero no obstante su lengua alababa sin cesar al Señor, y su alma independiente gozaba de su Dios á despecho de aquellos afrentosos y horribles tormentos. La opresion de una supersticion impía no bastaba para hacer titubear el convencimiento de su alma.

Por lo dicho se vé que siempre son independientes el pensamiento y la voluntad del hombre. No manchemos, pues, esta libertad, ya que consiste en ella toda nuestra dignidad, y que su uso debe reglar nuestra suerte eterna. Procuremos conocer lo que se debe hacer para egercerla como conviene. El obgeto de los capítulos siguientes será exâminar el uso que hacen los hombres, y el que deben hacer de esta libertad de determinaciones que han recibido del Criador; nosotros indagaremos cuales son, segun nuestras facultades, las que se pueden mirar como el movimiento que dirige nuestra voluntad.

UNED

CAPÍTULO III.

Amor de sí mismo.

Es necesario no confundir el amor de sí mismo con el amor propio. El primero es una inclinacion y afecto ácia un obgeto que es, ó se concibe bueno; es lícito, y aun necesario, para nuestra conservacion, y está esencialmente unido á nuestra naturaleza, la cual la crió Dios en su estado de integridad y perfeccion. El segundo es, como nos enseña la religion cristiana, efecto de la corrupcion de esta misma naturaleza por el primer pecado, y origen de nuestros vicios.

El amor de sí mismo procede las mas veces de las tentaciones del demonio, que regularmente no cesa de incitar al género humano á que peque. En muchas ocasiones se confirma aquel dicho vulgar de que los hombres son buenos si ven el interes al ojo, porque si ceden ó se resisten á las se-

UNED

ducciones del egoismo, siempre consiste ó en las faltas que cometen, ó en los combates interiores que esperimentan para hacer el bien.

Si en el estado de corrupcion en que se halla nuestra naturaleza bajase del cielo un genio, cuyo poder sobrenatural apagase el interes de los sentidos en el corazon de todos los hombres, *parece* que por este medio agotaría la fuente de los vicios y haria el mayor servicio á los mortales. Veamos, pues, lo que resultaría de esta metamorfósis.

Insensible el hombre á los placeres del cuerpo, no perderia ya para corregirles un tiempo precioso; no sería seducido por sus ilusiones, ni separado, sin cesar, de las inspiraciones de la virtud; insensible su cuerpo á la pena, nada le importaría en sus deberes sustraerse del sufrimiento, ó de las privaciones pasageras. Toda la multitud de pasiones que nacen de los intereses de los sentidos, mas ó menos distantes, desaparecerian con sus recuer-

UNED

dos, deseos y esperanzas. La avaricia no amontonaría ya su oro; la delacion no tenderia lazos á la amistad; no habria apego á las riquezas; no habria ambicion; no habria relajamiento. ¡Qué alivio para la humanidad! ¡Qué crímenes se evitarian! ¡Cuánto poder adquiririan los preceptos de la virtud no encontrando ya oposicion en el egoismo ni en su pecaminosa prudencia! ¡O, buen genio! ¡Qué reconocimiento os deberian los mortales! ¡De qué males tan horrorosos hubiérais librado al mundo!

Pero en medio de todos estos beneficios me detiene un pensamiento; porque á vista de una indiferencia semejante á todas las impresiones de los sentidos, ¿qué llegaría á ser la exîstencia del hombre? Si el dolor no le advirtiera que huyese de lo que podia dañar su cuerpo; si el placer de contentar sus necesidades no le llamára la atencion sobre lo que le puede ser útil; si el instinto de su conservacion no le sirviese de salvaguardia, le veríamos

UNED

arrojado y sin defensa sobre la tierra; espuesto al choque de cuanto le rodea, é incapaz de subsistir; la vida física no le interesaría ya, sin embargo de que es inseparable de la vida presente de nuestra alma, á la que nuestro cuerpo está unido por relaciones íntimas y contínuas, aunque inesplicables. Todas las pasiones interesantes hubieran desaparecido; y con ellas ¿no hubiera desaparecido tambien toda la sociedad? Sus proyectos, sus trabajos, sus socorros quedarian sin obgeto y sin fin á que dirigirse; nada necesitaría para con los hombres á fin de evitar todos los imprevistos golpes de la suerte: no teniendo ya la virtud combates que sostener, tampoco tendría que conseguir victorias: el hombre no sería ya el hombre.

Es menester, pues, convenir en que tanto en el hombre como en lo restante del universo todo está combinado con una sabiduria infinita: el mal mismo es necesario al bien, y destruida una sola facultad, acarrearía la

UNED

ruina de toda nuestra naturaleza. He aquí por donde nos veríamos obligados á pedir al genio que nos dejase tal como estábamos, y suplicarle que se volviese al cielo, sin quitarnos delante los estragos del vicio.

Sería un gravísimo error mirar como viciosas todas las acciones dictadas por el interes personal. Las pasiones interesadas no son moralmente ni buenas ni malas. Cuando hemos hecho alguna cosa que nos es útil á nosotros mismos ¿nos pagamos de esta accion por el tributo de nuestra estima, ó nos castigamos por el menosprecio de nosotros mismos? Nuestra conciencia no toma ni uno ni otro partido. Indiferentes por sí mismas estas acciones, ni son motivo de alabanza ni de vituperio: como necesarias á nuestra naturaleza nos las ha impuesto el autor de nuestro ser, y nos ha concedido la libertad como nuestro carácter distintivo; pero las acciones miradas en abstracto nada son en el hombre moral.

No obstante hay hombres que, á

UNED

vista de lo que influye el interes en la mayor parte de nuestras determinaciones, han querido decir que este interes de los sentidos, presente ó distante, manifiesto ú oculto, es el único móvil de la voluntad. Tambien reducen ellos la virtud á una especie de cálculo, y destruyendo todo cuanto hay de generoso en el corazon del hombre, no se apartan del mal sino por el temor de los peligros. Léjos de nosotros esta desoladora doctrina, que por fortuna está desmentida por la esperiencia de todos los siglos. Cuando Régulo, cautivo de los cartagineses, fué enviado á Roma, su patria, para tratar en ella del cange de prisioneros, empleó toda su elocuencia en persuadir á los senadores que no comprasen su libertad á tanta costa, y volvió á Cartago á sufrir la muerte que le habian ofrecido llena de tormentos: ciertamente que en este caso no le hizo proceder de aquella manera el interes personal. Tampoco era el interes el que hablaba al corazon de Juan el

UNED

Bueno, cuando no pudiendo conseguir su rescate este Régulo francés, sin que gimiesen sus pueblos con unas contribuciones enormes, se volvió inmediatamente á su cautividad en Inglaterra, poniendo de esta manera en práctica aquellas dignas espresiones que salieron de sus labios; á saber, *que si la buena fé desapareciese del mundo, deberia hallarse en el corazon de los Reyes.*

Es sumamente acertado aprovecharse de los buenos consejos, y con especialidad cuando se espone el hombre á peligrosos errores. En queriendo probar que el interes solo puede dirigir las voluntades humanas, mucho mejor se podrá demostrar que la virtud es el mas útil y el mas prudente de todos los cálculos. Tal es la atraccion irresistible de la virtud; es menester que todas las opiniones se dirijan á ella, sopena de indisponer á todos los hombres, y de que nos arrogen con un grito universal de indignacion.

La ciencia que conoce el bien, la

UNED

sabiduría que le practica, la prudencia que le prevee y se dispone de antemano, son útiles á la conservacion del cuerpo á quien sirven y aseguran los placeres. La sobriedad y la castidad mantienen y fortifican la salud, que arruina la intemperancia. La actividad y la fuerza de espíritu son esenciales para la conservacion física del hombre; la pereza y la ociosidad, orígen de todos los vicios, le hacen displicente, desaseado, y tirano de los sentidos, destruyen la salud, la fortuna, y acaban con la vida entre las amargas angustias de la enfermedad y de la pobreza.

Si pasamos desde las virtudes individuales á las domésticas, tambien las aconseja el interes personal: éste aparta los vicios que se las oponen. Entre el avaro que muere de miseria en medio de la abundancia, y el pródigo que sacrifica á las locuras presentes el cuidado de lo venidero, está la economía apoyando la felicidad doméstica por medio de una moderacion

UNED

constante, unas sabias combinaciones, y una prudente ciencia en la distribucion y disfrute de lo que se posee. Las afecciones de familia, sin calcular mas que los intereses que ellas reportan, presentan inmensas ventajas. Amando el padre á sus hijos, se proporciona contínuas satisfacciones, y para su vegez un apoyo; amándose el marido y la muger, vigilan sobre su casa, evitan los desórdenes interiores, y gozan del buen concepto público y general; al paso que desunido un matrimonio atrae á su casa la pereza, la disipacion, el pillage, la ruina, las querellas, los escandalos, los pleitos, el menosprecio de los criados, y, lo que es mas afrentoso, el de los hijos. El hijo necesita que su padre le mantenga, le eduque y asegure su estado en el mundo, transmitiéndole su fortuna. Los hermanos no pueden hacer otra cosa mejor que amarse; en la concordia y la union consistirá su paz y su fuerza. Los amos y los criados tienen mucho interes en no vivir con desconfianza ni con altercados,

UNED

y procurarse una satisfaccion mútua, cambiando las acciones que les puedan ser respectivamente útiles.

Las virtudes sociales son muchas, pero se vienen á reducir á la justicia, que consiste únicamente en la observancia de aquel sabio precepto: Haz con otro lo que quisieras que hiciesen contigo. Es menester vivir para nuestros semejantes, á fin de que ellos vivan para nosotros; y es preciso tener mucha ignorancia sobre sus verdaderos intereses para no saber hacer algunos sacrificios por grandes y próximas ventajas. El hombre injusto, indócil, mentiroso y egoista se perjudica á sí mismo, y se atrae los males y las pesadumbres. Bien sabido es el cuento de aquel pastor mentiroso, que se divertia en gritar al lobo para asustar á sus compañeros, y se burlaba de ellos cuando les veía correr; mas habiéndose cansado ya de tantos chascos, gritó en vano un dia que efectivamente llegó el lobo, y no pudo conseguir que ninguno le ayudase en su conflicto.

UNED

El mundo está lleno de estos egemplares, y la justicia puramente humana nos muestra á cada instante hombres castigados por los mismos medios que ellos pecaron: en efecto es muy bueno gritar cuando viene el lobo para espantarle, mas por lo comun no hace caso el que no tiene interes en socorrer al que grita. Cuando se amotinaron contra Nerón, ninguno queria esponerse por su defensa, y solo consiguió de un esclavo que, como por gracia, le diese el golpe de la muerte.

Ved ahí como solo el interes de esta vida basta para hacernos practicar todas las virtudes, aun cuando no se piense en ella mas que en el placer de los sentidos, en la salud (sin la cual ni aun los mayores placeres de los sentidos valen nada), en la fortuna y en la consideracion que les proporciona; en la tranquilidad que se necesita para gozarlos, y en la esperanza de gustar siempre de ellos. La virtud y la verdad son, como la línea recta, el mas corto de todos los caminos.

UNED

Sin embargo, continuemos nuestro exâmen: casi se hará increible ver como resultado de un cálculo de utilidad lo adorable que es la virtud. Si nuestra voluntad ha recibido la libertad de elegir sus determinaciones, es porque se halla dotada por Dios de la facultad de poder dirigirse por los mas nobles sentimientos.

CAPÍTULO IV.

La simpatía.

Por nosotros mismos juzgamos de los demas hombres, y la vida únicamente se funda sobre la conviccion en que estamos de su semejanza con nosotros, mas bien aun por las facultades interiores (que á los sentidos les es imposible percibir) que por todas las cualidades esteriores. Yo veo en los demas hombres un cuerpo y unos órganos como aquellos de que yo estoy dotado, y aunque yo no pueda presenciar sus ocultos pensamientos, ni los

UNED

interiores combates de su espíritu, no por eso dejo de creer que no estén provistos, como yo, de voluntad y de inteligencia; nunca he atribuido sus acciones y las mias á un mecanismo dirigido por la casualidad. Esta correspondencia interior por la cual se identifican los hombres unos con otros, ponen recíprocamente su persona en el lugar y situacion en que se halla el otro, y entra en ellos y se forma ú origina en ellos lo que se distingue con el nombre de simpatia. El origen de esta palabra es el mismo que el de la de compasion: así una como otra manifiestan una uniformidad de sentimientos que transporta, por decirlo así, un ser en otro; la palabra compasion la ha destinado el uso á los dolores, y la palabra simpatia podrá espresar la participacion de todos los sentimientos de cualquiera especie que sean.

La simpatia está acompañada de una viva emocion de placer. Lo que se simpatiza con nuestra alegria, ó con

UNED

nuestro pesar, siempre participa de sentimientos, y causa en nosotros cierto deleyte, del cual hacemos una especie de necesidad, y nos resentimos en algun modo si no se viene á participar de lo que afecta nuestra alma. El placer acompaña, y la simpatia, por cuyo medio entran los demas en nuestros sentimientos, es aquella por la que nosotros entramos en el sentimiento de los demas. Las lágrimas que se vierten por un amigo, tienen cierto encanto para el consolador y para el afligido; y la alegria que se comunican dos seres que se aman, duplica el precio para ambos.

Por esta ley simpática apreciamos las acciones de otros hombres. Colocándonos en su lugar por una ficcion involuntaria, juzgamos sus acciones y sus actos, á vista de lo que nos parece que hubiéramos hecho nosotros si nos hubiésemos hallado en su lugar. Pero como esto es mas dificil para los demas que para sí mismo; como las pasiones cuando no estan presentes se

UNED

amortiguan; como sus ilusiones se borran y desaparecen con lo que ellas tienen de personal, cree uno que harian los demas lo que hubiera uno hecho hallándose en su caso, otro tanto mas bien en cuanto lo exîgia la conducta que realmente habia habido; pero facilmente nos persuadimos que son mucho mas complacientes consigo mismos, y que conceden infinitamente mas á su propio interes que al nuestro.

La importancia que los hombres dan á los juicios de sus semejantes no es la virtud, pero es uno de sus mas firmes apoyos. De aquí el cuidado de la opinion y de la estimacion pública; de allí el noble amor de gloria, que, no deteniéndose en los límites de esta vida, penetra la inmensidad de los tiempos, y hace palpitar al corazon generoso, llevándole adelante los homenages de la posteridad. Pero es menester tener muy presente lo que toca al juicio de los hombres virtuosos, porque estos se enfadan, y aun es para ellos casi un punto de honor, el que

UNED

sea aprobado hasta por los perversos. El gran Condé adoptó una máxîma, que fué mirada por Bossuet como la máxîma que hace grandes á los hombres: "es menester pensar solamente en hacer bien, y dejar venir la gloria despues de la virtud."

De los constantes esfuerzos que hacemos para participar de los sentimientos que afectan á nuestros semejantes, nacen las dulces, graciosas y amables virtudes, la compasion afectuosa, la tierna condescendencia, la humanidad indulgente: la ley del cristianismo dice: amad á vuestros prógimos como á vosotros mismos. Hay esfuerzos de otra naturaleza, por medio de los cuales se procura no ser afectado por sí, sino como lo pudiera ser un estraño. Esta victoria del alma sobre sí misma es el orígen de las grandes y respetables virtudes; es decir, de la abnegacion de sí mismo, del sacrificio de su voluntad, del olvido de sus intereses. Es la fuente tan recomendada por la escuela estóyca, y tan sublime

UNED

que, si se la quita la soberbia (por medio de la cual la echaban á perder los filósofos), se la puede poner á la par de la humildad cristiana: amaos solo como amais á los demas, ó, lo que es lo mismo, no os ameis á vos mismo sino como los otros pueden amaros.

Si el interes personal solamente diera la vida á la voluntad humana: si cada uno colocado en un perpétuo estado de hostilidad con lo que le rodea fuese condenado á la soledad del egoismo, y á la desgracia de no dirigir todos sus pensamientos sino á él solo; de no ver á nadie mas que á él solo en este vasto universo; de no alegrarse del bien de otro, y de negar la compasion de su corazon á sus penas ¡qué vida tan miserable sería esta! Una madre os ha llenado de besos y de caricias á vuestra entrada á la vida, os ha alimentado con su leche, ha consumido por vos su exîstencia: un padre tierno se ha dedicado enteramente á cuidaros, ha observado todos vuestros movimientos, ha protegido toda vues-

UNED

tra vida: su corazon se ha conmovido de alegria con las esperanzas que habeis dado del bien; los hermanos han participado de vuestros juegos, de vuestra alegria, de vuestros dolores, de vuestras confianzas, de vuestros preceptos: los amigos han alargado vuestra exîstencia convidándoos á que participáseis de sus pensamientos: una esposa querida os ha llenado de todas las delicias de un amor tierno y virtuoso: ella os ha hecho padre; y aquellos estremecimientos de alegria de que habeis sido el obgeto cuando nacisteis al mundo, se han escitado en vuestra alma: ¡y diréis á vista de esto que el hombre no vive sino para sí solo!

Ah! Nosotros creemos sin duda haber demostrado que el interes personal encomienda tambien la práctica de todas las virtudes: mas ¿podrá él solamente causar aquella escesiva alegria que recibimos, y con la que nos sacrificamos en servicio de nuestro Rey, de nuestra patria, y de la hu-

UNED

manidad? ¿Es algun cálculo el que hace estremecer mi corazon al referir una accion generosa, al oir las promesas de la gloria, las bendiciones de la gratitud? Cuando la multitud reunida en un teatro aplaude con entusiasmo el combate de dos amigos que quieren morir el uno por el otro, el ofrecimiento de un héroe que se sacrifica por su país, ó que camina al suplicio por no violar la fé que ha jurado, ¿de qué naturaleza es este interes que une y enardece todos los corazones? Ciceron dice que el teatro retemblaba con aplausos prolongados cuando el actor repetia estas palabras de Terencio: *Yo soy hombre, y no miro como estraño para mí todo lo que interesa á un solo hombre.* Un sentimiento de egoismo, una combinacion de amor propio, no electrizan de esta manera á todas las almas, ni llenan de lágrimas todos los ojos.

¡O dulce benevolencia! ¡O fuente siempre perene de felicidad y de placer! El corazon del hombre no está

UNED

completo sin tí. Es menester que se estienda y se esparza fuera de sí mismo. Si todas las criaturas le faltan, y no responden á su llamamiento, su corazon necesita creer á un ser, que ni tiene sus injusticias ni su inconstancia. Tanto en la desgracia como en la prosperidad siempre se le encuentra á este ser infinito; reside hasta en el interior de nuestros pensamientos, y asiste á todos los movimientos del alma. Dios, en fin, es el que siempre está presente á cuanto pensamos y hacemos; aquel Dios siempre bueno, siempre adorable, siempre justo, que vé lo que pasa en nuestra alma mejor aun que nosotros mismos, y no desampara jamas á aquel que le pide y le ruega de corazon.

CAPÍTULO V.

El deber.

Como la conciencia no siempre nos dicta lo bueno, es necesario tener en-

UNED

tendido que solo puede ser regla de nuestras acciones cuando se conforme con la única, indefectible y soberana ley, cuya necesidad de obedecerla forma la esencia ó naturaleza de nuestros *deberes*. Bajo estos principios supongamos ahora que un hombre hizo cierto depósito en otro hombre de su confianza. El mismo interes del depositario le obligará, si calcula bien, á entregar el depósito; si no lo hace así, se espone á que le demanden judicialmente y se le castigue con severidad; á que el propietario se vengue de él por un efecto de su cólera; por mas bien que se oculte, el temor mismo de ser descubierto le perseguirá sin cesar. Todo el interes que puede hallar en retener el depósito se puede perdonar por el cuidado de los peligros á que se espone si no le entrega. Tal es la virtud interior regida por la ley soberana.

El depositario puede haberse dirigido por un modo de pensar mas noble. Si retiene el depósito se enriquece

UNED

á espensas del otro; por el deseo de acudir á su propio interes está combatido por el temor de afligir á su semejante. Se representará la pena que una infidelidad como ésta le hubiera acarreado á él mismo; oirá sin cesar, ó se le figurará que oye, las quejas y reconvenciones de aquel á quien ha privado de lo que es suyo. Por el contrario, si restituye el depósito tendrá mucha satisfaccion al pensar que ha hecho á su semejante el sacrificio de su propio interes; y que por ello se atraerá la estimacion, el reconocimiento, la amistad; en una palabra, verá que ha hecho por otro lo que él quisiera que en igual caso hubiese hecho otro por él. Tal es la virtud simpática regida por la ley.

Pero suponed ahora que infiel el depositario se hizo inaccesible á las tentativas de la justicia humana; que lo que usurpa es á un hombre rico y delincuente, por quien él mismo habia sido ya antes perjudicado; que hallándose pobre se salva á sí y á su fa-

UNED

milia por medio de esta infidelidad; que al rico delincuente no empobrece: en este caso se levantará en el interior de su alma una voz que le dirá: es necesario entregar el depósito... Por esto se conoce que un cálculo de interes no es una posesion ó disfrute simpático; tampoco es el temor de los hombres, el amor á sus semejantes, el deseo de su estimacion, y mucho menos el honor, es la necesidad y precision que hay de obedecer á aquella voz interior: "es menester restituir y entregar." Tal es la ley de la obligacion moral: absoluta, poderosísima é independiente de toda estraña cualidad, solo se mezcla en desmenuzar lo que hay entre nuestro corazon y nosotros mismos; es una necesidad de la conciencia, estribada en la ley, que no admite ningun grado, ni capitula con ninguna consideracion, ni busca ningun placer, pero que cumple con una necesidad.

Tal es en el cumplimiento del deber la verdadera é íntegra virtud, que

UNED

no puede desconocer el hombre sin ser atormentado por los remordimientos, y sin que la conciencia le grite que ha desobedecido á la naturaleza y á la ley. Si la Providencia, siempre indulgente, ha fortificado esta ley, uniéndola al interes y al placer, es porque compadeciéndose de nuestra flaqueza, ha querido proporcionarnos socorros por todas partes; pero ella misma ha impreso en el fondo de nuestro corazon que el hombre, aun cuando sea contra sus mismos placeres é intereses, debe obedecer á los preceptos del deber.

Así, pues, siendo el hombre libre sin que dege de ser moral, hace cuando quiere uso de esta libertad en elegir, que se le ha concedido para que siendo él mismo el juez tenga mérito en la buena eleccion; para que él se pregunte y se escuche, y, si no se engaña á sí mismo, haga buen uso de su libertad. La conciencia no engaña; la ley natural no es obscura, complicada ni mentirosa; solo tiene necesidad de comentarios que la aclaren.

UNED

¿Se concluirá de la exîstencia de esta regla universal y soberana, por la cual la misma conciencia regida por la ley se basta á sí misma, que cualquiera otra regla de moral es inútil? De ninguna manera; porque nosotros necesitamos armarnos contra las pasiones y la ignorancia, que tiran sin cesar á obscurecer las luces de nuestro entendimiento, y á sofocar los gritos de nuestra conciencia.

Cuando las reglas están profundamente grabadas en nosotros, ellas mismas pueden, si las pasiones no nos arrastran, presentarse en medio de nuestro mismo delirio; hacernos ver nuestro estravio, y darnos á conocer que un velo ha cubierto los ojos de nuestro entendimiento ofuscado; manifestarnos que no es lo que nosotros pensamos lo que comunmente hacemos en el curso regular de la vida, ni lo que pensamos en cuanto á los demas, cuando nuestro espíritu está sereno y en calma. Renaud, que era el terror de los sarracenos, estaba enca-

UNED

denado por los sortilegios de Armida, en el centro de los placeres, y muy léjos de los combates; algunos valientes caballeros, sus compañeros de armas, le presentaron un espejo, y mirándose á él el héroe, se quedó confuso al verse; volviendo sobre sí, dió de mano á los placeres, y fué otra vez volando ácia el campo del honor y de los peligros. En el corazon de los hombres hay las mas veces la suficiente virtud para no desconocer la voz del deber cuando la consultan y la escuchan; pero tambien hay bastante debilidad en el de todos para llevarse de consejos importunos, y substraerse de sus deberes y huir de un lance ú ocasion en que conocen que el interes presente, á que les mueve una pasion momentánea, no será victorioso ni nada feliz. Es gran perversidad atemorizar y ahogar, digámoslo así, el deber; pero tambien es una debilidad muy comun el olvidarle. ¿Quién habrá que contínuamente no le haya sentido en sí mismo? Un corazon franco

UNED

y generoso, un espíritu justo, y unos principios irreprensibles, son incapaces de librarnos de perpétuos errores: por eso el deber se calla, se olvida, y aun se procura olvidar. Él vive en lo interior del alma, pero duerme. Despertémosle sin cesar, y sin cesar tomémonos cuenta de nuestros pensamientos. Conociendo nuestra flaqueza, fortifiquémonos á todas horas con ausilios suficientes; y en el tiempo en que nos veamos en disposicion de practicar la virtud, fortifiquémonos desde luego y precavámonos contra aquellos dias en que vengan las pasiones á asaltarnos: siempre que podamos empleemos algunos de aquellos medios saludables que, aun en nuestros estravios, nos impidan tal vez acarrearnos nuestra eterna desesperacion.

No solamente debemos desconfiar de los errores voluntarios y de todas las engañosas pasiones, sino que es necesario guardarse de las faltas de la ignorancia, que aunque perdonables sin duda, porque la regla soberana es de

UNED

obedecerse á sí mismo, acaban por ser indignas de perdon, cuando hemos dejado voluntariamente de instruirnos sobre lo que es bueno. La ignorancia no es escusable sino cuando ella se ignora á sí misma.

En todos los pueblos y naciones hay deberes que cumplir, porque la necesidad de que los haya, forma parte del corazon mismo del hombre; pero algunos pueblos han consagrado á la virtud malas acciones; este defecto consiste en la ignorancia. Se han sacricrificado hombres á la divinidad sobre altares teñidos de sangre, sobre mesas propiciatorias, y en calabozos intolerables: pensando inhumanamente se creyó que era menester matar al padre anciano que sufria los achaques de la vegez, y aun á sus mismos hijos por ser solo de una complexîon débil. Con esto hemos dado lugar á un deshonor, que aun hoy mismo se lava todavia con sangre; se ha bendecido la guerra; deificado la venganza, y llenado de infamia á los que no la miran co-

UNED

mo una virtud necesaria á los individuos y á las naciones.

La virtud no puede hacer mas que ganar á la ciencia, porque el bien y la verdad son inseparables; y por una admirable alianza, que no permite desconocer la eterna belleza, la bondad todopoderosa, ni la infinita justicia, parece que nuestro espíritu no puede negarse á creer un termino supremo en el que vienen á reunirse todas las perfecciones.

Escuchemos sin cesar la voz de nuestra conciencia apoyada en la ley soberana, y sea el obgeto de toda nuestra vida obedecerla fielmente. Defendámonos del mal que nos rodea y nos asedia, formando al mismo tiempo por sus tentaciones el mérito de nuestra virtud. Acordémonos sobre todo que el fundamento de la moral y el compendio de los deberes, es la necesidad de estimarse á sí mismo.

UNED

CAPÍTULO VI.

Recompensas y penas.

En la historia de las naciones se ven muchas épocas tristes y dolorosas en las que el premio recompensaba al crimen, y el castigo se aplicaba á la virtud; donde la lisonja y la delacion se apoderaban de los honores, mientras que la fidelidad, el sufrimiento y el valor eran atormentados y perseguidos. Pero lo que no se vé jamas es que conocida la injusticia se apruebe. Aquellos mismos á quienes el pecaminoso interes y las pasiones inconsideradas arrastran á la iniquidad, honran la virtud, á lo menos usurpando su nombre, ó violentándose para estudiarse á sí mismos cuando la llenan de ultrages. Este hombre ha hecho bien, luego debe ser castigado: este otro ha hecho mal, luego debe ser premiado: ved ahí un lenguage que no es posible que se entienda en ninguna parte del mun-

UNED

do. La justicia no es de institucion humana, y su nombre no exîstiria, si el pensamiento de que es menester hacer con cada uno segun lo merezcan sus obras no permaneciese vivo en todos los corazones.

¿Cómo es posible creer que haya sido encomendado el bien al hombre, é impunemente dege de obedecerle? ¿Qué se le haya prohibido el mal, y pueda transgredir á su antojo esta prohibicion? Desde el niño que apenas tartamudea, y aquel á quien se le recomienda la sabiduria, hasta el viejo que próxîmo á terminar sus dias espera en las buenas obras que ha hecho, ó es atormentado por los remordimientos inseparables del crimen, todos creen que la felicidad pertenece de derecho á la virtud, y la desgracia al vicio, sin que jamas haya habido necesidad de enseñarles esta creencia que forma inviolablemente parte de los sentimientos del corazon del hombre.

La distribucion que se hace sobre la tierra de las alegrias y de las penas

UNED

¿es conforme á los de esta equidad natural?

El establecimiento de las leyes humanas tiene por obgeto asegurar á cada ciudadano ó vasallo el pleno uso de sus derechos, castigando la mala fé, ó el crimen que turba la seguridad pública, y recompensando la virtud que asegura el mantenimiento del órden social. Pero las leyes humanas, cuya aplicacion está sugeta al error, como todo lo que viene de los hombres, son en sí mismas necesariamente imperfectas.

Los hombres tienen unos sobre otros una jurisdiccion mas estensa que la de todos sus tribunales; esto es, la de la opinion, que, estendiéndose hasta las intenciones honrosas, ó bajas y vergonzosas, hiere y hace temblar al delincuente que ha sabido escaparse de los castigos legales, y escusa y disimula á los desgraciados, que, mas dignos de piedad que de aborrecimiento, han sido miserablemente castigados. Pero, aun cuando la consideracion ter-

UNED

minase por unirse al verdadero mérito, los juicios de la opinion son sin embargo muy variables, muy lentos y muy sugetos á errores y prevenciones de toda especie para satisfacer con respecto á los hombres la deuda de la eterna justicia.

Muchas veces se dice, que sin recurrir al juicio incierto de los hombres, encuentra uno sobre la tierra la recompensa de la virtud en la paz de la conciencia interior, y el castigo del vicio en los suplicios del remordimiento.

El conocimiento y la conviccion de haber obrado bien, es una satisfaccion para el alma; pero no es la felicidad. En medio de las tribulaciones es un apoyo, un consuelo, una esperanza; es un llamamiento á la suerte ó destino de que uno se reconoce digno, y á la confianza que se merecerá; mas sin embargo no es la felicidad verdadera, la cual no puede exîstir sino por el cumplimiento de todas aquellas promesas. Si ellas son engañosas ¿dón-

UNED

de está el valor de la virtud, que jamas la faltará aquel que la debe preceder, porque no hace bien por ser recompensada, sino que merece ser recompensada porque hace bien? El crimen está lleno de tormentos, y los remordimientos le siguen á todas partes; pero ¿se librará por este temor, y no hallará nunca la terrible justificacion de los vagos y siniestros pensamientos que le agitan? Si el hombre no se reprende y llora amargamente sus faltas (como el que aun cometa menos debe tambien hacerlo), el arrepentimiento perderá todos sus privilegios.

Si debe hacerse rigorosa justicia al bien y al mal, es menester buscarla fuera de este mundo. Bebiendo Sócrates el veneno, tenia por lo menos el consuelo de morir con el sosiego de un sabio, rodeado de los que le querian, y acompañado, hasta espirar, de las lágrimas de gentes honradas; pero Ugolino que vé al rededor de sí morir de hambre en un calabozo á sus

UNED

cuatro hijos; que la inocencia lleva al sepulcro la triste memoria de un error, que perpetua el menosprecio de su nombre, y que el padre muere á manos de un hijo á quien adoraba; estos hombres, digo ¿pueden con toda su virtud encontrar la felicidad? No por cierto. Entre nosotros (los franceses) hubo un Rey que subió al trono en medio de las bendiciones de sus vasallos. Arrebatado de su amor se entregó inmediatamente al desempeño de sus augustas funciones en beneficio del público. Aseguró la paz con las naciones vecinas, ó no emprendió guerra que no fuese sumamente justa y honrosa; en lo interior del reyno persiguió los errores, desarraigó muchos abusos, se afanó por adoptar las mejoras útiles y hacer florecer la Religion. Sin embargo este Rey, en premio de tantos beneficios, fué violentamente arrojado de su trono, encerrado en un calabozo, juzgado por sus vasallos, y tuvo el desconsuelo de ver caer degollados á sus pies sus mas fieles servi-

UNED

dores; vió á su familia llena de oprobio y de llanto; vió ingratos, á quienes habia favorecido y distinguido con su estimacion, que le insultaban desapiadadamente, y en medio del silencio de un pueblo que no hacia mas que llorar, puso su cabeza bajo la cuchilla sobre un suplicio. A vista de esto ¿se dirá que en este mundo hay verdadera justicia? No: la justicia que hay sobre la tierra no es completa. ¡Nieto de San Luis, subid al cielo! Allí es donde únicamente reside: ella premiará vuestras virtudes.

CAPÍTULO VII.

Inmortalidad del alma.

Si es indispensable que haya justicia, y la de este mundo no es completa: si la virtud puede ser en él presa de todos los males; esto es, de crueles privaciones, de dolores agudos, de los tiros de la envidia, de la ingratitud, del odio, y no obstante esto debe ser

UNED

inevitablemente premiada con la felicidad: si el vicio puede brillar en la abundancia y en la salud; beber llena la copa de los placeres; reynar sobre una corte cercada de aduladores; quitar la estimacion de las gentes honradas; dormir con un soberbio ensordecimiento de sus faltas, y, sin embargo de todo esto, es inevitable que el vicio tenga por premio el mal y la desgracia, es imposible dejar de confesar que despues de esta vida terrena hay otra, en la que se pagan las deudas, y en la que las recompensas y los castigos estan distribuidos con incomprensible justificacion, y que se ha de cumplir aquella ley eterna que quiere que cada uno sea juzgado segun sus obras.

Por este complemento de nuestra exîstencia deberá, á fin de que se cumpla la soberana justicia, exîstir indispensablemente la paz en nuestra alma, entre los deberes y la felicidad. Su concordancia no es obra de esta vida corporal, porque el alma ha sido uni-

UNED

da al cuerpo para combatirse con él, y hasta el último momento le debe atacar el mal por seductoras ilusiones de felicidad, para que disipando estas ilusiones la razon, llegue á conseguir una victoria, eligiendo libremente el bien.

La felicidad es el fin del hombre, y el hombre sabe, por los sentimientos de su propio corazon, que no se encuentra en esta vida, y que es menester buscarla y esperarla fuera de ella. Si nosotros somos hechos nada mas que para los placeres del cuerpo y los intereses de los sentidos ¿cómo es que estos no nos satisfacen jamas? Si hemos nacido para que la felicidad se cumpla en nosotros por la afeccion de nuestros semejantes, y el contentamiento de nosotros mismos ¿de donde proceden esas necesidades renacientes despues de satisfechas las mas dulces necesidades? ¿De dónde esas vagas inquietudes del corazon, atormentado con una sed desconocida, que nada la satisface ni apaga? Todos los

UNED

demas seres criados viven contentos, y en una perfecta relacion entre sus facultades y su destino: ningun combate ni remordimiento tienen dentro de sí mismos; ninguna ambiciosa inteligencia que llegue hasta el infinito, y quiera asegurar lo venidero; viven por lo presente y para lo presente; en una palabra, son seres finitos: solo el hombre es inquieto y descontento: solo variable y mudable sobre la tierra, es presa de sus ambiciosos deseos, se deja despedazar de miedo, encuentra su suplicio en sus mismas esperanzas, se entristece en medio del placer, y, aun practicando la virtud, desea todavia alguna cosa.

¿Por qué se le representan todas las ideas de lo venidero encerradas en la esperanza y en la memoria de los remordimientos? ¿Por qué esa necesidad de adelantar siempre y no separársele jamas la mira de la perfeccion? ¿Por qué ese íntimo convencimiento de que el corazon del hombre no está hecho para detenerse en el camino de

UNED

esta vida? Cada dia estamos viendo morir á nuestro lado las criaturas que nos rodean, y nuestra propia conciencia nos habla contínuamente de nuestra inmortalidad. El hombre sabe que la muerte tiene que descargar sobre él su inexôrable guadaña; y á vista de esto ¿nó podemos decir que es menester una sumision maravillosa de parte de nuestra razon para creer que nuestra muerte es el mas cierto de los acontecimientos de esta vida? ¿Quién podrá esplicar aquel deseo, tan fecundo en héroes, de morir del todo para siempre, y ver sin embargo como ha de continuar nuestra vida en la memoria de los hombres? y el poder alcanzar con nuestros conceptos á las partes mas distantes de este vasto universo, abriéndonos camino por entre la inmensidad del espacio y del tiempo, y remontándonos hasta la idea de la exîstencia y de los atributos de un Ser Supremo, ¿se ha concedido acaso á nuestra razon para emplear la vida solamente en disgustarle y menospreciarle?

UNED

Ved ahí una razon suficiente para probar, que si las leyes eternas de la justicia necesitan de una segunda vida para cumplirse, todo ha sido dispuesto en nuestro corazon con la mira de que no nos coja desprevenidos el dia de la muerte; y sino ¿por qué hace el Señor que toda esta vida presente sea una preparacion para la eterna, cuya esperanza se descubre en medio de todos sus sentimientos?

Cuanto comprendemos del mundo físico, otro tanto propende á un sistema universal: la tierra en que estamos colocados, no es mas que una parte infinitamente pequeña de este universo, que sigue su curso regular, mientras que millares de mundos cumplen, como él, su revolucion. En medio del encadenamiento general de los seres, sería el hombre solo un anillo desprendido de toda la cadena, una partícula aislada y disuelta, fruto de la casualidad, que, desapareciendo uno despues de otro, no apreciaría en nada aquel gran todo que tiene el poder de

UNED

concebir. El pensamiento moriría, y todo lo que él conoce viviría de una manera indefinida. Al paso que el universo físico está arreglado, segun una soberana, inteligente y sábia disposicion; el universo moral sería abandonado á la incertidumbre, á la injusticia y á todos los caprichos de la casualidad. Mas bien que las leyes físicas tienen las leyes morales su universalidad y su necesidad.

El estar una alma inmortal unida á nuestro cuerpo mortal, es bastante motivo para estraviar y confundir la imaginacion; pero ¿qué esplicacion se hará del hombre, si todo muere y está todo muerto en él con el cuerpo? La inmortalidad del alma no tiene necesidad de venir en nuestro socorro para ayudarnos á demostrar su inmortalidad. Degemos que los sabios se egerciten en estas pruebas y en estos misterios, y busquemos sobre este asunto una nueva conviccion de nuestra vida eterna. La confianza en la inmortalidad del alma es un convencimiento

UNED

necesario al sabio y al ignorante, porque nada es mas interesante que la condenacion ó salvacion eterna. Era menester, pues, en los sabios designios de la Suprema Justicia, que esta creencia necesaria á todos, les fuese visible á todos sin indagaciones, sin estudios y con el socorro de la simple buena fé solamente.

Si este pensamiento de que el alma sobrevive al cuerpo, no es una consecuencia irresistible de los principios de nuestra naturaleza, ¿qué cosa habrá, pues, que pueda persuadir á los hombres de todos los siglos y de todos los paises que su alma es inmortal? Eliseo, el tártaro, los jueces de la mitologia griega y romana, han llenado la antigüedad de fábulas risueñas ó espantosas. Egipto juzgaba á sus reyes despues de muertos. El Indiano se aventuraba á pasar por un puente tan estrecho como un cabello, desde donde los malos eran precipitados en el abismo. Los bardos de la Calcedonia veian las almas de los guerreros, muer-

UNED

tos por la patria, andar errantes por las nubes, y resonar las arpas en su presencia. El feroz Odino continuaba en la otra vida por sus guerreros el placer de beber en el cráneo de los enemigos vencidos. Mahomet promete á los buenos musulmanes un inagotable torrente de delicias; y en la edad de la barbárie y de la ignorancia los hechiceros, encantadores y aparecidos atestiguaban la omnipotencia de las ideas de otra vida. ¡Estraña concordancia de todos los hombres sino estribase mas que en los errores y en la mentira!

¡Cuán admirable es esta inmortalidad del alma, cuya creencia está tan profundamente grabada en el género humano! Si hay otra vida, no puede haber injusticia, porque todos los males de este mundo serán remediados en el otro. El mal desaparece, y no es en realidad otra cosa que una prueba, un favor. La muerte deja de ser horrorosa, y no es mas que un tránsito dichoso á mejor vida. El que se espanta

UNED

de la muerte ¿sabe bien lo que ella tiene de terrible? Será, acaso, porque nos conduce á una nueva exîstencia, donde todo debe estar al descubrierto; donde el corazon no podrá ya fabricarse una muralla con sus pequeñas astucias; donde las dobleces que las pasiones buscan por asilo serán espuestas á la luz mas clara. Cuando mi cuerpo dege de exîstir ¿qué vendré yo á ser? Entonces saldré del estrecho círculo de esta vida, y la luz se me presentará; la virtud se mostrará tan bella y tan facil, que mis remordimientos, y mis mas temibles suplicios consistirán en no haberla siempre abrazado. Molestado, digámoslo así, por tanta evidencia y hermosura, no habrá corazon que dege de abrirse y manifestarse.

Por lo dicho se infiere que una segunda vida comprueba la justicia eterna, y esplica á mi corazon los sentimientos que le llenan y le agitan. Ahora comprendo porque, obligado de una injusta desgracia, levanto los ojos al cielo pidiéndole sus ausilios;

UNED

porque mi pensamiento se eleva hasta el porvenir, y me manifiesta las ideas de perfeccion, de hermosura, de felicidad, tan estrañas y agenas de un ser que vive y muere sobre la tierra. Aunque se multipliquen los argumentos y los sofismas, siempre quedará vivo aquel sentimiento del infinito, que me lleva mas allá de lo que no es razonable; ennoblece mi naturaleza, y me anuncia toda mi dignidad.

El hombre ¿será enteramente mortal? No; esta idea inconciliable con todo lo que yo siento dentro de mí mismo no se ha comunicado para que fructifique sobre la tierra. Es menester dejar al sepulcro sus encantos, á la gloria sus ilusiones, á la amistad sus esperanzas, al crimen sus remordimientos, á la desgracia su resignacion y á la virtud su confianza. Es necesario poder temblar y terrorizarse en la prosperidad pecaminosa, clamar al cielo en medio de la tempestad, y, al dejar la vida, decir á aquellos á quienes hemos amado con un amor virtuoso

UNED

y puro: "La muerte nos separa; la inmortalidad nos juntará."

CAPÍTULO VIII.

Dios.

¿Quién es esa justicia universal que impone á todos los hombres preceptos tan absolutos y terminantes? ¿Quién será el ser que, conociendo mejor que nosotros mismos nuestro corazon, tenga la ciencia y la memoria de todos nuestros pensamientos, de todos los mas secretos movimientos de nuestra alma, y pueda, segun nuestros méritos, hacernos la equitativa distribucion de recompensas y penas? Esta justicia eterna é inmutable, este castigo siempre presente, este Juez Supremo que debe despues de esta vida pronunciar su sentencia sobre la suerte de las criaturas, ese *es Dios*, Soberano Autor de todas las cosas.

Dios nos ha concedido el poderle conocer y amar. Él quiso que su exîs-

UNED

tencia nos fuese revelada por las consecuencias necesarias de nuestra propia naturaleza; y nosotros no tenemos necesidad de salir, digámoslo así, fuera de nosotros mismos para vernos obligados á creer en él. Si descendemos á nuestro corazon, y nos detenemos á contemplar la admirable concordancia de libertad, de tentaciones y de victorias en que reside nuestra moralidad: si vemos que el mismo órden y las mismas leyes gobiernan las voluntades de nuestros semejantes, y manifiestan la presencia universal de un sistema vasto y único, ¿creeremos que no hay autor que presida este sublime órden del mundo moral? ¿desecharemos entre los seres imaginarios esta justicia que se halla en todas partes, que ni la encierra el espacio ni el tiempo, y reserva para otra vida el juicio de todos los hombres?

Si nuestro pensamiento se detiene sobre la exîtencia misma, se vé precisado á remontarse hasta una primera causa, soberana é inmutable. Yo

UNED

no soy el autor de mi exîstencia, y aquellos seres semejantes á mí, que me han precedido en el mundo, tampoco se han producido ellos á sí mismos. Así es que, aunque la imaginacion se fatigue todo cuanto quiera, siempre será menester que venga á parar en que hay un ser que tiene en sí mismo la causa de su exîstencia. Suponed una cadena inmensa que desciende desde el cielo á la tierra, y cuyos primeros anillos ó eslabones se pierden á una altura desconocida: si se preguntára qué fuerza sostenia esta cadena ¿creeríais que era suficiente respuesta el decir que cada anillo estaba sostenido por el que le precedia, y que, aun cuando les multiplicáseis hasta el infinito, siempre sería preciso venir á parar en un primer anillo, que fuese llevado por una fuerza proporcionada á la pesadez de toda la cadena? Por esta razon es menester reconocer en todas las exîstencias una primera causa, que no haya tenido ella misma por defuera otra causa. Inde-

UNED

pendiente de todo lo que la es estraño, ni aun ella misma ha podido criarse antes de ser, porque la nada no produce nada. Este ser eterno é increado, es único, pues que es independiente, y posee la plenitud del poder. Él es la verdad, la bondad, la justicia: él es el que llena todas las exîstencias y se parece á todas las perfecciones. Él es todo lo que él puede ser, y él no puede nunca ser menos de lo que es.

Así conocemos que hay Dios, porque nuestra propia exîstencia y todo, todo el universo moral nos lo han revelado. Pero ¡cuántos hombres ignoran el modo de penetrar el fondo de su corazon, y son incapaces de remontar su exîstencia hasta la causa primera! Mas no tienen ellos la culpa; para conseguir algo es menester estimularles á que en lugar de profundas y delicadas meditaciones, tiendan solo la vista por los obgetos que les rodean, por lo que mas les llama diariamente su atencion, y sobre

UNED

lo que ahora mismo están mirando.

La hermosura del universo; la constancia y regularidad de los movimientos que le hace guardar la suprema sabiduría; la disposicion de los por menores, unida á la armonía del conjunto, todo, todo está diciendo que hay un Dios Creador. El entendimiento se abisma y no acierta á esplicarse á vista de tantos prodigios; y si tratára de exâminarles no sabria por donde habia de principiar ni concluir.

Todo tiene su destino en la naturaleza, desde la pestaña que circunda nuestra pupila, y el estambre mas pequeño de una florecita; hasta esos millones de planetas colocados en el espacio para llevar por su turno á todos los puntos del orbe la luz y la vida. El órden del universo, en los mas imperceptibles por menores, no es menos admirable que en las cosas mas grandes: el instinto de una hormiga, el ala de una mariposa, la vegetacion de un grano de trigo, son misterios incomprensibles, donde desaparece to-

UNED

da la ciencia humana, y por los cuales se manifiesta la suprema inteligencia.

Si un ciego llegase á gozar de repente la luz, á que sus ojos habian estado siempre cerrados, ¡qué admiracion, qué sorpresa recibiría cuando se le presentasen todas esas maravillas, y se desplegasen delante de él con tanta magnificencia! ¡qué asombro le causaria, cuando la sucesion de las noches y de los dias le anunciasen las divisiones del tiempo, y los momentos del descanso! ¡qué confusion cuando percibiese en la bóveda celeste los obgetos colocados á una enorme distancia, al paso que antes no podia conocer nada sino lo que palpaba con sus manos! ¡qué satisfaccion sería la suya cuando sin necesidad de ir tentando, viese que podia caminar sin peligro que le estorbase; cuando comunicase con sus semejantes sin oir su voz, y con toda la naturaleza sin necesitar de nadie mas que de sí mismo! Nosotros que gozamos de estos beneficios y vivimos en medio de unos prodigios semejan-

UNED

tes, no los conocemos: su regularidad y su constancia nos estorban percibirles; y podria decirse que dejan de ser admirables porque jamas se desmienten.

En el interior de nuestra alma tenemos todos la creencia primitiva, por la que nos atribuimos una causa en todo lo que ha empezado á exîstir. Este no es un principio de la esperiencia, porque hasta el niño que suelta el pecho al oir un ruido, cree una causa, y como que quiere enterarse de esta ley que necesariamente rige su pensamiento. Lo que está dispuesto con inteligencia y sabiduria lleva el sello de una causa inteligente y sábia: un palacio nos dá á entender que hay un arquitecto; los caractéres de la imprenta arrojados á la casualidad, no producirian la Iliada ó la Eneida; los colores casualmente mezclados, no representarán en un cuadro la entrada de Henri en su capital. ¿No sería la mas lastimosa locura el no reconocer en este vasto universo, y hasta en las

UNED

obras maestras de nuestra mas ruin industria, la huella de una inteligencia creatriz? Sin una Providencia infinitamente poderosa no puede moverse ni subsistir el admirable mecanismo del mundo, ni los astros verificar su curso, ni haber flujo y reflujo en la mar, ni los elementos desempeñar sus funciones, ni, en fin, que cuanto hay en el universo haga perfectamente en él el papel que corresponde. ¡Qué sabiduría! ¡Qué bondad! ¡Qué prevision! ¡Qué armonía! La imaginacion se confunde, los términos faltan para esplicar tantas maravillas al contemplarlas.

Así, pues, todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros, todo rinde homenage á una causa soberana, y revela la exîstencia de un Dios. La concordancia de todos los pueblos en adorarle, sin embargo de las muchas veces que la supersticion y la ignorancia han despreciado su culto, prueba que la naturaleza misma del hombre se encamina inevitablemente á una creen-

UNED

cia, en la que descansa nuestra vida. Es menester no desentenderse de esta voz universal del género humano, pues hasta el mismo Ciceron dijo que el tiempo hace desaparecer los errores de las opiniones, al mismo paso que confirma los juicios de la verdad.

¡Gran Dios! ¡Conciencia viva de todos los hombres! Vos sois quien penetrais todos sus pensamientos y veis todas las cosas: vos el que lo revelais todo á nuestros corazones, sin embargo de que lo olvidan y menosprecian. Concedednos la fortaleza y la gracia de conoceros y amaros debidamente. Soberano Juez, de cuya inteligencia nadie se escapa, vos que teneis presente lo pasado y lo venidero, tened piedad de nuestra humana fragilidad, que tan bien conoceis. Socorred nuestra flaqueza, y haced que un rayo de vuestra divina luz nos muestre con todo el horror imaginable la transgresion de vuestras leyes. En vano, ¡ó gran Dios! se detendria el espíritu humano á contemplar vuestras infinitas

UNED

perfecciones, si un corazon abrasado de amor, no se esforzára en agradaros y complaceros. El pensamiento de vuestra Omnipotencia y de vuestra eternidad es un abismo donde se pierden y se confunden todos nuestros pensamientos; vuestra esencia incomprensible hiere y espanta nuestra limitada imaginacion; pero vuestra infinita bondad nos asegura y fortifica. Vos nos habeis dado el ser; vuestra gracia nos sostendrá en medio de los deberes para cuyo cumplimiento nos habeis colocado en este mundo; ella no nos permitirá abusar del libre albedrio, que nos habeis concedido hasta el estremo de ser nosotros mismos los artífices de nuestra eterna perdicion. Cuando se cumpla el tiempo señalado por vuestra incomprensible justicia, y nos llameis á juicio, haced que seamos dignos de vuestra soberana misericordia!

UNED

LIBRO TERCERO.

El hombre con respecto á Dios.

CAPÍTULO I.

Necesidad de un culto.

Una vez que hay un Dios, es menester adorarle. Si nosotros estamos llenos de sus beneficios; si no hay una parte del espacio en que nos ha colocado, una fraccion del tiempo en que han sido concebidos nuestros pensamientos que él no llene y penetre ¿seremos indiferentes á su contínua presencia, y le olvidaremos siempre cuando vivimos únicamente por él? Una creencia estéril de la Divinidad es una blasfemia, ó una locura; y aquel que cree en Dios, y vive como si no creyera en él, es mas digno de lástima cien veces que si estuviera sumergido

UNED

en una miserable ceguedad. Sin embargo ¡cuántos hombres se reducen voluntariamente á una piedad puramente teórica! Somos tan débiles que vemos el bien y seguimos el mal.

Cuando surcando mares distantes han llegado las naciones de Europa á playas lejanas, donde la civilizacion no habia estendido jamas sus beneficios, vieron colonias enteras de salvages que se arrodillaban delante de una serpiente ó de una piedra. Con esta asombrosa barbárie, y degenerada la idea de Dios de su pureza primitiva, se habia alterado groseramente; pero por mas informes que fuesen las divinidades de estos bárbaros, tenian no obstante sus altares; y, ya que atribuían una exîtencia real á sus ídolos, no tenian la absurda inconsecuencia de no adorarles.

El culto es un homenage de la criatura para con su criador, y un testimonio público de su respeto. Vos pedis á Dios lo que dicen nuestras oraciones ¿y qué necesidad tiene él de

UNED

nuestro culto? Ni su eterna grandeza, ni su soberano poder, ganan nada con nuestro incienso; su amor quiere que le correspondamos con el nuestro, porque un padre exîge con justicia la ternura de sus hijos. Si Dios nos hubiese echado á este mundo para abandonarnos en él; si, indiferente á los asuntos de esta vida, entregára á los hombres á sus errores, á sus preocupaciones y á sus pasiones, y no les sostuviese con su palabra, é iluminára en sus deberes con sus inmutables preceptos; todavia no hubiéramos descubierto nuestra fé con respecto al Soberano Maestro de la naturaleza. ¿Qué se podrá pensar de nuestra ingratitud al ver que su infatigable providencia vela sobre nosotros á todas horas, y sus contínuos beneficios le recuerdan sin cesar á nuestra memoria, reprendiéndonos nuestro olvido? A pesar de nuestra pecaminosa indiferencia, no dejará la naturaleza de seguir su curso, y no por eso dejará de obedecer, como hasta aquí, las leyes del órden

UNED

eterno; pero nuestro corazon ¿qué vendrá á ser en este abandono? ¿Cuál será su suerte, cuando despues de esta vida se nos juzgue, y se nos pida cuenta, no solo de las acciones cometidas á vista de los hombres, sino de las afecciones interiores, de que se compone la vida secreta de todos los individuos?

No es Dios, sino nosotros los que necesitamos de un culto. Este debe ser contínuo, porque nos recuerda á Dios sin cesar, ya que nuestras pasiones y flogedad nos inducen sin cesar á que le olvidemos. Cuando una costumbre saludable nos junta en su presencia en ciertos instantes del dia, y á la vuelta periódica de ciertas solemnidades, entonces pensamos en exâminar nuestra vida pasada, y echar sobre nosotros mismos un ojo escudriñador. La religion sabe responder á todas las necesidades del corazon en un lenguage que el mismo corazon entiende. Ella tiene consuelos para todos los dolores, bálsamo para todas las heridas; y no en vano se

UNED

implora su ausilio cuando uno es injustamente maltratado por los hombres, ó el alma oprimida no puede encontrar entre ellos el confidente de algun pensamiento que la atormenta.

El culto mas agradable á Dios es el de un corazon contrito y humillado, el de un amor sincéro, el de una vida inocente; por lo mismo el hombre sabio levanta un templo en el fondo de su corazon. Pero no se contenta tampoco con estos homenages secretos, ni con estos misteriosos sacrificios: tiene ademas la fuerza increible de no necesitar nunca recordarse á sí mismo la advertencia de un culto esterior, y sin embargo no se exîme de este tributo; él sabe que el culto público es un deber para con los demas hombres, al mismo tiempo que una obligacion para con nosotros mismos.

Un buen egemplo es una buena accion, porque los hombres son imitadores, y el modelo que ofrece una vida regular es mas útil que las exôrtaciones mas sabias. Un padre tiene

UNED

interes en que sus hijos sean religiosos, y encuentren en la indispensable necesidad de agradar á Dios un duplicado respeto para la autoridad paternal; los amos quieren que sus criados esten bien penetrados de la presencia de un juez invisible, delante del cual todas las infidelidades secretas, todas las murmuraciones injustas, no pueden ser sepultadas en las tinieblas; el Rey tiene vasallos mas fieles, mas escrupulosos en sus juramentos, mas sufridos en sus trabajos, mas reconocidos cuando se les alivia, si el sello de la religion imprime en sus deberes su sancion dominante; pero ni el padre, ni la madre, ni el príncipe, ni el amo pueden contar con el buen efecto de los consejos que dan, si ellos mismos no manifiestan con sus acciones la sinceridad de su creencia.

Un culto público fielmente observado, ofrece á la sociedad entera una salvaguardia mas segura que todas las leyes humanas; es un socorro á su insuficiencia, un suplemento á sus faltas,

UNED

un remedio á sus errores. Si los hombres no te ven, Dios te está mirando: estas poderosas palabras que grita la conciencia, y sancionan las recompensas ó las penas de la otra vida, bastarían por sí solas para hacer feliz al mundo, si el ruido de las pasiones no las confundiese y ocultase.

¿Qué cosa mas tierna y patética que un culto público, y esa comunidad de oraciones y preces, donde cada uno, al mismo tiempo que sus hermanos, hace presente á Dios las enfermedades de su alma? El mismo Dios ha dicho: si muchos de vosotros se juntasen para orar, yo me pondré en medio. Cuando se quiere aprender á resignarse y amarse, es muy conveniente pedirlo en comunidad, y á presencia del Dios vivo, con estas ó semejantes palabras: Padre nuestro, padre de todos los hombres, de mis hermanos como mio; de mis hermanos que tienen mis mismas flaquezas, mis viciosas inclinaciones, y una conciencia que, como la mia, les llama mu-

UNED

chas veces en vano á la virtud, perdónanos nuestras deudas; esto es, nuestras ofensas y nuestros agravios, así como nosotros perdonamos á los que nos han agraviado ó hecho mal. ¿Podrán los pecadores aborrecerse orando juntos al pie de los altares? Sus ánimos no es posible que estén poseidos de ódios terrenos y miserables á vista de aquella eternidad que á todos igualmente amenaza, y que confiesan é invocan á un mismo tiempo en comunidad.

Algunos hombres convencidos de las ventajas civiles de una religion y de un culto, se han atrevido á decir que la religion es buena para el pueblo. ¡O blafemia la mas impía de todas las blasfemias! Hombre soberbio y lleno de vanidad! que te crees superior al culto de tu Dios ¿no tienes tú tambien un corazon tan fragil como el de los hombres á quienes desprecias? ¿Estás tú mas libre que ellos de ocasiones, de tentacion y de faltas? ¿Son menos exâltadas las pasiones en tu al-

UNED

ma? La vanidad, la ambicion, la avaricia y la envidia ¿hacen en tí menos impresion? ¡La religion es buena para el pueblo! Ah! ¿Pues qué? ¿es solamente por el pueblo por quien se desarrolla esta marcha admirable del universo, y por quien el infinito empieza despues del infinito? Tu ciencia misma, mostrándote un mundo en una gota de rocío ¿no despierta en tí á cada paso tesoros inagotables de adoracion y de asombro? No, no hay hombre sobre la tierra que tenga el lamentable privilegio de la ingratitud; los himnos y cánticos del reconocimiento son el deber y la felicidad de todos.

Exâminémonos con sinceridad, y veremos como nuestra negligencia en el culto público tiene su causa particular, no en el fervor de nuestro culto interior, sino en nuestra profunda insuficiencia. Cuando Fenelón, en los fervores de una alma tierna, se distraía con las místicas visiones de la contemplacion del Señor, no se creía

UNED

libre y desembarazado para con su Criador por aquellas humildes adoraciones, por aquellos encendidos y amorosos éstasis, por aquellas ciegas efusiones; y así es que, no obstante todo esto, no tenian los deberes de la religion observador mas fiel. Guardémonos de todos los sofismas de una alma fragil y miserable, que, agitada y descontenta hasta de sí misma, se atemoriza solo de pensar en sus deberes á trueque de no corregir sus faltas.

Uno de los grandes ingenios del décimo séptimo siglo, en una de sus famosas comedias (que por algunos de sus pasages y espresiones se halla justamente prohibida entre nosotros), satirizó y zahirió á un vicio odioso, que, cubriéndose con el velo de la religion, se atreve á invocar á Dios para quebrantar sus mandamientos con mas seguridad, y especulizaba sobre su nombre para engañar á los hombres poco reflexîvos. Moliere pintó á Tartufo con los odiosos colores que merece la hipocresía. Aquel vicio no es en el dia

UNED

el que atrae entre nosotros la indignacion y la crítica: los tartufos de nuestros dias se jactan, por lo comun, de incredulidad. Se avergüenzan de mentar á Dios; no se atreven á confesar su culto, y temen las burlas del mundo. Pero ¿cuál es el fruto que esperan de tanta fragilidad? ¡Sin duda el de hacer tan gran papel como el de un ingrato! y ¿creerán que haciendo gala de su ingratitud con Dios, dan pruebas á los hombres de una amistad verdadera? El culto del reconocimiento honra á quien le ofrece.

Confesar un Dios y negarle el culto, es la locura mayor. Sin embargo es el partido que abrazan la mayor parte de los hombres, desde que en Francia hay tolerancia de cultos. ¡Cuántas veces semejante casta de gentes descansa con complacencia en medio de su apatía! ¡Cuántas veces temen renovar con Dios una paz, por no sentirse con las fuerzas necesarias para guardarla! Nosotros nos tenemos por muy débiles por querer ser solos, y noso-

UNED

tros no somos solos con Dios, puesto que á nuestra conciencia se la ha impuesto la carga, y reservado la gloria de representarle sobre la tierra. Su conversacion nos fastidia é incomoda, porque no nos hemos acostumbrado á entregarnos á él con entera confianza. Arrogémonos á sus pies, y reclinémonos en su seno paternal. A él solo corresponde apaciguar los males, con los cuales buscamos en vano nuestra loca distraccion. Una entera confianza en su misericordia puede derramar por sí sola en nuestra alma la calma y la paz; preparar nuestra salud eterna, y ayudarnos á conseguir desde esta vida la aprobacion de los hombres que, aun no practicando la virtud, acaben siempre con aplaudirla.

UNED

CAPÍTULO II.

Verdad de la religion cristiana.

No le pertenece al autor de esta obra celebrar dignamente la verdad de la religion cristiana. Hay erudítos, piadosísimos y sublimes ingenios que han empleado su vida en admirarla y defenderla, y sin embargo se han quedado muy cortos acerca de lo que exîge este asunto inagotable. Nosotros no hemos podido consagrar sino un corto número de páginas al mas importante obgeto de meditaciones que jamas ha podido ocupar á los hombres: las reflexîones generales que hacemos no deben tomarse sino como una exôrtacion al estudio de nuestra religion santa: nosotros no somos llamados á la mision augusta de enseñar sus dogmas y descubrir sus maravillas: todo nos dá á entender que no somos suficientes para llevar esta pesada y honorífica carga.

UNED

La religion cristiana divide en dos grandes épocas la historia del mundo. Durante los cuatro siglos que llenaron la primera época, estaba el universo esperando al Mesías prometido por el mismo Dios, desde los primeros dias del mundo. Esta promesa solemne estaba depositada en parage apartado, y religiosamente conservada en un rincon de la tierra: mientras que el resto del globo, donde todo parecia que se gobernaba segun el curso de las acciones puramente humanas, estaba preparado, sin su noticia, para la venida del Salvador de los hombres. Jesucristo y el establecimiento de su culto ocupan la segunda edad del mundo.

Desde la creacion misma empieza á contar el Antiguo Testamento las sencillas y sublímes relaciones del nacimiento del género humano, y esplica todo el hombre moral. Para que decayese la fé debida á estos augustos testimonios, ha querido muchas veces la incredulidad apropiarse el lenguage de las ciencias y de la historia; pero

UNED

las obgeciones mas alabadas caen diariamente á vista de los progresos del estudio. La antigüedad del globo y del género humano, la edad de la civilizacion, y la época cierta del diluvio se esplican por los descubrimientos modernos del mismo modo que por los libros de Moysés, y estas pruebas positivas y desatendidas, sin añadir nada á la autoridad de la religion, que para nada las necesita, han demostrado la vanidad de los mas soberbios y ruidosos ataques.

En medio de la barbárie de las primeras edades era preciso que la idea de Dios no tardára en obscurecerse. Cuando los progresos de una poblacion rápida dispersaba los hombres por la superficie del globo; cuando era la memoria el solo depósito á quien se confiaba lo sucedido en tiempos anteriores, y cuando las necesidades de la vida, y la dificultad de la conservacion física, tenian contínuamente ocupadas todas las facultades y todas las fuerzas, dejaron de comprenderse las

UNED

ideas de una inteligencia invisible y soberana. Sin embargo los hombres no podian pasarse sin la adoracion, cuya necesidad pertenece á su naturaleza, y vive en el fondo de todos los corazones. Ellos se habian olvidado del invisible bienhechor, pero dirigian sus homenages á los instrumentos del bienhechor; esto es, á los astros, á las plantas, y á los animales. Los hombres que eran dignos acreedores de la humanidad, adquirieron los derechos de la veneracion de sus semejantes; y las bendiciones del reconocimiento, la creencia de otra vida, y los vagos recuerdos de la revelacion primera, se confundian en un solo culto. Así es que todas las religiones que se crearon los hombres, eran imágenes desfiguradas, y emanaciones imperfectas de la religion verdadera, con las cuales llenaron el mundo de divinidades.

No obstante las sociedades ó naciones tomaban una exîstencia política. Se formaban los estados, se establecian las leyes, y se arreglaban las

UNED

diversas lenguas; en fin, el género humano se dividia en naciones. Cada una adoptaba entonces su culto particular, y de la mezcla de las antiguas tradiciones, con los recuerdos históricos, propios á cada parage ó país, y con las ficciones que salian de la imaginacion de los poetas, se originaban las religiones nacionales.

Al paso que la civilizacion avanzaba, no podia menos de que la razon procurase recobrar sus derechos. En las fabulosas relaciones consagradas por el tiempo, procuraba ella buscar, y sabia descubrir, las verdades eternas, grabadas en el corazon del hombre. De aquí dimanaron aquellas escuelas de filosofia que, volviendo á echar el yugo de las supersticiones emanadas de tradiciones bárbaras, se elevaron por la contemplacion del universo hasta la adoracion de su autor. Pero aunque la sabiduría de los filósofos conseguia gloriosos triunfos en el interior de las escuelas, todos sus esfuerzos eran impotentes para esparcir entre la

UNED

vulgaridad el conocimiento de un solo Dios; la creencia en las recompensas y penas, y la esperanza en el arrepentimiento. La misma fuerza de su ingenio, y la estension de sus luces testifican que es muy superior á los alcances humanos el desempeño de esta inmensa obra, por la que se consumia en vano lo que la humanidad tenia de mas grande. Todo el poder de la razon no bastaba para establecer aquellos principios eternos de la moral, que sin embargo son necesarios á la razon misma, y deben ser inevitablemente hallados por los que la siguen. Para obrar la regeneracion de la moral universal era menester alguna fuerza mas poderosa que las exôrtaciones humanas. Las preocupaciones, la ignorancia, todos los intereses y todos los errores del mundo, estaban en guerra y poderosamente unidos contra la verdad, cuya voz habian sofocado. Era menester herir la vista de los hombres por una pasion tan fuerte como sus pasiones enemigas; comunicar la luz al

UNED

espíritu de los simples y de los sencillos por manifestaciones sensibles; sostener la fragilidad con todos los socorros de la evidencia, y no dejar ninguna escusa á la mala fé.

Desde los primeros dias del mundo, habia prometido Dios que él mismo reengendraría al género humano. Mientras que todo se iba preparando gradualmente para esta regeneracion universal, un particular y pequeño pueblo separado de los demas de la tierra, conservaba, sin saberlo el mundo, la cadena que debia unir las dos revelaciones. Las demas naciones se sucedian y devoraban, y tan pronto brillaban como desaparecian unas y otras, porque desde el principio del mundo reynaba entre ellas la fragilidad, las enemistades y la guerra. Por una parte señalaba Dios por sus profetas la sucesion de los hechos venideros; por otra en el espacio de cuatro mil años se vieron constantemente unos hombres que sin interrupcion predigeron los mismos acon-

UNED

tecimientos. La conviccion y la evidencia se prepararon por el mismo Omnipotente.

Cuando se cumplió el tiempo, vino el Hijo de Dios. Este no era un conquistador enviado para dominar y esclavizar al mundo: nació en un establo; vivió en la obscuridad, y murió en una cruz, que era la muerte mas afrentosa que se daba á los malhechores. Sin embargo, envuelto entre todas estas miserias, mudó la faz del mundo, y su humildad misma reveló y manifestó su divinidad.

Cerca de él, y despues de la muerte de Jesus, doce infelices pescadores convirtieron la tierra á su culto: predicaban el olvido de sí mismo, la resignacion y la pobreza, y todo el universo se ponia bajo sus leyes, y reconocia y abrazaba su doctrina; los mártires venian en cuadrillas á solicitar la dicha de morir por ella á manos de los verdugos; el palacio de los Césares fué conquistado, y el torrente de bárbaros que iba á inundar el imperio se

UNED

detiene y baja su cabeza delante del Evangelio.

¡Religion sublime! ¡religion santa y únicamente verdadera! Los sofismas y la impiedad no prevalecerán contra tí, ni harán mas progresos que los que hicieron las crueldades de sus primeros perseguidores. El cielo y la tierra pasarán; pero la palabra de Dios no pasará.

CAPÍTULO III.

MORAL CRISTIANA.

§. I. *Escelencias del Evangelio.*

Cuando Dios se hizo hombre, y, para cumplir los designios de su eterna sabiduría, vino á redimir al mundo, usó de un lenguage á que no pudo acercarse el de los hombres pecadores. El Evangelio es el libro no solo de los inocentes y sencillos, sino el que ha asombrado á todos los sabios: los mayores enemigos de la fé cristia-

UNED

na le han considerado como una obra maestra; se han postrado respetuosamente á vista de la ingenuidad y natural sencillez de sus palabras; han reverenciado su doctrina y su moral, y la han colocado en un grado muy superior al de los mas brillantes sistemas que ha producido la filosofia mas sábia y arrogante. La doctrina del Evangelio se dirige á los débiles y á los pecadores; la humildad, la caridad, el olvido de sí mismo, son las moderadas y modestas virtudes por las que Dios bajó sobre la tierra. La grandeza de las acciones, la profundidad de los preceptos, solo tienen de comparable la sencillez con que les refieren los Evangelistas: este admirable contraste bastaría por sí solo para hacernos comprender la quietud y la magestad de un Dios.

§. II. *La Fé.*

Colocada la fé en el primer lugar de las virtudes cristianas, es por con-

UNED

siguiente, entre todas, la que encuentra mayor número de rebeldes. La soberbia humana se resiente de la sumision que exîge: la razon se humilla con dificultad, porque gusta egercer actos de poder, y se complace en elegir ó reprobar lo que admite, ó lo que desecha. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu! He aquí las palabras de que la sabiduría de los hombres se admira y se escandaliza. Pero es Dios quien las dice, aunque no como un decreto de condenacion contra aquella actividad que él mismo ha impuesto en nuestra inteligencia; contra la curiosidad del ingenio que intenta sondear los secretos de la naturaleza, ni contra los graciosos y floridos talentos que embellecen la exîstencia, y elevan y engrandecen las almas. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu! ¡Feliz aquel, cuya ambiciosa razon no forma juicios temerarios y precipitados, fundado en el testimonio de los siglos y en la sabiduría del tiempo! ¡Feliz el que no desecha lo que

UNED

no puede comprender, ni tiene la soberbia y ridícula vanidad de creer á su entendimiento capaz de toda inteligencia! El hombre ligero y casquivano cuando no comprende las cosas, se arroja á decir: "eso no es así": que busque, estudie é indague, y hallará que Dios mismo deja á la razon natural los medios de creer en los misterios mas sublimes de la fé. La fé, segun una espresion de Pascal, dice bien lo que los sentidos no dicen; es superior á ellos, pero no contra ellos. El triunfo de la razon consiste en conocer cuando es menester dudar, y cuando someterse. La verdadera ciencia sabe que hay una infinidad de cosas que la soprepujan; ella se humilla cuando no comprende, al paso que la semiciencia se revela contra lo que jamas ha aprendido. No obstante ¿qué otra cosa vemos al rededor de nosotros que misterios impenetrables? La planta que vegeta, el pájaro que vuela, el brazo que se mueve ¿no son otros tantos abismos donde se pierde la ra-

UNED

zon, y se atasca la ciencia humana? Guardémonos de medir con nuestros estrechos sistemas lo que la inmensidad no puede contener; guardémonos de creer que siendo nuestros sentidos tan débiles, tan limitados y poco numerosos puedan ser instruidos de todas las combinaciones posibles de los seres, y concedamos por lo menos al autor de todas las cosas un poco de atencion y de estudio, que es lo que no nos atrevemos á negar ni aun á los hombres.

Para el espíritu humano es todavia mas humillante que su impotencia, su pueril credulidad; y los llamados *espíritus fuertes* no están muchas veces mas libres que los otros de la supersticion. Algunos sugetos no creen las revelaciones hechas por el mismo Dios, y tienen entera confianza en las decisiones de una ciega suerte; creen en las relaciones de los números, y en vagos presentimientos; en todos los engaños de sus pasiones, y en todas las locuras de sus sistemas; creen las

UNED

ilusiones y contradicciones á que se arrojan ó entregan por no creer, y no las quieren desplegar á vista de los misterios, porque su autoridad les sugeta y admira. Los mas grandes ingenios, cuya humanidad honramos en el dia, se han sometido respetuosamente á la autoridad de la religion, cuya razon, que conocian muy bien, sabian que tenia sus límites.

Vos os habeis salvado, y vuestra fé os ha sanado: estas ó semejantes palabras nos muestra el Evangelio, sin cesar, en boca de Jesucristo. La fé nunca vá sin poco ó mucho amor que la caliente y vivifique, y la conviccion del entendimiento acompaña á la persuasion de un corazon profundamente enmudecido y vivamente penetrado. Es menester confesarlo con franqueza, lo que las mas de las veces nos impide creer, es la poca sinceridad de nuestras indagaciones. Nuestro débil corazon se complace en el retraso á que le inclinan los pretendidos escrúpulos del espíritu, y se pone

UNED

bajo el pie de no creer para ahorrarse el tropiezo de una práctica fiel y constante.

§. III. *La Esperanza.*

Nuestra religion ha hecho una de las tres virtudes teologales la esperanza; y este bello pensamiento que tantas veces hace enternecer, es una de las mas grandes maravillas de la moral cristiana. El alma se espanta á vista de la perfeccion que ofrece el evangelio: ¿cómo se ha de prometer ninguno alcanzarla jamas ni aun de léjos? Nosotros somos tan frios para la virtud, como admiradores de su hermosura; tan frágiles para el vicio, como detestadores de su fealdad; pero siempre necesitamos ser socorridos contra nuestra propia desconfianza. El cristianismo ha colocado la virtud en la mayor altura; y sin embargo ha abierto camino, y proporcionado el arribo á ella hasta el mas humilde de los hombres. ¿Qué sirve la moral de los anti-

UNED

guos al lado de esta alianza de la fragilidad humana con la grandeza del bien eterno? Los epicúreos hicieron facil la virtud á todos los hombres; su filosofia era la de la felicidad; solo faltaba para llegar á ella entender bien sus verdaderos intereses, atraerse las ventajas de la prudencia, y los placeres de la bondad: no pudiendo elevar los hombres hasta la virtud, se la rebajaron á su alcance. Los estóycos no cayeron en esta profanacion del bien absoluto é inmutable, pero le respetaron; mas no siendo el hombre suficiente para conseguirle, habia abrazado otra medida mas ancha; y mientras que la virtud quedaba invisible para la muchedumbre, las almas grandes y generosas se atrevian, á despecho del orgullo y de la soberbia, llegar hasta ella y alcanzarla. El cristianismo ha conservado á la virtud sus atributos eternos, y, por la voz sagrada de la conciencia, hizo entender los mandamientos que proclama; pero al mismo tiempo ha unido, digámoslo

UNED

así, el cielo con la tierra, y ha abierto este camino de la esperanza, que deja la virtud en su altura, y viene á tomar al hombre en el mas miserable estado de abatimiento.

De aquí es que la religion nos garantiza contra la desesperacion, donde deberia arrojarnos el espectáculo de la perfeccion: la religion nos ordena la confianza; acude á ayudarnos en nuestra flaqueza, y temiendo no se rinda, la sostiene por palabras consoladoras, y promete el cielo á la perseverancia.

Dios, que es el que ha hecho al hombre, conoce los combates de su alma: le permitió la tentacion del mal, como condicion unida al mérito del bien; se compadece de nuestras miserias, y nos libra de nuestras caidas; permite que caigamos, si queremos, respecto de que nos tiene ofrecidas grandes recompensas, si marchamos con paso firme por el camino de la virtud que él nos ha trazado. La moral cristiana está en una perfecta ar-

UNED

monía con el corazon del hombre; la esperanza es una virtud, porque la perfeccion carece ya de esperanza; el arrepentimiento gana el cielo, porque los hombres cometen faltas sin cesar. Dios no quiere de nosotros por el perdon de nuestras culpas pasadas sino un dolor sincéro; los que le tienen son otros tantos pecadores publicanos á quienes el Señor hace sentar á su mesa; y muchos pecados se perdonan por la penitencia, porque en ella hay un grande amor. El ardor por el bien, y la inclinacion hácia el mal, de que se compone nuestra corrompida naturaleza, necesitaba una legislacion que al mismo tiempo que pudiera servir á esta constitucion movible, siguiera el corazon en sus vicisitudes: la penitencia ofrece á la conciencia sin cesar la esperanza de un nuevo pacto. Solo á Dios pertenecia enseñarnos que la clemencia divina es tan infatigable como la maldad humana.

Desconfiemos, sin embargo, de un olvido demasiado breve de nues-

UNED

tras faltas; porque no es este el espíritu de la penitencia. El Hércules de la mitología pagana combatia contra Anteo, uno de los hijos de la Tierra, y cada vez que, escudado y defendido por Hércules, tocaba Anteo á su madre, tomaba nuevas fuerzas; pero al fin, levantándole Hércules en el aire le ahogó. A este modo los que están aprisionados por un vicio poderoso y fuerte, recaen sin cesar, y renovando con cada caida el dolor que les hace esperimentar el pecado, parece que les dá nuevas fuerzas contra una nueva tentacion; pero al fin sucede que el vicio les ahoga y les mata.

Si para convertirse á Dios nunca es demasiado tarde, tampoco es nunca temprano para esta dichosa vuelta y arrepentimiento. El hijo prodigo fué admitido con regocijo y con fiestas, cuando volvió al seno de su familia; pero hubiera muerto de hambre, si hubiese diferido por mas tiempo el echarse á los pies de su padre.

UNED

§. IV. *La Caridad.*

La fé, la esperanza y la caridad son las virtudes fundamentales de la moral cristiana; pero la caridad es mas grande que las otras dos, porque sin ella no nos servirian de nada. La caridad es una virtud enteramente práctica, que dá la vida y el movimiento al alma, que no conoce ni ama otra cosa que á Dios. El primer mandamiento de la ley, dice el evangelio, es amar á Dios sobre todas las cosas, y el segundo, que le es muy semejante, amar al prógimo como á nosotros mismos. Así, el soberano autor de todas las cosas reconoce en sí mismo, con respecto á los hombres, el bien que estos hacen á sus semejantes.

La caridad es una virtud paciente, humilde y obscura, cuyo ardiente celo se derrama en secreto por el bien de los hombres, consistiendo toda la recompensa en la efusion de su amor por la Divinidad. Antes de Jesucristo

UNED

se habian honrado las virtudes bienhechoras, y celebrado el perdon de las injurias; pero no se conocian todavia estas sublímes palabras: *Amad á vuestros enemigos*: *haced bien á los que os aborrecen*; *y rogad por los que os persiguen y ultrajan*, para que seais dignos hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos é injustos.

El dia del juicio llegará; el cielo abierto nos mostrará al Hijo del Hombre, que aparecerá con todo el lleno de su magestad, acompañado de sus ángeles, y sentado sobre el trono de su gloria. La trompeta del juicio resonará; los muertos saldrán de sus sepulcros, y de todas cuatro partes del mundo comparecerán temblando las naciones á presencia del Eterno. El universo esperará con ansia las palabras del soberano juez, que dirá: "Venid, benditos de mi Padre, venid á poseer el Reyno que os está preparado desde el principio del mundo, porque he te-

UNED

nido hambre y me dísteis de comer; he tenido sed y me dísteis de beber; he necesitado alojarme y me dísteis posada; estaba desnudo y me vestísteis; he estado preso y me visitásteis: en verdad os digo, que cuantas veces habeis cumplido con estos deberes, con el mas pequeño y miserable de mis hermanos, otras tantas veces lo habeis hecho conmigo. Venid benditos de mi Padre, sentaos á mi diestra." Así es, que ni las brillantes y públicas virtudes, ni las acciones heróycas, que á vista del género humano son llamadas en todas las edades para una inmortalidad venturosa por el Dios vivo, se reducen á otra cosa que á la humilde y obscura caridad.

La moral cristiana es admirable por la perfecta concordancia en que está siempre con los sentimientos del alma, y con las necesidades de los hombres y sus fláquezas. La caridad, ese bien del mundo, y ese ardiente amor de Dios y del prógimo, es la base de todas las virtudes. El egois-

UNED

mo, el esclusivo amor de sí mismo, fuente inagotable de todos los males, que nos aisla y separa de nuestros semejantes, y nos arrastra á todos los vicios, es perseguido sin cesar. Haz bien en secreto; la limosna que des con la mano derecha que no lo sepa la izquierda: el evangelio pone en lugar de las faltas el bien hecho por soberbia y por vanidad, porque jamas separa la humildad de la caridad verdadera. Todas esas orgullosas distancias, ó sean diferencias, de que los hombres sacan tanta gloria, no son mas que vanidad delante del Señor; él nos asegura (en la muerte) la igualdad de los sepulcros, la brevedad comun de la vida, y aquella semejanza en el pecado, á la que solamente se refieren todas las lecciones de la moderacion, de la generosidad y de la tolerancia. Jesucristo dijo á los judios, que cuando quisiesen apedrear á una muger adúltera, la tirase la primera piedra el que de entre ellos no hubiese pecado.

¿Quién será capaz de calcular todo

UNED

el bálsamo que ha derramado sobre las llagas de la humanidad la religion cristiana? Ella sola ha preservado al mundo y conservado la civilizacion, cuando las hordas de bárbaros se precipitaron desde el Norte como un torrente; por ella ha desaparecido la esclavitud sobre la tierra, se han dulcificado las leyes y dejado de ser sedientas de sangre; por ella se han abierto asilos á la vegez, á las enfermedades y á la indigencia: ella ha recogido los niños abandonados, y ha hecho desaparecer aquella cruel preocupacion que les condenaba á la muerte, cuando parecian de contestura delicada para soportar la vida. Aun ha hecho mas la religion: ha despertado en el fondo del corazon del hombre el Tribunal Supremo en que reside la conciencia: ha hecho temblar con sus decretos á los que por su elevado poder están fuera de los alcances de la justicia humana; y ha consolado con sus testimonios á la inocencia perseguida. Todo lo que emana de la justicia de los

UNED

hombres, habla sin cesar de sus derechos; la religion se complace en mantenerles, ante todas cosas, en sus deberes, y ha colocado la base de las virtudes fuera del estrecho círculo del interes personal, y de las vanidades terrenas.

Si los hombres fueran cristianos; si obedeciesen al evangelio; si le leyeran solamente ¡cuántos males se remediarían en el mundo! El verdadero cristiano es buen ciudadano y fiel vasallo; se complace en el seno de su familia, y cultiva en paz las virtudes domésticas; solo vive para hacer bien á los hombres, servirles y amarles. Nuestra civilizacion es alabada, y muchos restos de barbárie han desaparecido. Pero ¡cuántos quedan todavia! ¿Cuándo acabarán los hombres con esos odios nacionales, con ese espíritu de turbulencia y de guerra, que, aun en medio de la paz, les presenta como enteramente armados para destruirse entre sí mismos? ¿Cuándo han de tener todos esos la ciencia necesaria para

UNED

conocer, mejor que en el dia, aunque no sea mas que sus verdaderas obligaciones? ¡Cuántos beneficios que estan prontos á derramarse entre los hombres se dejan de hacer, aun en medio de la moral cristiana, por no querer los mismos hombres implorarlos con ardor y constancia!

Conclusion de la obra.

Se acabó nuestra tarea. Ya hemos recorrido los asuntos mas dignos para mover vivamente al hombre. No hemos querido enmascarárselos con ficciones estrañas; nos ha parecido que las verdades eternas de la moral, tienen por sí mismas bastante grandeza y atractivo para poder ser espuestas alguna vez en su sencillez, totalmente desnuda de aparato. El método que hemos escogido es el que nos ha parecido mas conforme á la adquisicion natural de las ideas. Considerando al hombre desde su nacimiento, hemos dirigido desde luego nuestras miras á

UNED

la escena en que se halla colocado á su entrada á la vida; á los primeros obgetos que le hacen impresion, y á la familia, que es el fundamento de todo el edificio social. Despues de haber seguido al hombre en sus relaciones con lo que le rodea, hemos entrado, digámoslo así, dentro de nosotros mismos. Hemos procurado contestar fielmente á los sentimientos que esperimentamos, estudiando las leyes por las cuales está reglado el uso de esta libertad de determinaciones, sobre que reposa toda la moralidad de nuestras acciones, que es el mas noble atributo de nuestra naturaleza. Dios mismo se nos ha presentado como necesario al pensamiento humano: todo, todo nos ha revelado su exîstencia y sus eternos atributos; despues, por una consecuencia forzosa, la religion cristiana nos ha ilustrado, por medio de su moral consoladora, y de sus inmutables verdades. En los divinos preceptos de su vehemente elocuencia se encuentran mas fuertes y poderosos todos los con-

UNED

sejos que suministran las necesidades de la familia, los intereses de la política, y el profundo estudio del corazon humano. Quemando un mulsulman uua biblioteca inmensa, decia: "si todos los libros son contrarios al Coran, es menester quemarles como peligrosos; si no hacen mas que repetir sus preceptos, es necesario quemarles como inútiles." Ni imitemos la ferocidad y barbárie de Omar; ni quememos todos los libros, porque tenemos entre ellos el evangelio: pero siempre que queramos escribir sobre la moral, contentémonos solamente con comentarla.

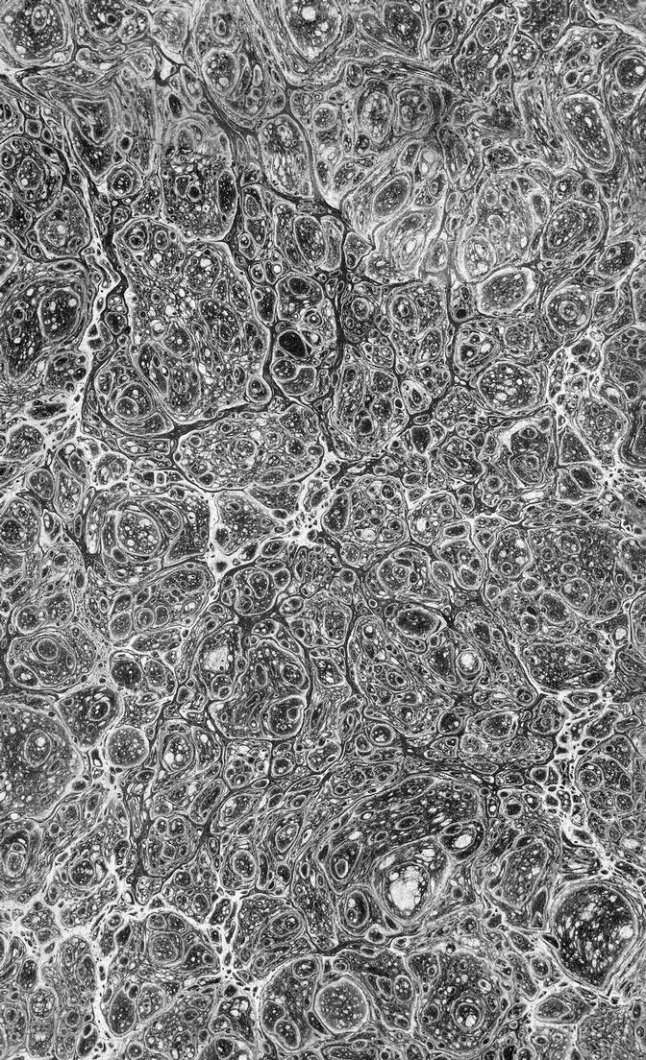
F I N.

UNED

UNED

UNED

UNED



00001014049

ELEMEN

DE

MORAL

L.T.
2016